

“... y el cóndor me escuchó....”

Un análisis de la apertura de conciencia en la era actual, mostrando los caminos que la espiritualidad puede ofrecer para ayudar a construir una humanidad más evolucionada.

Por

J. TYRSON

SÍNTESIS DE LA OBRA

El análisis de la apertura de conciencia en la era actual nos lleva a reflexionar sobre los grandes campos del saber que el humano ha experimentado para comprender y comprenderse: la religión y la ciencia.

Su consideración nos introduce en las preguntas más atrevidas, más permanentes y más angustiantes. La búsqueda de la existencia de Dios, el orden y el caos, el propósito de la vida y nuestra responsabilidad para con ella, las peligrosas y apasionantes zonas de indefinición donde las preguntas que surgen son aun más estremecedoras que las respuestas, la fuerza de la espiritualidad y la naturaleza del espíritu.

Todos estos temas son considerados, analizados e iluminados con la experiencia. La obra propone que todos los caminos están en la actualidad, proporcionando diversas vías para la expansión de la conciencia, así como advierte sobre la rigidez de los paradigmas de cada una de las temáticas. Analiza y define la espiritualidad y su incidencia en esta expansión y, finalmente, se introduce en propuestas concretas para que la especie humana acceda al próximo salto evolutivo para el cual está inexorablemente destinada.

Todo comienza con un análisis descarnado de lo que llamamos “realidad” y cómo podemos incidir en una transformación conciente de la misma.

Continúa con el análisis de la religión, cómo esta ha evolucionado y evoluciona hoy día, cuáles son sus diferentes opciones y cómo era la religión “antes que la palabra religión existiera”. Cómo la religión se expresa en lo social y cómo surge de las profundidades del cerebro del humano. La búsqueda de Dios y la responsabilidad que nos compete cualquiera sea la respuesta de esa búsqueda. El análisis de la actual situación de la religión y hacia dónde se están produciendo las principales manifestaciones del sentir religioso del humano.

Pasamos a la ciencia, donde vemos cómo, en esta disciplina aparentemente más árida y escéptica, ha sido donde han tenido lugar las más atrevidas búsquedas de Dios. Nos internamos en el nuevo paradigma científico, y vemos cómo su inclusión en nuestro sistema de vida cotidiana puede producir expansiones de conciencia considerables.

Finalmente llegamos a la zona intermedia entre ciencia y religión, donde se manifiesta con toda su potencia el Espíritu, donde las fronteras del paradigma caen para impulsar a sus navegantes a los abismos más remotos y peligrosos. Es la zona de la experiencia, la zona de los fenómenos que muchos no se atreven a mencionar. Es la zona del idioma olvidado, donde se viven los mitos y los humanos se transforman en héroes de su propia vida. Es la zona donde navega una antigua tribu que hoy se están llamando unos a otros desde todos los rincones del mundo.

Es la zona donde se produce la máxima expansión de la conciencia.

Finalmente desembocamos en un mundo de ángeles y dragones donde compartimos las experiencias que vivimos en este ámbito y donde proponemos una forma de sistematizar su análisis.

En las conclusiones finales resumimos todo este largo viaje, insistimos sobre lo que fueron los hitos principales de esta aventura y dejamos pendiente una propuesta para, como especie responsable de su destino, poder incidir en el cambio de la realidad.

Indice

Una propuesta llena de riesgos.....	4
La danza de la realidad.....	7
La religión. “... una palabra inventada por ustedes.”	13
<i>Religiones de Cielo y Religiones de Tierra</i>	15
<i>El hombre, ese animal simbólico</i>	17
<i>Un dinosaurio en nuestro cerebro</i>	19
<i>No preguntes por Él</i>	21
<i>El regreso de Venus</i>	24
<i>Dios siempre responde</i>	26
La ciencia: un paradigma que corre en pos de lo inexplicable.....	28
<i>Un dios que nace de un artefacto prehistórico</i>	30
<i>Un Dios que nace donde la materia es energía</i>	32
<i>Una especie que no logra pensarse a sí misma</i>	39
Navegando por la Zona Gris.....	42
<i>Que la Fuerza te acompañe</i>	44
<i>Portadores de Conciencia</i>	46
<i>El idioma olvidado</i>	50
<i>El trabajo del héroe</i>	54
<i>Esa extraña habitante de las profundidades</i>	59
Un mundo de ángeles y dragones.....	64
<i>“Lo que ví es indescriptible...”</i>	66
<i>El universo nos habla</i>	68
<i>Algo nos está llamando desde algún lado</i>	69
<i>... y el cóndor me escuchó</i>	71
Conclusiones finales	73

Una propuesta llena de riesgos.

Vamos a ver por dónde se produce la expansión de la conciencia en la era actual, vamos a analizar los indicios de por dónde es que eso acontece.

Pero también vamos a proponer caminos alternativos por los cuales pensamos que eso puede acontecer.

Vamos mostrar los caminos de la espiritualidad que actualmente recorre el humano.

Pero también vamos a proponer definiciones para el término “espiritualidad”.

Vamos a consultar a varios autores, vamos a hablar sobre lo que pienso al respecto.

Vamos a ver cómo la espiritualidad aparece disfrazada con los ropajes más insospechados.

Vamos a orillar abismos y peligros de toda índole al internarnos en esta reflexión.

Vamos a navegar en aguas conocidas y a internarnos en una zona gris, ambigua, misteriosa, que guarda lo que deseamos saber sin mostrarnos qué es lo que verdaderamente deseamos, que siempre nos llama y siempre nos tienta.

Vamos a reconocer que somos verdaderos héroes, y que nuestra epopeya puede ser maravillosa, llena de aventuras y conocimientos.

Vamos a vernos y a pensarnos en términos de especie, con nuestras propias ideas. Pero también pensando sobre lo que otros pensaron. Acumulando, capitalizando la reflexión humana.

Y en este viaje, vamos a tratar de ayudar a construir una nueva humanidad, desde aquí, desde el interior de cada uno de nosotros, y desde el compartir de la tribu que conformamos, sentados en la noche de la duda y de la esperanza, alrededor de un antiguo fuego sagrado. Una tribu un tanto dispersa, que viene de tiempos remotos, pero que siempre busca unirse por encima de culturas y de fronteras.

Vengan, acompañen mi reflexión. Vamos a explorar lagos tranquilos y océanos tempestuosos, vamos a bucear en fosas profundas, vamos a recorrer planicies hermosas, a escalar cumbres peligrosas, a descender a valles desconocidos.

Vamos a soltar el pensamiento, vamos a volar. Y lo haremos desde aquí, desde nuestra mente, mientras escribo y veo mis libros, cada uno de ellos un altar de conocimiento.

Antiguos exploradores de la mente y del comportamiento humano me han hablado desde allí, y aun hoy día lo hacen. Investigadores de la historia, de la psicología y la antropología, estudiosos de la mitología, participantes de sociedades secretas, de órdenes humanistas, esotéricos y ocultistas.

Veo mis libros oraculares, mis elementos mágicos; veo los nombres de genios de la literatura, y de otros autores que me han ayudado tanto en el camino; veo mis propios escritos...

Escucho a innumerables maestros que he tenido, que tengo, tanto humanos como de los otros. Recuerdo con un sabor extraño cómo algunos de ellos han entrado en mi vida y cómo otros han salido, adoptando las más diversas resoluciones para su camino.

Me veo y me recuerdo a mi mismo en cada circunstancia, donde un leve contacto con “el otro” alteraba una vida, definía una nueva realidad.

Y, una vez más, me maravillo del enorme esfuerzo del ser humano para ser mejor. Tal vez sin saberlo, siempre ocupados en mostrar lo peor, no caemos en la cuenta de que nuestro esfuerzo por crecer espiritualmente es mayúsculo, superior a cuanto se ha hecho a lo largo de los millones de años que nos definen como especie.

Hemos creado religiones, dogmas, doctrinas, teorías. Hemos construido mil y un paradigmas, y hemos sabido romperlos para construir uno nuevo. Hemos creado instituciones que nos definen y nos gobiernan; hemos buscado a Dios y a dioses en todas las formas posibles, y también los hemos creado. En esta epopeya hemos derramado sangre, hemos perdido vidas... Nuestra búsqueda es dramática, angustiada... y tal vez eterna.

Un sentimiento de congoja e impotencia me invade cuando pienso en que esa eternidad es imposible, que las fuerzas del universo han decretado desde su propio nacimiento que nuestro proceso humano es finito, como lo es cada vida en particular, cada trozo de materia. Hasta la energía, en su permanente mutación, no puede, aparentemente, escapar a la fatal entropía que la rige.

Y es en este momento de angustia suprema que me pregunto: ¿¡por qué!?, ¿¡para qué?! ... y no sé a quién se lo estoy preguntado, ni siquiera sé si algo o alguien me escucha.

Casi como un lamento, como un desgarramiento de mi alma, surgen de mi, otras interrogantes: ¿por qué soy consciente de todo esto?, ¿para qué tengo conciencia?, ¿por qué soy consciente de ser consciente?

La tentación de seguir creando dioses es grande, de poder decir que estoy equivocado, que existe una eternidad, que alguien me escucha, que todo tiene un propósito superior e inteligente. Para comprender todo eso tengo la conciencia.

Pero no..., sé que no puedo, que nunca podré asegurar una respuesta. Aunque guardo allá en el fondo una duda, una pequeña bolita de energía, verde de esperanza. Insuficiente para cualquier respuesta, pero enormemente poderosa como para impulsarme hacia adelante en la búsqueda de... ¿de grandes y trascendentes respuestas?... no, es imposible. En búsqueda de preguntas más amplias y de respuestas más pequeñas. En busca de la experiencia, de algo que pueda compartir. Algún día voy a saber por qué y para qué. Confío en ese pequeño motor verde que, en una búsqueda a ciegas, expande nuestra conciencia en forma permanente.

Con esa confianza, que tiene mucho de fe, es que vamos a tratar de ordenar el producto de todas esas voces que me han hablado a lo largo de años.

Y surgen nuevas preguntas, ¿desde cuál de los sistemas de comprensión debemos hacerlo?, ¿qué paradigma utilizar?, ¿a qué filtros mentales recurrir? Porque no debemos desconocer que cada vez que abordamos el estudio de un asunto, y principalmente cuando empleamos la metodología del ensayo, lo hacemos desde un determinado paradigma. Puede ser el científico, puede ser el religioso. Y dentro de ellos puede ser el de determinada ciencia, o el de determinada religión. Siempre tratamos de recurrir a un sistema de conocimientos coherente en sí mismo para explicar algo. Y así, permanentemente, vamos recortando, limitando, predefiniendo el producto de la reflexión. Parece que así funciona la mente, no puede abordar el estudio de un asunto sin recurrir a una estructura antigua y reconocida.

¿Y qué si no lo hacemos? Seguramente nuestro planteo no sea aceptado o reconocido.

¿Aceptado o reconocido por quién?, vuelvo a preguntarme. Y veo que cuando deseamos establecer determinadas “verdades” lo hacemos siguiendo las exigencias de una determinada comunidad invisible e indeterminable que es quien nos dice qué es lo que está bien en materia de conocimiento y qué debe ser considerado como “verdad”.

¿Y qué de todos aquellos que reflexionan en silencio, en la angustia de su soledad, o en pequeños grupos, sin seguir metodologías o bien, recurriendo a varias de ellas simultáneamente?, ¿qué de todos esos viajeros de la zona gris donde la calidad de la pregunta amplía más la conciencia que la erudición de la respuesta?, ¿qué de aquellos que osan convivir con la duda y la incertidumbre, que no encuentran las palabras, - tal vez porque no existen - para describir lo magnífico de una experiencia personal?

Para todos ellos es que escribo y reflexiono.

Y también para los que aun no pertenecen a esa tribu un tanto indefinida, pero que algo en su interior comienza a rugir suavemente.

Vamos a pensar juntos. Y vamos a hacerlo con total libertad, nada malo puede pasar.

Vamos a recurrir alternativamente a varias disciplinas para comprender el desafío de la apertura de conciencia y cómo la espiritualidad puede ofrecer uno o varios caminos para ello.

Las únicas condiciones son: la de ser implacablemente sinceros con nosotros mismos y la de transmitir, sin pudor y sin temor, nuestra propia experiencia personal y las experiencias de muchos que me acompañaron y que me acompañan en este ya largo viaje.

Todo esta experiencia recogida es lo que constituye el verdadero “trabajo de campo” de cualquier investigador. No sería respetuoso con ustedes si así no lo hiciera.

La reflexión metodológica, el enfoque multidisciplinario, la sinceridad y la duda, alternando con la propia experiencia, sin tratar de agradar o de convenir, sin conceder para lograr la aceptación o evitar el conflicto.

Para que, de esta manera, ustedes y yo podamos construir una especie mejor y más completa.

La danza de la realidad

Tiempo atrás, en otras coordenadas de mi vida, participaba de un grupo de desarrollo del cual guardo gratísimos recuerdos. En esas reuniones, en la que disfrutábamos de permanentes descubrimientos y de una relación rica y profunda, intentábamos una serie de definiciones que ayudaran a comprender al ser humano y al mundo que lo rodea. Una de ellas era la de “realidad”.

No es del caso recurrir a esas antiguas definiciones, al fin y al cabo, era una cuestión en permanente revisión, como si la propia realidad se desdoblara una y otra vez mostrando innumerables facetas, como algo en permanente cambio.

Y así parece ser. Lo que definimos como realidad, no es más que una muestra de las diferentes apreciaciones que del mundo tenemos en cada momento y es, evidentemente, un tema de percepción.

No hace falta profundizar mucho al respecto, la realidad es muy diferente para cualquiera de ustedes, depende siempre de la percepción del momento, del instrumento que utilizamos para esa percepción y de las dimensiones que podamos establecer para esa percepción.

El asunto se complica cuando vemos que lo que constituye “la realidad”, son tanto los objetos materiales, animados o no, como los sucesos que ocurren a lo largo del devenir de esas entidades que la componen.

Es necesario por lo tanto, encontrar las coordenadas adecuadas para poder seguir adelante.

La percepción que un niño tiene de un hecho de la vida, o bien, de un objeto determinado, son muy diferentes a las que tiene un adulto. Por otra parte, la realidad se nos muestra bien diferente si la observamos a simple vista, que si lo hacemos a través de un microscopio o un telescopio. Y, finalmente, ¿qué dimensiones vemos cuando percibimos la realidad? Cuando lo hacemos a simple vista u orientamos nuestra observación al entorno que nos rodea, vemos las dimensiones del espacio. No obstante, cuando dirigimos nuestra mirada mucho más allá de nuestro planeta, instrumentos como el Hubble nos indican el tiempo que hace que este universo existe. Espacio y tiempo definen cotidianamente nuestra realidad..., y tal vez exista alguna otra dimensión.

Pero mismo las dimensiones que definen el espacio: largo, ancho y alto, no hacen otra cosa que definir una condición de la materia, aunque nada nos dicen de su temperatura, color, aroma, etc. Sin intentar recurrir a una larga lista de cualidades, la realidad de un objeto puede estar fácilmente definida y reconocida por esas dimensiones. El espacio que la materia ocupa es bastante bien definible, mientras esa materia no cambie de estado...

Pero entremos a lo profundo de esa materia, a sus más pequeñas partes constitutivas. Y vamos a ver cómo la materia que constituye la realidad observada se diluye como agua entre nuestros dedos. En efecto, la física moderna ha encontrado que los espacios que separan a las partículas elementales son enormes, gigantescos en comparación a dichas partículas. Y cuando intentamos definir la magnitud de esas partículas no podemos hacer otra cosa que recurrir a convenciones científicas, a las matemáticas, y a las más profundas definiciones de la física cuántica, para finalmente quedarnos con la intangible y movediza sombra de una energía que ha sucedido en algún lugar del microespacio.

Nadie pudo ver nunca un electrón. Sí, así es, para poder “ver” un electrón, debemos preparar un experimento cuyo resultado responde a una convención previa que interpretamos como un electrón. Es decir, un experimento guiado a obtener algo que previamente hemos definido, en ningún caso podemos hacer una interpretación abstracta de la materia. La misma naturaleza de la luz se comporta tanto como si fueran corpúsculos de materia, como una onda de energía, dependiendo de lo que elegimos observar.

La realidad oscila, danza entre materia y energía, al son de las ecuaciones que tan acertadamente nos dejara el maravilloso Einstein.

En cuanto al tiempo, llamado por algunos la cuarta dimensión, es una entelequia esquiva, misteriosa, es, tal vez, la más grande de las subjetividades humanas. Depende de la velocidad del observador, de los sistemas de referencia y observación, parece hacerse infinito en determinadas circunstancias, tiene distinta duración, con perdón de esta extraña redundancia, para dos observadores en sistemas diferentes y a velocidades diferentes, corre hacia atrás o hacia delante. O bien, en determinadas experiencias, deja de existir.

A veces he pensado que el tiempo no es otra cosa que una creación de la conciencia humana en su permanente necesidad de explicar su camino hacia la muerte. No es solamente el lenguaje lo que nos define como eminentemente humanos, la conciencia de muerte, es algo que nos pone al otro lado de la aparente eternidad que rige la vida de las otras especies que componen los diferentes reinos de la naturaleza, por lo menos las especies conocidas de los reinos animal y vegetal. Seguramente algunos animales muy superiores en la escala, experimenten algún grado de conciencia, pero no creo que tengan la conciencia autorreflexiva del humano ni la conciencia de su propia muerte. Para ellos no existe el tiempo viven en una eternidad finita.

Pero somos nosotros, los humanos, quienes pretendemos definir la realidad. Por lo tanto el tiempo, aunque elusivo y paradójico, es una coordenada por ahora insoslayable.

Y el caso es, sin mucha pretensión, que tanto una entidad material, como un suceso, ocupan un lugar determinado en lo que llamamos tiempo. ¡Hasta hemos logrado medirlo! Aceptando esa dudosa convención, podemos decir que tanto esas entidades como esos sucesos tienen determinada duración, ocupan un lugar en el tiempo. Llegamos así, a una inquietante situación que apenas nos permite definir la tan movедiza realidad.

Pero debemos vivir en base a una convención de esa percepción. Entonces establecemos sistemas de medida para traer más cerca de nuestra comprensión al espacio y al tiempo, para poder vivir el día a día sin sobresaltos ni paralizarnos por la duda ante cada cosa que ingrese en nuestro sistema de percepción.

Y así vivimos, tranquilos, respetando las convenciones, sin pensar mucho en lo profundo de la realidad. Hasta que, más tarde o más temprano, en una u otra vida, el pequeño motor verde acelera un poco. A todos les pasa. Entonces comienzan las preguntas sin respuesta y las vivencias más maravillosas y más terribles.

Y ahora, ustedes y yo, que estamos pasando por ese momento, nos podemos preguntar: ¿a qué estado de la realidad corresponde todo ello?, ¿cuáles son el espacio y tiempo correspondientes a las vivencias en el sueño?, ¿cómo funciona el tiempo al consultar el tarot o cualquier otro sistema oracular?, ¿y al tener una premonición?, ¿o al ver el fantasma de un ser querido?, ¿o al reconocer en la diaria experiencia la vivencia de un antiguo mito?

No estoy suponiendo, al igual que ustedes tengo sueños que me indican, que me avisan, que me enseñan. Diversos conjuntos de símbolos me anticipan o me explican ciertos giros del acontecer. Consulto sistemas oraculares varios que me han dado respuestas anticipadas y consejos sabios, he visto el fantasma de mi abuela recientemente fallecida que me ha indicado dónde ella había guardado determinados documentos; y mil experiencias más. No es el objeto de este trabajo el detallarlas a no ser que sea necesario para apoyar las propuestas. Pero es necesario decirlas y aceptarlas como tales, intercambiar y analizar entre nosotros, sin ocultarnos tras la hipócrita capa que define a todo esto como fantasía o imaginación. Todos ustedes han vivido cosas así, y mucho más también. Y si algún lector no ha experimentado nada, es porque su motorcito verde apenas ha empezado a funcionar, por algo está leyendo esto. Es solo cuestión de tiempo que ocurra lo demás. Ha ocurrido siempre, en todos los pueblos del mundo.

Pero volviendo a nuestra observación de la realidad, ¿en qué lugar del tiempo o del espacio debemos colocar todo este cúmulo de vivencias?, ¿es que acaso la mente escapa a lo que definimos por realidad?

La respuesta a esta última pregunta la hace inviable apenas formulada. Seguramente nuestro querido Jung acuda, una vez más, en nuestro auxilio, y podamos atribuir al inconsciente colectivo y a la pulsión de los arquetipos la explicación de todos estos fenómenos. Y así es, en efecto, las herramientas de la psicología analítica son especialmente adecuadas al respecto.

Pero la psicología no es más que otro paradigma por el cual tratamos de comprendernos, estamos interpretando la experiencia con el propio órgano de percibir esa experiencia.

En esas dudas andábamos en nuestro grupo de análisis cuando un extraño maestro, perteneciente al propio campo de la indefinición, acudió en nuestra ayuda y nos dijo: “Cada punto en el universo –y por punto se entendían entidades o sucesos- es definido por espacio, tiempo y vibración.”

A esa altura sabíamos que la “Vibración”, es uno de los principios fundamentales que maestros del antiguo Egipto habían definido. En pocas palabras nos decía que todo vibra y que cada cosa tiene una vibración que le es intrínseca en un momento dado y que eso define el estado de solidez de la cosa y la calidad de la misma. Para el que quiera profundizar lo remito al texto de “El Kybalión”. Y muy interesante es también analizar la realidad en base a esas coordenadas. Sujetos y objetos pueden llegar a ocupar un mismo lugar en el espacio-tiempo, pero no se perciben mutuamente por estar en diferentes estados de vibración. O a veces, cuando los diferentes estados de vibración de dos seres, resuenan por un instante, se producen diferentes fenómenos, desde el amor hasta la percepción de la existencia de criaturas que no sabemos de dónde vienen, o aun podemos llegar a experimentar una percepción de nosotros mismos saltando a través del tiempo.

Ahora que a través de la vibración hemos dotado a la realidad de una suerte de animación bien diferente, podemos comprender que dicha realidad es apenas un punto en un sistema de coordenadas que nos es inaprensible. La propia realidad se nos escapa como una entequeia. Es tan solo una construcción, una convención social, una construcción permanente a la que podemos acceder desde varios ángulos, dependiendo del sistema de coordenadas que seleccionemos.

Pero debemos convenir, aceptar, que es imposible una vivencia y un relacionamiento social estableciendo permanentemente las coordenadas de cada hito de la realidad, como si esta fuera una gigantesca red donde cada nudo es un objeto o un acontecimiento. Entonces, ¿cómo lo hacemos?, ¿cómo es que vivimos el día a día en una convención aceptada sobre la cual nos cuesta profundizar?, ¿cuáles son los nudos que establecen esa red? Es más evidente de lo que parece: la realidad está construida por símbolos, es decir, por cosas y sucesos dotados de significado. Símbolos que dan solidez, que ocupan el lugar de la tan elusiva realidad.

De todos los sistemas de comprensión que el ser humano ha establecido en procura de comprender y comprenderse, la antropología es una de mis más queridos. Y es en la antropología semiótica del Clifford Geertz que he encontrado muchas de las respuestas a esta aventura.

El objeto de estudio de la antropología es la cultura, y me parece especialmente adecuado a los fines de nuestra reflexión, de momento que alguna de las más osadas teorías antropológicas propone que el ser humano es algo incompleto y casi inviable en la Corriente de la Vida si no le está incorporada la cultura que constantemente produce. Es decir, como estrictamente animal, el humano tendría escasas probabilidades de éxito. Es el componente cultural, nuestro enorme acopio de cosas producidas, tanto físicas como mentales, que se han acumulado desde la primera piedra utilizada como instrumento hasta la última gran reflexión sobre el espíritu humano, lo que nos ha colocado en el lugar que estamos en eso que estoy llamando –y ya con más contenido- “La Corriente de la Vida.” Volveremos sobre este concepto, pero ahora sigamos con la cultura.

“La cultura - al decir de Geertz-, es un elemento constitutivo y no complementario del pensamiento humano”. Y volvamos a lo anterior: no seríamos una especie que hubiera sobrevivido si no fuera así.

La cultura, una vez objetivada por la antropología, ha tenido cientos de definiciones. Una de las más adecuadas a los efectos de este estudio, es precisamente la de Geertz, quien plantea que la cultura no es otra cosa que un conjunto de símbolos que nos permiten entendernos entre nosotros y entender cómo otros se entienden entre sí. Es en este tipo de comprensión que podemos llegar a

traducir qué nos está queriendo decir “el otro” cuando adopta determinadas actitudes que guardan un contenido que trasciende al mero gesto.

Siguiendo con el pensamiento de Geertz, es muy inquietante comprender que en base a lo anterior, no existe un conocimiento antropológico externo y objetivo, sino que el producto de la reflexión no es la realidad, sino “un artificio erudito”, algo que creamos permanentemente a efectos de comprendernos y vivir. El observador no puede ser ajeno a esa realidad, es también parte constituyente, y, por lo tanto, es parte de su definición. La incidencia del observador es un tema importante a nuestros efectos. Volveremos sobre él.

Podemos concluir entonces que el enorme acopio de materiales, artefactos, sistemas de convivencia, ciencia, religiones, leyes, arte, herramientas, y tanta cosa más que nos ha hecho exitosos como especie, eso que los antropólogos han definido como cultura es, desde este punto de vista, una construcción permanente de conjuntos de símbolos que nos permiten vivir en sociedad. A eso llamamos “realidad”.

Alguno de ustedes se puede preguntar con toda lógica: sí, pero, ¿a dónde vamos con esto? A una propuesta muy simple y muy interesante: si partimos de un estado de conciencia autorreflexiva, estando concientes de ser concientes, podemos crear y establecer los símbolos que consideremos adecuados para vivir en sociedad en una forma armónica con el universo. Podemos crear la realidad. Confío en que al finalizar este libro, están de acuerdo conmigo en hacerlo.

Otro aspecto interesante de esto es la reflexión sobre en qué medida lo hemos hecho. Es de mi parecer, que el símbolo siempre ha precedido a la comprensión, el símbolo se establece, sin que nosotros lo sepamos, como respuesta a cada uno de los requerimientos de nuestro devenir, tanto sea para el establecimiento de algo que es objeto de comunicación, como para la comprensión de un hecho determinado.

La cruz fue un símbolo mucho tiempo después de los acontecimientos que la determinaron. Existía como signo, adoptó un significado ante una circunstancia y cuando la circunstancia necesitó ser transmitida y representada se utilizó para comunicar el hecho en su forma simbólica: un signo con significado. Y lo mismo podemos decir de cada uno de los símbolos de las religiones. Y qué decir del propio lenguaje, o de los convencionalismos de “arriba y abajo”, “norte y sur”, “progreso”, “éxito social y económico”. Y cómo cambia esto de una cultura a otra, de un momento a otro, o de una época a otra.

Una piedra puede ser considerada un elemento sagrado, tanto para los quechuas de los Andes, como para los Pais de Santo del Brasil, como para los yorubas africanos. Y no nos olvidemos de la sacralidad de determinados árboles en algunos cultos de Europa. O el contenido simbólico del color rojo, donde puede representar desde elementos litúrgico o de realeza de importancia, hasta una señal de alerta, peligro o prohibición.

En ese “conjunto de intersubjetividades compartidas”, es que estamos inmersos y transcurre nuestra vida sin que seamos concientes de ello. Es así que un símbolo o conjunto de símbolos puede adquirir determinada relevancia al punto de obligar determinar nuestras condiciones de vida, nuestra realidad, sin que seamos concientes de ello, o, si así no fuera el caso, sin que podamos hacer otra cosa que cumplir con el convencionalismo que ello establece. Es así que nos vestimos de determinada manera para determinados actos sociales, nos expresamos de determinada forma y utilizamos determinados instrumentos para comer y otros para comunicarnos. Cada una de esas cosas es un símbolo o conjunto de símbolos.

Hoy día es mundialmente conocida el símbolo de Geenpeace, pero pocos son los que saben que, hace tal vez un par de miles de años, fue un símbolo extraído de un mito y reconocido por varias culturas como un talismán de protección, o un significado en el mismo sentido que contribuye a definir o predecir una determinada situación y determina las conductas consecuentes. Y también es una letra, o tal vez un ideograma de un alfabeto antiquísimo que precedió a la escritura tal como la conocemos actualmente.

Símbolos, símbolos que nos preceden y determinan, y que muchas veces contienen significados ulteriores a los que le estamos asignando, significados desconocidos para la mente consciente, pero que le son perfectamente conocidos para el inconsciente que los mantiene activos, latentes en espera de, a través de ellos, impulsar conductas que responden a mitos antiguos, a significados desconocidos.

Es el símbolo el idioma que utiliza el inconsciente para manifestarse, tanto sea la expresión del inconsciente personal como la del inconsciente colectivo. Cuando sabemos esto, analizamos el símbolo en cada uno de nuestros sueños, en cada una de nuestras experiencias de estados alterados de conciencia, en cada experiencia que parece escaparse de la diaria realidad convencional. Sin embargo, no estamos atentos a la manifestación del símbolo en nuestra vida diaria, en los estados de conciencia normal, no percibimos cómo situaciones del diario vivir están siendo anticipadas por símbolos, no establecemos las correspondientes analogías que eran un lenguaje cotidiano para algunos pueblos, y que lo es hoy día para algunas comunidades o individuos que se atreven a experimentar. Dejamos un espacio reservado, casi íntimo, para la explicación de esos fenómenos, cuando la vivencia de los mismos es diaria y comunal.

El Dr. Jung no creó ese magnífico cuerpo de conocimientos para explicar la vivencia diaria del individuo aislado o de los dogon del África occidental, lo hizo para que todos nosotros hiciéramos una búsqueda consciente del Sí Mismo, como le llama a la culminación de la integración de la psique, y sepamos reconocer la presencia del arquetipo, del mito y del símbolo en ese azaroso camino de la vida a través de una realidad construida diariamente, y desde hace milenios.

Y cuando, siguiendo ese camino, Joseph Campbell nos enseñó la existencia del “Heroe de las mil caras”, no fue como una demostración de su erudición en construir una entelequia, sino para que reconozcamos la vivencia del mito en cada uno de nosotros, en nuestras conductas a lo largo de cada etapa que nos toca vivir en la vida, para qué sepamos hacia dónde vamos y dónde estamos, para que dejemos de flotar inconsciente e irresponsablemente en la Corriente de la Vida.

Estamos inmersos en un océano de antiguos significados, de símbolos. Y, sin saberlo diariamente estamos construyendo otros.

Algunos significados han cambiado a lo largo del tiempo, otros se han perdido. Y otros se han mantenido ocultos, ese es el campo del llamado ocultismo. Pero todos son parte de lo que llamamos realidad. Una realidad que, me permito insistir, es dinámica, cambia y puede ser cambiada, puede ser establecida acorde a nuestra responsabilidad como parte superior de la Corriente de la Vida. Tal vez para eso tengamos conciencia.

Bueno sería que el signo de \$\$ tuviera otro significado, fuera por lo tanto, otro símbolo de lo que hoy en día es, y que otros símbolos producto de una creación consciente y responsable pasaran a ocupar tan destacado lugar. Y otro tanto con el automóvil, con una apariencia tostada por el sol y juvenil, por una silueta delgada hasta lo saludablemente imposible, con un título universitario, con una serpiente o con el color negro, y con tantas cosas más. Muchas de ellas producto de sistemas que nos dominan más allá de lo que quisiéramos, realidades que se han construido por sí solas, conjuntos de valores arbitrarios, exigentes, tan ficticios como poderosos, estados de conciencia pasajeros o no, pero no por ello menos peligrosos. En suma: una realidad que nos conduce y que aparenta ser objetiva solamente porque no la podemos controlar, porque nos obliga.

Pero sabemos que esa aparente fortaleza se desdobra una y otra vez, se puede llegar a diluir, pierde su consistencia en cualquier análisis más o menos profundo. Por ello la propuesta de construir una nueva realidad en forma consciente y responsable. Se puede, ¿o acaso muchos de ustedes no lo han hecho en el plano individual?, ¿para ustedes mismos?, ¿construyendo un nuevo mundo que comparten con unos pocos y que los llena de esperanza y felicidad? Sí, lo han hecho, y es hora de que comencemos a juntarnos.

Un esfuerzo mayúsculo, sí, pero todos sabemos que hace mucho tiempo que comenzó. El catalizador de ese proceso sigue siendo la conciencia y particularmente la conciencia autorreflexiva. Creo firmemente que ese es el camino.

Pero veamos desde dónde viene ese camino, a qué altura estamos del mismo.

Si analizamos por dónde ha discurrido la reflexión del ser humano en procura de una comprensión mayor, podemos establecer dos grandes campos de interpretación: la religión y la ciencia.

(Dejo en un suspenso permanente a la filosofía porque creo que en gran medida es la herramienta que estamos utilizando al formularnos las preguntas que aparecen en este libro.)

Con estas actividades, la religión y la ciencia, es que hemos tratado de comprender y explicar cómo funciona el universo, separando peligrosamente uno del otro. En esta separación que me atrevo a definir como irreal, hemos llegado a los extremos del fanatismo. Fanatismos que han creado hombres que no se hacen otra pregunta que la de cómo producir una tecnología superior o, en el otro extremo, el de no hacerse ninguna pregunta por considerarse poseedor de verdades absolutas que excluyen cruel e implacablemente a quien no las comparte. Una pequeña curiosidad a rescatar de este planteo antes de seguir adelante, el “pecado” que propongo para las consecuencias de dichos extremismos es precisamente el de no hacerse preguntas.

“Pero son los extremos”, puede argumentar alguien buscando un alivio pasajero para la angustia que siempre conlleva el análisis de la división de la psique humana en su conjunto, un alivio que busca escapar de la necesidad tan imperiosa como aparente, de colocarse en uno u otro campo, un alivio que nos rescata de la angustia de las preguntas sin respuesta. Que nos obliga a definirnos, a responder a algún interlocutor exigente y desconocido.

Ni la ciencia ni la religión nos permiten la duda. Sin embargo, es un estado casi permanente tanto para el investigador científico como para el teólogo avanzado.

Somos nosotros, los que vivimos y construimos diariamente la realidad cotidiana en base a lo que nos dicen la ciencia y la religión, los que estamos inmersos en ambos paradigmas. Somos nosotros quienes no hemos aprendido a convivir con la incertidumbre; no podemos permanecer con dudas, necesitamos respuestas, cuanto más inmediatas mejor; no importa la calidad de las mismas, solo basta con que sean aceptadas por un número suficiente. Un número que nos permita aceptarlas como “una realidad”.

Ese es un nudo gordiano que algún día hemos de desatar, tenemos que aceptar la incertidumbre. Como veremos, es precisamente en la incertidumbre donde podremos avanzar en la construcción de un humano mejor.

Vamos ahora a profundizar en estos campos de la reflexión para comprender por dónde ha de discurrir esa aparentemente deseada incertidumbre.

La religión. “... una palabra inventada por ustedes.”

Mis inquietudes en este campo comenzaron hace unos cuantos años, cuando empecé a interesarme por el fenómeno de lo espiritual. Analicé el enfoque sociológico de la religión, viendo cómo contribuía a conformar un cuerpo de respuestas para las grandes preguntas del ser humano, cómo explicaba y ordenaba un universo, confortando y ayudando en el dolor y la desesperanza de grandes núcleos sociales. Este enfoque sociológico-institucional del tema no ofrecía dificultades. Claro, ese enfoque hablaba a grandes niveles, para sistemas religiosos masivos, universalmente aceptados y practicados.

El problema comenzó a tomar un cariz más interesante cuando profundicé en los límites, en los bordes menos conocidos, más difusos, no masivamente aceptados.

Fue cuando me enfrenté al estudio de las religiones andinas y al de las religiones de raíz africana presentes en América. Y no lo hice desde la “comodidad de la poltrona”, si se me permite la expresión acuñada por Lévi-Strauss, lo hice en el trabajo de campo, bajo la lluvia pertinaz y luchando contra el apunamiento andino mientras esperaba a que me atendiera un callawayá, o ayudando a sostener un recipiente de barro mientras la sangre de varios gallos caía a través de la brillante hoja de la *faca* del Pai de Santo.

Durante esos años en que participé de universos diferentes, experimentaba cierta confusión, cierta incomodidad al definir y estudiar como “religión” una serie de prácticas y dogmas totalmente ajenos a mi enfoque sociológico del asunto. No parecía haber separación alguna entre la cotidianidad de la vida y la práctica o actitud religiosa de quienes yo había seleccionado como objeto de estudio.

En cada una de las expresiones y vivencias de los diferentes Pai de Santo y sus fieles de religión se podían percibir instancias de sacralidad, respuestas a hechos de la vida que respondían a antiguos mitos, a expresiones de sus dioses. Y otro tanto viví en los Andes, cuando los conductores de ómnibus o camiones en los cuales me desplazaba hacían sus ofrendas a la Pacha Mama en cada cumbre local, o ante la existencia del “cabildo”, la piedra sagrada presente en los hogares o comunidades de los valles quechuas, o cuando me hablaban de la necesidad de enterrar un feto de llama antes de emprender la construcción de una casa. Y mil ejemplos más que eran parte de la vida diaria de millones de personas.

La respuesta, sencilla y evidente, a esta convivencia permanente de lo sagrado con lo profano me vino a través de una amiga mapuche. Apenas asombrada por mi confusión, Margarita me dijo:

“...lo que ustedes llaman “religión”, es la forma de vida natural de mi pueblo, y lo era antes que la palabra ‘religión’ existiera para nosotros, ésa es una palabra inventada por ustedes”.

Allí estaba la respuesta a mi confusión, para esos pueblos, lo religioso no es separable como una actividad específica de la vida, lo sagrado se encuentra en cada instante, la vida en sí es sagrada. Y lo era “antes que la palabra religión existiera”, como dice Margarita.

Fue entonces que tuve que empujar sin misericordia los límites de la realidad, que tuve que luchar para permitir la entrada de nuevas herramientas de comprensión a través de los rígidos filtros mentales que definían mi universo personal, herramientas que no siempre estaban de acuerdo con la matriz de esos filtros. Fue en esas instancias que experimenté un nuevo crecimiento, que mi conciencia se expandió un poco.

Fue en algún momento impreciso de todas esas vivencias, cuando comprendí que todo aquello que llamaba “religión”, fuera en las cumbres y valles de los Andes, fuera en los templos umbandistas, en las sinagogas judías o en las catedrales católicas, no era otra cosa que una actividad humana en

la búsqueda de aprehender lo sagrado. Fue también durante esas vivencias que tuve mi primer contacto con la magia.

¿Qué era eso de “lo sagrado”?, eso immaculado y poderoso que ha doblegado la voluntad y sometido a reyes, caciques y gobernantes, eso que ha creado tantos símbolos como hierofantes que lo interpretan. Eso que produce vivencias extrañas que escapan a la comprensión, que maravillan e inundan de sensaciones sin explicación.

A ello se refiere Rudolf Otto en su obra “Lo santo”.

Otto describe este cúmulo de vivencias que un individuo experimenta en presencia de lo que define como sagrado como constituido por tres aspectos:

1º lo numinoso o divino que el hombre descubre a través del sentimiento de criatura, terror místico, reconocimiento del Otro absoluto y el arrobo místico,

2º lo “sanctus” o valor de lo numinoso;

3º una disposición interior de la mente humana capaz de aprehender lo numinoso.

Podemos recrear basándonos en Otto, lo que puede haber sido el nacimiento de una religión.

Tal vez, en el principio de los tiempos, un ser humano en un momento de sensibilidad, experimentó un arrobamiento, un temor, un sentimiento que no pudo definir ante hechos que no podía explicar, algo para lo cual le era imposible determinar la causa y seguramente eso era algo significativo para su vida. En ese hecho dotado de significado, ese humano del principio de los tiempos creó el primer símbolo. Ese fue, tal vez, el nacimiento de una religión individual. En ese símbolo el humano estaba aprehendiendo lo sagrado y en esa mente primordial había nacido un arquetipo.

Ese ser humano relató lo vivido, una y otra vez, y eso fue transmitido de una comunidad a otra, era el nacimiento del mito. Y más tarde en esta hipotética historia, ese sentimiento original se colectivizó, el mito dio una explicación a la vida y un orden al universo, la circunstancia original fue repetida dando lugar al ritual. Fue entonces cuando nació la primera religión social, mucho “antes que la palabra religión existiera”.

Pero aun antes de que la vivencia se colectivizara, el humano trató de repetir la circunstancia, trató de recuperar el momento original donde el símbolo nació, todo con la intención de reproducir el hecho, de dominar la circunstancia, de convocar a la divinidad que intuía en esa maravilla. En ese repetir, en esa búsqueda del tiempo original, que luego llamó ritual estaba el nacimiento de la magia.

Volveremos en detalle sobre este concepto, pero ahora debemos reflexionar. No olvidemos que la magia nació antes que la religión colectiva, y no dejemos de observar que, hoy día, hay magia sin religión, pero nunca encontraremos religión sin magia. En toda actividad religiosa, desde la más transgresora a la más convencional y dogmática, hay actos donde se pretende recuperar el tiempo y la circunstancia original, actos repetidos una y otra vez por oficiantes en el seno de una tradición, hay actos mágicos.

Y también existen individuos aislados, o formando parte de pequeñas comunidades, que intentan una y otra vez, dominar fuerzas a través de la ejecución de antiguos rituales, existen magos. Todos lo sabemos. Y tanto magos como oficiantes religiosos utilizan la misma materia para sus operaciones: los símbolos.

En esta historia imaginaria a la que nos referíamos, podemos encontrar que la necesidad del nacimiento de una religión individual fue para dar una respuesta a lo que estaba viviendo el protagonista. El nacimiento de la magia fue una actitud individual para tratar de reproducir lo que había vivido. Y cuando nació la religión colectiva, cuando el fenómeno se socializó, tal vez lo que se buscaba era comprender, explicar de una forma uniforme al mundo y su funcionamiento, remitir al algo superior la existencia de sucesos y vivencias incomprensibles.

Religiones de Cielo y Religiones de Tierra

¿Y cómo son hoy día las cosas, qué buscamos en la religión?

Las cosas parecen no haber cambiado mucho desde entonces.

En mis estudios de aquellos años llegaba a la conclusión de que la religión puede verse como un largo eje. En uno de sus extremos se encuentran lo que llamo Religiones de Cielo. Son las grandes religiones masivas, las que definen claramente a un Dios supremo, las que establecen una promesa de salvación ulterior, una vida más allá de la muerte a la que el hombre se hará merecedor dependiendo de sus conductas en el presente, o bien de designios divinos. En cualquier caso, esta trascendencia lleva a un tipo de existencia mucho más importante que la que desarrolla en el presente. Son religiones donde la figura de Dios es masculina, y donde el hombre ha sido separado de la naturaleza, tal vez a través de aquel antiguo versículo del Génesis donde se le decía a los humanos:

“...llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre la tierra, y todo árbol en que hay fruto y da semilla os serán para comer” (Génesis: 1, 28,29)

Este tipo de planteo para la vida humana, permanentemente regida por la ley del pecado, trae consecuencias sociológicas y psicológicas importantes. El humano pecador, y por consiguiente controlado por sus pares, se autoimpone un alto contenido ético. El humano por encima de la naturaleza, siempre observado y regido por un Dios casi inalcanzable.

El humano, una criatura que, como especie, no ha podido aun recuperar el lugar frente a ese Dios, lugar que en un tiempo original le fue conferido y arrebatado. Un ser que vive con la esperanza de una vida posterior, sumido en las más grandes angustias y dudas. O bien, saltando por encima de todo y abrazando la fe que lo protege contra esa duda tan cruel como atrozante.

A ese humano lo he visto orar con fe en alta voz; y lo he visto preguntarse con terror, en el más grande de los silencios, allí donde solo existe su individualidad, a dónde lo conduce su muerte. Y evade una y otra vez la respuesta cuando el poderoso arquetipo de eternidad le da las más ingeniosas respuestas que alivian esa tensión.

En el otro extremo de ese eje hipotético de las religiones se encuentran las que he denominado Religiones de Tierra. Sus características son bien distintas. Su principal ámbito de desarrollo es el aquí y ahora, es decir, prometen y dan al humano, aquí, en esta vida lo que necesita, no para su trascendencia, sino para el diario vivir. Y también castigan en esta vida. Son normalmente politeístas, y es el humano presente quien, como protagonista y bisagra, articula la acción simultánea de dos mundos: el de lo sagrado, divino y sobrenatural, con el mundo sensorial que define como la realidad cotidiana, el mundo de lo profano.

Son religiones donde el humano es parte integrante de la naturaleza, donde el arquetipo de la Gran Madre surge a través de la Madre Tierra. Donde no existe el pecado. Su origen es más antiguo que el de las Religiones de Cielo. Nacieron con la agricultura, cuando hubo que dar forma de dioses a las fuerzas de la naturaleza que el humano pugnaba por controlar para asegurar su supervivencia. Dioses imperfectos, llenos de pasiones y virtudes, iracundos, celosos y vengativos. Dioses, a imagen y semejanza humana, que conformaron panteones y mitologías similares en todo el planeta. Dioses que hoy viven en el humano bajo la forma de arquetipos y que se manifiestan en el diario vivir determinando conductas y vivencias míticas.

Y a lo largo de ese eje de las religiones encontramos la magia. Sí, como antes establecíamos, no puede existir religión sin magia.

La magia aumenta a medida que nos acercamos al polo de las Religiones de Tierra, llenas de rituales y actos mágicos. Las ofrendas más variadas y extrañas se hacen a los dioses en procura tanto de un bienestar, como de atacar sin piedad a un supuesto enemigo. Ofrendas que, más allá de su variedad, ostentan una estructura similar en todas ellas. Es tan valiosa la sangre de un gallo que se sacrifica en las religiones de raíz africana, como la de un cui en las religiones andinas, o cualquier otro tipo de animal en otra religión donde la sangre represente una comunidad de vida, donde una vida pueda ser sacrificada en pos del bien de otra. Tal como iba a hacer Abram con su hijo, inmediatamente antes del nacimiento de las Religiones de Cielo... o tal como hizo hace dos mil años un judío justo y de corazón muy noble, que ofrendó su sangre para lavar los pecados humanos, todo según lo dispuesto por su propio Padre. Una ejecución más en una cultura local, que dio lugar al nacimiento de una religión, que nos legó cientos de símbolos. Una ejecución que, al dotarla de significado, se constituyó en uno de los actos de magia más grandes y despiadados que registra nuestra historia. La ofrenda fue en ese acto, el que mucho después fuera reconocido como el propio hijo de Dios.

Sí, la magia estuvo y está siempre presente, desde la ofrenda andina hasta el ritual de la misa católica, desde Abram hasta el Papa..., pasando por Jesucristo.

Siempre en procura de aprehender lo sagrado, de recuperar el tiempo original, de cambiar la realidad, de dominar fuerzas que apenas sospechamos. Pero esta magia está mucho más presente en el extremo de las Religiones de Tierra que en de las Religiones de Cielo.

El hombre, ese animal simbólico.

Ahora bien, lo interesante a nuestros efectos es ver cómo la religión ha contribuido a definir la realidad, y vemos que tanto las Religiones de Tierra como las Religiones de Cielo han definido nuestra realidad cotidiana incorporando símbolos. Estamos repletos de símbolos que se han creado en circunstancias significativas, todo sin que existiera una participación conciente y reflexiva de la humanidad. Nunca la cruz volvió a ser lo que era después de la circunstancia que significó la pasión de Jesús, nunca veremos una cruz sin que la fuerza del símbolo nos impregne y nos determine. Y otro tanto podemos decir de los símbolos de otras grandes religiones. La media luna y la estrella de David son tan importantes para una parte considerable de la especie humana como lo es la cruz para los judeo-cristianos.

O bien otro tipo de símbolos. La esvástica ha adquirido con los tiempos una connotación ben diferente a la que tenía en sus orígenes

Y volvamos a la sangre. Indefectiblemente, para una parte enorme de los fieles de religiones afro, cuando la sangre toca el suelo, se produce la bajada de un santo, esto es, un dios se incorpora en un ser humano. Este acto tiene una fuerza tan grande como la significación del vino en la misa católica, donde se asimila a la sangre de Cristo como la sangre derramada en pos de la salvación del hombre ante Dios.

O, sin referir a lo religioso, la sangre adquiere una connotación simbólica cuando a ella se hace referencia al hablar de guerras y batallas. Se apela al recuerdo de la sangre vertida por los ancestros para la consecución de tal o cual objetivo político, la formación de naciones entre ellos. Se incluye simbólicamente en la heráldica bajo el color rojo. La sangre adquiere el valor de la propia vida. No estamos tan lejos de los africanos que ven en la sangre una comunidad de vida.

Estamos inmersos en símbolos, los utilizamos y nos utilizan, crean y definen nuestra realidad, nos son imprescindibles para comunicarnos y para entendernos entre nosotros, nos son imprescindibles para poder entender al "otro". Los utilizamos en la religión, en la comunicación y en la magia.

El humano parece ser un animal simbólico. Pero lo religioso, ¿es exclusivamente humano?

La pregunta parecería tener una respuesta un tanto obvia. Dado el tipo de reflexión y la complejidad que conlleva la conceptualización de la divinidad, no podría ser otra cosa que un producto del pensamiento y la reflexión humana.

No obstante, Jane Goodall, una brillante antropóloga que ha dedicado su vida al estudio de los chimpancés, nos relata lo siguiente.

Goodall observó que una manada de chimpancés tenía un extraño comportamiento en presencia de la amenaza de lluvia. Cuando comenzaban los primeros truenos, la manada detenía su actividad y, conducida por su líder, emprendía la subida de una colina cercana. Con la primera gota de lluvia que caía, el líder de la manada se arrojaba colina abajo dando vueltas sobre sí mismo. Y era seguido en la misma forma por el resto de los animales. Lo hacían una y otra vez hasta que la lluvia se desataba.

No existe explicación alguna para ese comportamiento, no hay retribución de índole natural que lo pueda justificar. Y lo mismo se repetía cada vez que la lluvia era inminente. Los chimpancés subían la colina, tal como lo hicieron y lo hacen infinidad de seres humanos cuando han querido estar más cerca de la divinidad. Lo hizo Moisés en el monte Sinaí, lo hacen los callawayas de Bolivia cuando quieren adorar a sus Apus, sus montañas sagradas, lo hacen los practicantes de cultos diversos, que encuentran en una cumbre un lugar y una instancia de recogimiento y proximidad a lo divino.

Tampoco existe otra explicación para esa conducta de los chimpancés que la de un comportamiento ritual, un acto con contenido simbólico, sin gratificación de orden natural alguna, repetido en cada instancia igual. No lo hacen cuando están contentos, o disgustados, o cuando

consiguen alimento o en circunstancias de apareamiento, no lo hacen uno o unos pocos, es toda la manada que repite el acto en la misma circunstancia, una circunstancia que escapa a su comprensión y que necesitan incorporar a su realidad. Tal vez lo hagan mediante actos repetitivos aun cuando no tengan un fundamento determinado, simplemente asocian una conducta a una instancia significativa. Tal como lo hemos hecho y lo hacemos los humanos a lo largo de nuestra vida.

Si pudiéramos aceptar junto con Goodall que éste es un comportamiento religioso, entonces “lo religioso”, no sería exclusivamente humano. Y el ritual no sería otra cosa que una forma de expresar simbólicamente lo que no se comprende y nos trasciende. Sería un tipo de comportamiento para comunicar determinadas cosas.

El comportamiento ritual lo podemos ver en el apareamiento de diferentes especies, o en la lucha, o en el intercambio de saludos y reconocimientos que experimentan varias especies, el humano entre ellas.

La agresión, el saludo, el reconocimiento, se expresan mediante rituales que pueden, incluso, ser comprendidos de una especie a otra, rituales que siempre están compuestos por símbolos o actos simbólicos, desde el baile íntimo hasta la danza ritual previa al apareamiento de los escorpiones, desde el lanzamiento de un beso furtivo entre los humanos, hasta el enseñar los dientes del animal en peligro.

Cuando el ritual se ubica en el ámbito de lo religioso humano, normalmente tiene un asiento en alguna mitología. Cuando es en lo religioso animal, si es que podemos aceptarlo, no le encuentro otra explicación que la necesidad de expresar y codificar lo que no se conoce..., a no ser que se pudiera dar lugar a un reconocimiento de la divinidad a nivel del instinto. La divinidad pasaría a ser algo que interpenetra y constituye, de alguna forma, a todo lo viviente. Estaríamos muy cerca de la idea de Dios tal como la sienten y expresan millones de humanos.

Pero por encima de todo, no podemos negar que somos simbólicos y ritualísticos antes que religiosos, y el comportamiento ritual es una excelente forma de canalizar lo religioso. ¿Es la religión y la idea de Dios una consecuencia de esa necesidad? Antes de reflexionar al respecto vamos a ver de dónde proviene el comportamiento ritual.

Un dinosaurio en nuestro cerebro

Si bien investigar los límites del paradigma religioso apelando a la ciencia pueda dar lugar a algún tipo de crítica, no podemos negar que es en la ciencia donde se ha establecido el reconocimiento de verdades compartidas importantes. Al aplicar teorías científicas para investigar lo religioso, lo que estamos haciendo es solamente utilizar un tipo de herramienta reconocida. Si la ciencia llega a explicar lo religioso en toda su dimensión o si deja lagunas de algún tipo, será objeto de discusión en el capítulo siguiente. Ahora lo que nos ocupa es el origen del comportamiento ritual, que podría ser el canal a través del cual lo religioso ha tenido lugar en la especie humana y que aparece en forma rudimentaria e incipiente en otras especies del mundo animal.

Paul MacLean desarrolla un excelente análisis de la estructura del cerebro y su desarrollo a lo largo de la evolución de las especies. Carl Sagan analiza la teoría de MacLean en su libro “Los dragones del edén”. Veamos en qué medida esta teoría nos proporciona una respuesta a nuestra interrogante del origen del comportamiento ritual y del comportamiento religioso.

MacLean sostiene que el cerebro humano “equivale a tres computadores biológicos interconectados”. Cada uno de los cuales posee “su peculiar y específica inteligencia, subjetividad y sentido del tiempo y del espacio, así como sus propias funciones de memoria, motrices y de todo tipo”. Son tres mentalidades en dos de las cuales no interviene el habla.

Denomina a estos tres computadores o sistemas, con un nombre y describe sus funciones.

El llamado “Complejo reptílico”, o “Complejo R”, situado en lo profundo del cerebro, constituye una suerte de núcleo sobre el cual se desarrollan los otros dos. Es la parte más primitiva del cerebro, y está constituida por la médula espinal, cerebro posterior y cerebro medio. Ocupa casi todo el cerebro de un pez o un reptil.

Rodeando al Complejo R se encuentra el “Sistema Límbico”, que se encuentra lindante con el cerebro propiamente dicho. Es una fase del cerebro desarrollada hace aproximadamente ciento cincuenta millones de años, los reptiles poseen un Sistema Límbico muy poco evolucionado y está totalmente desarrollado en los conejos.

Rodeando al Sistema Límbico se encuentra el Neocórtex, la parte más moderna y evolucionada del cerebro, compuesta por los lóbulos frontal, parietal, temporal y occipital. Es la parte principal en mamíferos y se encuentra muy desarrollada en el humano. Puede haber aparecido hace algunas decenas de millones de años y tuvo un gran impulso con la aparición del ser humano. Es interesante observar que el cerebro del feto humano en su vida intrauterina pasa por las tres fases de esta evolución, desde el Complejo R, pasando por Sistema Límbico, hasta llegar al Neocórtex.

La respuesta a nuestra interrogante sobre los diferentes comportamientos la establece MacLean cuando asigna al Complejo R el comportamiento ritualístico, entre otros, y al Neocórtex el desarrollo de lo religioso, donde se manifiesta el pensamiento abstracto y, particularmente en el lóbulo parietal, donde se encuentra todo lo relativo a lo simbólico. Esto último requiriendo el concurso de varios lóbulos simultáneamente.

Si bien Carl Sagan advierte que esta separación de funciones del cerebro no es tan delimitada y que las tres zonas del cerebro trino interactúan, no deja de aceptar que los comportamientos que estamos analizando están fuertemente influenciados por las zonas descritas: el ritualístico para el Complejo R y lo religioso, simbólico y abstracto para el Neocórtex.

Y nosotros agregamos que, particularmente en lo religioso, no podemos establecer que sea una función de esta parte del cerebro, sino que ese tipo de abstracción tiene lugar en el Neocórtex, la única parte conformada como para aceptar y desarrollar esto que podríamos llamar una pulsión. Si bien lo ritualístico es anterior, y pudiera estar dando lugar a comportamientos religiosos, no parece

ser lo religioso una herencia del desarrollo de nuestro cerebro, sino un desarrollo que ha tenido lugar gracias a la evolución de dicho cerebro.

Muy distinto a lo que acontece con el comportamiento ritual, que sí es una herencia de lo que Sagan llama “Los dragones del edén”, es decir, la base inicial y más profunda del cerebro donde los diferentes rituales tuvieron su nacimiento.

Religión sin ritual parece ser el desafío para aprehender lo sagrado prescindiendo del lo determinante de nuestra conformación cerebral. Un desafío que puede poner en tela de juicio la necesidad de la existencia de todas las religiones que no pueden prescindir del ritual para expresarse, para comunicar y para invocar a la divinidad.

¿Hacia dónde puede llevarnos una religión sin ritual? No lo sabemos, tal vez hacia una comunicación más directa con Dios.

No preguntes por Él.

Podemos entonces comenzar a aceptar que el comportamiento ritualístico que da forma a lo religioso es una consecuencia de la conformación de nuestro cerebro, pero, ¿de dónde proviene la idea de Dios?

No lo sabemos, es fácil suponer que la incompreensión y el desconocimiento científico llevan a divinizar la circunstancia. Es fácil establecer el nacimiento de las religiones durante la época del advenimiento de la agricultura.

En este camino entonces, es fácil suponer que, a medida que la comprensión del humano vaya creciendo a través de la ciencia, por ejemplo, lo religioso va a ir desapareciendo y con ello la idea de la existencia de Dios.

Sin embargo, ni parece ser probable que el campo de conocimiento del humano sea en algún momento total, ni la actitud adoptada por muchos de los más grandes científicos modernos dista de ser religiosa. “Dios no juega a los dados”, argumentó el célebre Albert Einstein en su famosa discusión con Heisenberg sobre lo aleatorio o no de los procesos universales.

Tampoco parece ser un camino fructífero el investigar y tratar de establecer con certeza la existencia de Dios. Un importante estudioso y analista de la religión como es el Dr. Gregorio Rivero Iturralde manifiesta:

“Si alguien comienza por preguntarse si Dios existe o no existe, jamás puede llegar a Él; y si comienza por afirmar Su existencia puede llegar a Él menos aun que si lo niega. Un Dios cuya existencia o inexistencia puede cuestionarse, es un objeto junto a todos los demás que integran el universo de los objetos existentes. Y preguntarse si ese objeto existe está tan justificado como responder que no existe.”

En gran parte compartimos este planteo, por lo tanto, sin buscar una respuesta, pensemos cuál es, o debería ser nuestro comportamiento, nuestra vida sobre el planeta ante dos planteos hipotéticos:

-Dios existe.

-Dios no existe.

Este planteo nos lleva de inmediato y en forma ineludible a preguntarnos si existe un orden o un caos, un plan predeterminado o todo es producto de una maravillosa casualidad.

Cuando me he puesto a reflexionar a profundizar sobre ese “orden” he encontrado cosas inquietantes. Parecería ser que ese orden existe, pero no se encuentra en un estado de quietud y equilibrio, parecería ser que todo el orden ocurre en medio de una dinámica universal, existe un orden en permanente cambio, podríamos decir, una mutación universal constante. Después de todo así es como se comporta el universo aparentemente, una permanente mutación, una renovación y expansión constantes. Esto incluso ha podido ser medido, el corrimiento al rojo del espectro de luz observado en galaxias distantes, que nos indica cómo el universo se expande y las galaxias se apartan permanentemente unas de otras. El universo actual no es el mismo que el que era un segundo atrás, no solo porque se expande, sino porque millones de seres, de organismos, de células han muerto, se han transformado y han nacido, tan solo en el planeta Tierra. Uno mismo ha cambiado, en sus células, en sus conceptos y en sus acciones consecuentes.

Este tipo de análisis parece dejar bastante conformes a físicos y teólogos, pero, ¿qué decir de la experiencia individual?, ¿cómo responder al sentimiento de criatura, de numinosidad, descrito por Otto?, ¿cómo responder a lo que el individuo que busca, dentro y fuera de sí, llega a experimentar una o varias veces en su vida?, ¿cómo explicar la maravillosa recuperación del tiempo primordial que se logra por medio del ritual?, o aun más, ¿cómo explicar que el ritual funciona en la

anticipación, o ¿cómo explicar que determinados rituales “hacen que las cosas sean o ocurran”?, ¿cómo explicar, o definir, esa especie de sintonía que en algunos momentos muy especiales tenemos con algo diferente, externo o interno, pero que curiosamente no es parte de nuestra mente consciente, algo que difícilmente podemos llegar a expresar?

No he encontrado ni en la física ni en la teología explicación satisfactoria de lo que ocurre dentro del ser humano en contacto con “eso”.

Es entonces cuando los humanos decimos “Dios”, allí es, en ese momento y en esa circunstancia, “cuando redobla el parche del tambor de Dios”. Gracias a Arturo Pérez Reverte por este maravilloso concepto que, si bien lo aplica en otro contexto, no es menos útil a la hora de expresar estas ideas.

Aparece Dios como una evidente necesidad de explicar, de definir, de huir rápidamente de la incertidumbre, de sentirse aliviado ante la transferencia de la duda, aunque no sea más que definiendo o estableciendo lo imposible. Y así hemos vivido durante miles de años, huyendo de la duda, pero lo más importante, olvidando casi compulsivamente que la duda es el estado natural del humano, que obedece a la dinámica del permanente cambio del universo regido por fuerzas que nos es imposible de manipular o a veces comprender.

Pero cuando nos atrevemos a vivir en la duda, en el permanente descubrimiento, sabiendo que nunca vamos a llegar a un final, simplemente porque no existe, concientes de que nuestra conciencia autorreflexiva en expansión es nuestra principal herramienta y nuestro principal abismo, entonces no nos queda más opción que vivir en base a hipótesis.

Tanto la hipótesis de la existencia de Dios, como la de no existencia de Dios, nos impulsan a tratar de descubrir más, a tratar de comprender lo que regula y no puede definir las características de la experiencia personal a la cual nos referíamos antes. Tratamos de descubrir las leyes del orden o la forma en que se desenvuelve el caos, siempre impulsados por la necesidad de predecir, de anticipar, siempre prisioneros de la incertidumbre.

Vivamos entonces la hipótesis de la existencia de Dios. En esta circunstancia nuestra vida es maravillosa, y se simplifica enormemente. Tanto en el orden como en un aparente caos que no comprendemos, todo es asunto de Dios, y lo único que debemos hacer es tratar de interpretarlo con los hierofantes de turno, codificarlo, regularlo según tal o cual religión, y tratar de estar acorde o en sintonía con los preceptos morales que la sociedad en la cual vivimos define para tal o cual sistema de creencias. Dios está regulando y no es asunto nuestro el resultado final de la vida o el mundo. Preocupémonos solamente por nuestro destino individual, “por vivir como Dios manda”. Estamos en una religión, la mayor parte de las veces olvidando que no fue Dios quien inventó las religiones. Aparece entonces una herramienta formidable, casi indestructible, que nos ayuda y que nos apoya en cada instante de nuestra vida: la fe.

¿Es esta vida en religión una manifestación de la espiritualidad y un camino para la expansión de la conciencia? Depende de un par de cosas, la primera de ellas es la definición que demos al término espiritualidad, un asunto que me ha ocupado bastante en estos años.

Si por espiritualidad entendemos un estado de conciencia que tiende a exaltar la experiencia religiosa y a vivir en base a los más altos preceptos morales y a los mejores valores de la sociedad a la cual estamos integrados, entonces, sin duda la religión, esa religión que vive un sujeto determinado en una cultura determinada puede ser una manifestación de la espiritualidad.

En cuanto a si produce la deseada expansión de conciencia que nos lleve de la actual conciencia autorreflexiva a una instancia superior, entonces tengo ciertas dudas. Y allí nos internamos en el otro asunto; el tipo de religión.

No me cabe duda que cuanto mayor sea el número y fuerza de los dogmas de esa religión, más fuerte será el paradigma que impida que la conciencia se expanda. Cuanto más férreo sea el convencimiento de sus intérpretes y fieles de que están en el camino verdadero, menor serán las posibilidades de que se produzca la deseada expansión. Cuando aumenten nuestras certezas y disminuya el número y osadía de nuestras preguntas, menos se expandirá la conciencia. Porque

nunca debemos olvidar que, desde siempre, desde los inicios, cuando el proto-hombre apenas caminaba dejando sus huellas en el valle de Laetoli, siempre estuvo conviviendo con la duda. Es su estado natural. Y aun si lo miramos bajo la óptica mitológica, los primeros humanos aun no han logrado comprender satisfactoriamente el porqué Dios los expulsó del paraíso. La duda, verdadero abismo interior y nervio motor de nuestra espiritualidad.

Entonces, un camino de expansión de la conciencia en religión sería el vivir esa religión sin dejar, nunca, de hacerse preguntas, sobre todo la más angustiosa: ¿qué quiere Dios de mí?

Los cientos de respuestas que ensaye expandirán su conciencia. Y las más valiosas de esas respuestas serán siempre en un estado de intimidad personal.

Si esa es su opción, si es feliz en la fe, entonces viva en religión, una palabra que implica un concepto de unir, de ligar y religar al humano con Dios. Una necesidad que bien puede provenir de algo que llamamos espíritu, aun cuando no podamos definirlo.

Y si ese espíritu lo conduce a Dios, entonces salte fuera del paradigma, cuestione el dogma, hable con Dios, ore, pida, exija, agradezca, vea cómo le responde, reflexione tanto sobre la forma como sobre el contenido de esa respuesta, viva en consecuencia. Que sea parte integral de su vida. Religie. Puede hacerlo con un intérprete de Dios o en la más maravillosa de las soledades.

Y ahora vamos al otro gran desafío, vamos a plantearnos la vida en la hipótesis de que Dios no existe.

Es la gran aventura. La certeza de una tremenda responsabilidad que tenemos como seres con conciencia autorreflexiva va a caer sobre nosotros, comprenderemos la magnitud de nuestro poder sobre el entorno, sobre la vida y sobre el futuro, y las infinitas posibilidades que se nos abren en consecuencia. Capaces de crear vida y de dar muerte, de construir mundos, de crear y de transformar realidades. De construir un destino trascendente como especie, o de destruirnos en un estado de conciencia cristalizado en el individualismo. Capaces de saltar a otros mundos o de hacer pedazos el nuestro. De acompañar coherentemente el ritmo de los cambios y mutaciones universales, o de, en nuestra soberbia, pretender dominarlos incinerándonos en la fricción consecuente.

Todo, absolutamente todo, depende de lo que podamos hacer nosotros mismos, los humanos; desde lo más magnífico y trascendente hasta lo peor. Y más, lo debemos hacer si queremos huir de la fatal entropía universal. Sabiendo que dentro de esa vastedad con peligros desconocidos y aventuras sin un final, dentro de esa odisea social está, sin duda, la posibilidad de un mundo mejor. Todo depende de nosotros mismos, incluso la construcción permanente de ese mundo mejor, en el cual la duda y la incertidumbre no serían otra cosa que lo que nos impulsa a ser mejores. “Sereis como dioses”, dijo alguien en la antigüedad y esas palabras fueron recogidas por un texto sagrado.

Estoy seguro de que si asumimos esa forma de vivir, y en la eventualidad de que la hipótesis sea errónea, Dios va a estar muy contento.

En suma, podemos vivir sin religión, si la entendemos como un conjunto de dogmas y símbolos basados en determinadas mitologías y con un sistema organizado y jerárquico de intérpretes.

Podemos vivir sin preguntarnos por Dios. Nuestra conciencia se expandirá, sin dudas, ante la conciencia de la responsabilidad, a través de la duda.

Y la espiritualidad, ese estado de conciencia que viene desde que el hombre fue tal, seguramente nos remitirá a esa zona desconocida que atisbamos cuando la ciencia quedó sin respuesta y saltamos a la religión. La zona de la experiencia individual, la que me gusta llamar Zona Gris.

El regreso de Venus

Antes de terminar con el tema me gustaría compartir una pequeña reflexión acerca de por dónde, o hacia dónde, discurre hoy día el sentir religioso.

El sentir religioso, ese arrobamiento que tan bien definía Rudolf Otto, es sin lugar a dudas una manifestación de lo que paso a paso estamos definiendo como espiritualidad. Y es bien diferente del culto de una religión determinada. Ese sentir religioso hoy día ha saltado barreras dogmáticas y está conduciendo a la humanidad hacia las más antiguas vivencias, en busca de dioses dormidos en algún lugar de la mente.

Cuando analizamos el sentir religioso y viajamos hacia atrás en el tiempo en busca de las más antiguas manifestaciones humanas en este sentido, nos encontramos con los registros arqueológicos de unas pequeñas estatuillas con forma femenina, grandes caderas y vientre abultado. Son las denominadas Venus del Paleolítico superior, de hace aproximadamente 30.000 años. En esta época, los humanos estábamos lejos aun de desarrollar la agricultura, y nuestro modo de subsistencia correspondía a la caza y recolección. No se puede atribuir, por lo tanto, finalidad o identificación con lo agrario y los cultos que de ello se originaron más de 20.000 años después.

Tampoco es seguro que esas estatuillas significaran algún tipo de manifestación religiosa, y la prehistoria las califica como una de las primeras manifestaciones del arte mueble. Pero en cualquier caso, sea arte o religión, reflejan las pretéritas necesidades humanas de destacar o simbolizar, o incluso sacralizar en alguna forma a la figura femenina.

Lo destacable de éstas Venus es su abultado vientre, sus anchas caderas y sus pesados senos, por lo cual es fácil suponer que el hombre paleolítico estaba resaltando en alguna medida el aspecto maternal de la figura femenina, aspecto que, sin duda, lo maravillaba e intrigaba.

Más de 20.000 años después, con el advenimiento de la domesticación de plantas y animales, es que los dioses agrarios comienzan a nacer en la psique. Ya entonces, la idea femenina en su aspecto “madre”, que en última instancia viene a significar la perennidad de la vida, idea sin duda arquetípica a esta altura, estaba firmemente enraizada.

Es también clásico el paralelismo entre el arquetipo “madre” y la Tierra. Mircea Eliade en su Tratado de Historia de las Religiones lo establece y lo analiza profusamente. El Cielo y la Tierra conformaron desde los inicios la pareja primordial, la primera hierogamia. La imagen de la mujer fecunda que venía desde antaño se reviste en la época agraria de los atributos de la Tierra. Ambas, mujer y Tierra, compartían un estado de sacralidad al ser dispensadoras de vida y existencia. De la Tierra provenía el alimento y por lo tanto era fuente de vida. En la mujer se gesta y crece la vida del humano. Entre los indígenas Kogui de Colombia es la mujer quien debe plantar la coca sagrada que será utilizada por los hombres en sus rituales. Es de la mujer de donde nace la vida humana y, en el caso de los Koguis, de donde nace la vida de la planta sagrada. Como dato curioso, observemos cuántas veces es una mujer que introduce al hombre en el camino de la espiritualidad. Mujer y Tierra entonces, están unidas por una sola imagen: la de la sagrada fecundidad.

El análisis nos muestra también cómo en esa hierogamia inicial, de la misma forma que se asimiló la Tierra a lo femenino se hizo otro tanto con el Cielo y lo masculino. La razón de ser de esta dualidad obedece aparentemente a la estructura de nuestra mente acostumbrada a pensar en términos de opuestos, mujer y hombre, tierra y cielo, abajo y arriba.

Este pensamiento dicotómico, que nos es tan útil en ocasiones de peligro y riesgo de la vida, que nos hace huir o atacar, rige también para el resto de los asuntos de nuestra vida. Nos condiciona desde el origen mismo de toda criatura viviente que se manifiesta en dos sexos imprescindibles para la conservación de cualquier especie. Si bien lo hermafrodita se da en algunas manifestaciones

de la naturaleza, no podemos negar que la existencia de ambos sexos es la regla general, y en la especie humana es determinante para su existencia.

Si una religión es, por decirlo de otra manera, un modelo de una cosmovisión, no podrá prescindir de esa dualidad.

El Dr. Jung, cuando analiza la estructura de nuestra psique, establece la existencia del “ánimus”, que corresponde a la personificación masculina del inconsciente de la mujer, y el “ánima” correspondiente a la personificación femenina del inconsciente del hombre.

Si consideramos, como decíamos antes, que una de las más antiguas manifestaciones del sentir religioso fue hacia lo femenino a través de las Venus del paleolítico, que el nacimiento de las religiones fue en el período en que nace la agricultura y por tanto los cultos a la Tierra también tuvieron un sesgo femenino, no podemos desconocer la fuerte incidencia de lo femenino en los orígenes del sentir religioso. Una manifestación que viene modelando nuestro Neocórtex desde hace más de treinta mil años.

Pero nuestra realidad actual es bien diferente, la mayoría del mundo religioso está ordenado y dogmatizado bajo la figura de un dios masculino que ya tiene más de dos mil años. Y esta condición es tan férrea que se ha transmitido en forma de valores que determinan el comportamiento social.

No escapa a nadie la permanente lucha de la mujer por ganar espacios de poder, por acceder al mercado de trabajo, por ser reconocida en sus derechos cívicos tanto individuales como sociales. Ni la creciente participación de la mujer en órdenes herméticas, en institutos militares, en la política y en lo organizacional, todos ellos ámbitos tradicionalmente masculinos.

De la misma manera ocurre en el ámbito de lo religioso, donde es por demás evidente su permanente lucha por tener un lugar más importante en este mundo religioso masculino, como lo demuestra el crecimiento de los cultos marianos en el seno de la propia Iglesia Católica, así como la admiración y veneración de figuras femeninas como la Madre Teresa de Calcuta.

O el enorme crecimiento que han tenido las religiones afro en los últimos tiempos, el cual obedece sin dudas, a la gran cantidad de dioses femeninos que allí se cultúan y al carácter principalmente femenino de la religión, observada bajo la propuesta de Religión de Tierra. Este es uno de los pocos ámbitos religiosos donde la mujer tiene la posibilidad de ordenarse como sacerdote.

Observaba en la playa durante la celebración de Iemanjá un dos de febrero, cómo en un templo improvisado en la arena se ofrendaba tanto a Iemanjá como a la Virgen María. No era una figura religiosa determinada a lo que se estaba rindiendo culto, era a la figura femenina, a lo femenino, algo que si profundizamos junto con Jung, no es patrimonio exclusivo de la mujer.

Tal vez la sociedad, después de más de dos mil años de regencia de un Dios masculino que nos trajo un estado del alma que, aparentemente, nos es del todo satisfactorio, esté corriendo en pos de las Venus del paleolítico.

O bien, siguiendo a Jung, es esta sociedad de tono masculino que está en busca de su “ánima”, lo que hace revivir el arquetipo de “la madre” después de más de dos mil años de culto a un dios masculino. ¿Cómo una necesidad o búsqueda de algo mejor? Creo que no, es simplemente un revertir del camino del péndulo de la mente en busca de un equilibrio utópico para su naturaleza dual. Un camino que algún día nos llevará, una vez más, a la concepción de “Dios Padre-Dios Madre”.

Dios siempre responde.

Finalmente quiero introducir otra reflexión para culminar este análisis. El tema es determinar cómo se sostiene una religión, cómo ha perdurado algo como lo religioso a lo largo de la existencia humana, prescindiendo de los efectos de la consideración de su principal objeto de estudio que es la divinidad.

Cuando investigué las religiones que terminé definiendo como brasileñas de raíz africana, percibí un hecho significativo. La religiosidad se mantenía en una forma estructural constante y casi invariable a pesar de la proliferación de cultos, de la inexistencia de sacerdotes ordenados por escuelas reconocidas, a pesar de la ausencia de un Libro sagrado unificador, a pesar de las variaciones en sus numerosas mitologías.

Entonces comprobé que existía una interacción constante entre el fiel de religión y sus dioses que denominé como “diálogos” y que algunos autores también han establecido para otros ámbitos del quehacer social.

Estos diálogos tienen una determinada coherencia: el humano habla a sus dioses desde su diario vivir y los dioses responden a través de lo que denominé pensamiento mágico del humano. Un pensamiento que le permite resolver las interrogantes que le plantea el universo y las vicisitudes de su vida, y aceptar la divinidad y su designio por el medio más rápido y económico posible.

A través de esos diálogos el devoto pide y clama por soluciones, y la divinidad siempre responde en una forma interpretable para el interlocutor. Para que la respuesta sea reconocible, para que la divinidad se manifieste en alguna forma, el fiel de religión tiene que haber incorporado un universo de símbolos que le permitan reconocer el idioma de su dios. No es una creación imaginaria de un ser humano en estado de exaltación, es la construcción metódica a lo largo de, tal vez miles, de años de construcción de una realidad, tan real y tan válida como la de nuestra propia cotidianeidad. Para un devoto del orixá Iansá, es tan evidente la presencia de la diosa en asuntos relacionados a la abogacía, como lo es la balanza que indica que el documento es perteneciente a una dependencia de la justicia.

De esa forma se mantienen las religiones, a través de sistemas de símbolos que representan la presencia, la demanda y la respuesta de Dios. Como se mantiene cualquier estructura cultural en cualquier pueblo del mundo.

Una de las manifestaciones más conmovedoras de la religiosidad que pude presenciar en mi vida y que da ejemplo de lo que estamos hablando, fue la que experimenté cuando fui a observar una celebración de San Rocco.

San Rocco es un santo de origen italiano cuyo culto se desarrolla en varios lugares de América.

Los instantes previos a la ceremonia donde el santo es paseado en andas por los hombres de la congregación me permitieron recorrer el predio y la capilla. Era una instancia de profundo respeto, de una cierta expectativa y de mucha alegría. Bailes y comidas tradicionales alternaban con gente que se mantenía en actitud meditativa o de oración, banderas italianas vestían el predio de un alegre colorido. En el interior de la capilla todo era silencio y oración. La imagen del santo, vestido con sus mejores galas para la ocasión, estaba rodeada de infinidad de ofrendas de todo tipo. Ropas, muletas, prótesis, billetes escritos y arrollados cuidadosamente, fotografías, leyendas de agradecimiento, vendajes, etc. Hasta un pequeño traje, réplica de las ropas del santo, se encontraba ofrendado. Al preguntar al respecto me informaron que San Rocco es un santo de curación, con ese pequeño traje habían vestido a un niño que tenían cierta dolencia. El niño sanó y el traje fue ofrendado en señal de agradecimiento y para participar al resto de los fieles de la acción milagrosa del santo.

Estaba conversando de estas cosas con un señor de unos sesenta años, reflexivo e inteligente. Viendo que el tipo de persona permitía profundizar en aspectos más delicados de la entrevista decidí preguntar respecto al diálogo de símbolos que se establece entre el santo y el devoto.

El hombre me manifestaba que en cada acción del santo estaba la presencia y la voluntad de Dios, entonces pregunté cómo se interpretaba cuando la curación no ocurría o el pedido no era atendido.

El hombre me miró un instante, apretó los puños y los dientes, y casi con desesperación me respondió:

-Si no se cura... ¡es porque Dios no pudo!

Como dije antes, una manifestación de religiosidad emocionante. El hombre no se cuestionaba acerca de la omnipotencia de Dios, ni siquiera recurría al misterio de los designios divinos. No, el hombre estaba tan cerca de Dios, era tal el fluir de sus diálogos, era tan evidente la presencia permanente de la divinidad en su vida, que simplemente pensaba en un Dios que había hecho todo lo posible para atender el pedido de los hombres, simplemente no había podido.

Hasta la ausencia del milagro constituye una respuesta para quienes experimentan una religiosidad simple, auténtica y poderosa como la que observé en San Rocco.

Una religiosidad construida en base a un universo de símbolos donde el silencio tiene también significado.

La ciencia: un paradigma que corre en pos de lo inexplicable.

Si bien parcelar la actividad del humano puede llevarnos a reducciones inaceptables, como considerar al ser humano desde un solo punto de vista, es útil a la hora de analizar su producción cultural. Nuestra reflexión sobre el humano religioso nos permitió profundizar en nosotros mismos en busca de rescatar eso un tanto elusivo que venimos llamando espiritualidad.

Lo que ahora nos ocupa, la consideración del humano científico, puede a primera vista, parecer algo curioso a la hora de analizar la espiritualidad, la expansión de conciencia y menos aun al considerar cuestiones relativas a lo divino.

Esta reacción primaria, tan equívoca como perjudicial, es producto de muchos siglos de años de continua separación entre ambos paradigmas, del permanente enfrentamiento entre la razón y la fe, del celo con que los custodios de una y otra forma de ver el mundo marcaron sus límites y atacaron el paradigma aparentemente rival.

Una separación errónea, como aseguran los científicos modernos que no hesitan a la hora de hablar de Dios con herramientas científicas. Una separación fatal, contra la que luchan sin éxito algunas instituciones religiosas, mientras otras, tan analíticas como rígidas, reconocen sus errores para con la ciencia más de quinientos años después.

Debemos de reconocer que en el esfuerzo por saltar la brecha entre ambas formas de ver el mundo, la ciencia lleva la delantera. Lógicamente, la ciencia trata de comprender al mundo, de investigar de descubrir, y el asunto de Dios, principal y excluyente objeto de ser de la religión, es una de las cosas más misteriosas y apasionantes en la cual profundizar. La ciencia corre en busca de Dios, en tanto que la religión huye de lo científico refugiándose en la fe. Parece lógica esta situación, al fin y al cabo, la ciencia es sin lugar a dudas un producto del humano, en tanto que la religión dice que el humano es un producto de Dios.

Tal vez exista un lugar intermedio para salvar esta dicotomía. Algunos científicos que gustan de jugar con su ciencia en la Zona Gris entre ciencia y religión, especulan y aventuran que Dios bien puede ser un producto del hombre, sin por ello perder su divinidad ni sus atributos principales. Otros no se aventuran tanto pero empujan la ciencia más allá de sus límites y analizan las experiencias humana más misteriosas a la luz de los últimos descubrimientos de la física moderna. Y mientras el mundo religioso permanece aparentemente impenetrable, esperando la resolución de sus más altas autoridades, los fieles huyen de los dogmas por millones, y buscan a Dios en forma individual, apelando más a la espiritualidad espontánea que a la fe ortodoxa. Y cuando en su experiencia individual se encuentran con el misterio maravilloso, con lo numinoso y con el sentimiento de criatura, no tienen la menor duda en agradecer y reconocer la presencia de Dios. Un Dios que en una lejana época de su desarrollo como especie, apareció en forma salvaje y espontánea, que un día un hierofante explicó, codificó y reglamentó, y que vuelve a aparecer en estado puro cuando el humano lo llama y experimenta su relación con Él. Un Dios que mantiene el diálogo y sostiene la religión individual, el sentimiento religioso y, en suma, la espiritualidad. Un Dios que expande la conciencia del humano al hacerlo participante de su sacralidad.

Pero ese individuo guarda esa experiencia de Dios para sí mismo, apenas la comparte con quienes pueden comprenderlo, con quienes puede hacerse preguntas en grupo, permaneciendo más unidos que antes ante la maravilla que se evidencia al no tener posibilidad de una respuesta.

Esos individuos, esos grupos, que permanecen más o menos aislados, son una tribu que se une por encima de las culturas, que va creciendo, que saben que existen otros como ellos en algún lugar del planeta. Es en esa tribu que se produce la expansión de la conciencia. Es mirada con temor y hasta con rechazo por parte de algunos religiosos y escuchada sin responder por parte de otros. Es considerada con ironía y algo de desprecio por parte de algunos científicos. Pero es analizada y

valorada muy cuidadosamente por quienes hoy día se encuentran en la vanguardia del avance de la ciencia.

Un dios que nace de un artefacto prehistórico.

¿Cuándo nació la ciencia?, ¿fue antes que la religión? No lo sabemos, seguramente los más remotos antepasados de los humanos han experimentado algún sentimiento religioso primario antes de crear ciencia. Pero existió una producción anterior a lo científico, algo que nació y caracterizó al humano como tal, que precedió al lenguaje actual y al pensamiento abstracto, y que fue el origen de la necesidad de la ciencia: la tecnología.

Cuando el protohumano utilizó el primer artefacto para ayudarse a vivir, tal vez cuando empuñó un palo, una piedra o un trozo de hueso para defenderse o para romper una fruta, o para extraer miel de un hormiguero, nació la tecnología.

A juicio de muchos, fue precisamente la tecnología la gran ventaja que experimentó la criatura humana ante la mejor dotación estructural del cuerpo de las especies rivales.

Esta primer producción del humano signó también el nacimiento de la cultura. A tal punto fue importante ese bagaje que un día el humano tuvo que ordenar, y teorizar su conocimiento para producir más y mejor tecnología. Y “vio que eso era bueno”, porque además de ayudarlo en su diario vivir, además de multiplicar su fuerza hasta lo casi inimaginable, le permitió explicar el funcionamiento de su universo, le permitió comprender, anticipar.

Pero el humano nunca olvidó que eso que nacía y que llamó ciencia, era un producto de la necesidad de producción de más y mejor tecnología. La ciencia nunca olvidó su razón de ser, se preocupó más por la producción de tecnología que de seguir descubriendo el porqué de las cosas y el funcionamiento del mundo.

La ciencia, siempre en procura de recursos, vio que esos recursos venían más rápido cuando eran asignados a descubrimientos tecnológicos, y en su necesidad de mantenerse, de vivir, como todo lo que alguna vez nació, corrió en pos de lo tecnológico. Olvidado que su poderosa capacidad de transformar el conocimiento era una de las pocas cosas capaces de romper el paradigma y expandir las conciencias.

Así fue que las ciencias llamadas duras tuvieron prioridad ante las llamadas ciencias sociales, olvidando que Darwin cambió nuestro concepto de la vida sin producir el más insignificante artefacto, postergando la consideración de la psicología como ciencia y despreciando por lo tanto la posibilidad de la exploración profunda de la mente, del inconsciente, tal vez la máxima aventura que podemos emprender.

Pero hoy día los científicos sociales, los antropólogos, los sociólogos, y todos los que pueden contribuir a una mejor comprensión del humano, han sucumbido a la presión y orientan sus investigaciones a los temas que puedan interesar al dispensador de los tan ansiados recursos. Emprenden profundos estudios, elaboran complicadas teorías que, muchas veces, no buscan otra cosa que justificar tal o cual postura política o tal vez el asiento de una dudosa nacionalidad.

En ese camino la ciencia experimentó un crecimiento desmesurado hasta convertirse en fuente de la verdad, la sociedad creó un nuevo dios que le decía que era verdad y qué no lo era, esgrimiendo la poderosa razón de contar con una metodología para explicar los fenómenos y además, de ser capaces de reproducir dichos fenómenos en lo que llamó “condiciones de laboratorio”.

Con todo este halo de prestigio, y a la luz de sus más sensacionales e indiscutible éxitos, establecimos verdades que aparecen como absolutas, olvidando que existieron cientos de verdades anteriores que signaron la vida de sociedades enteras y que se derrumbaron ante un nuevo descubrimiento.

A través de la consideración de esas verdades olvidamos nuestra transitoriedad y nuestra capacidad de adaptación, resistimos cualquier cambio, no nos atrevemos a abrir puertas oscuras y limitamos nuestro crecimiento intelectual y espiritual. Simplemente, no nos atrevemos a pensar, a cuestionar.

No obstante, en los confines de la ciencia, algunos exploradores más osados que no necesitan del dinero para hacerse de un nombre y concitar la atención del mundo, empujan el paradigma, buscan más allá, se preguntan el porqué de la experiencia de la Zona Gris y se preguntan sobre la existencia de Dios.

No es algo nuevo, lo vienen haciendo hace casi ya un siglo, pero no hemos logrado integrar sus postulados a la vida cotidiana. Pensemos en esto y en sus consecuencias.

Hace ya más de doscientos años, el genial Isaac Newton estableció una serie de leyes y postulados que explicaban como nunca se había hecho, el funcionamiento de las cosas en el universo. La ciencia comenzó a ser tal al poder medir, pesar, cuantificar los fenómenos del diario vivir. Todo lo que sucedía era objeto de medida, desde la velocidad del desplazamiento de un móvil, hasta el peso y medida de todos los objetos, pasando por la cantidad de transferencia de energía eléctrica, la densidad de los fluidos, las distancias interplanetarias, los tiempos de desplazamiento y tantas cosas más. Cada cosa podía ser estudiada en base a medidas. Esto trajo avances tremendos en el conocimiento y la ciencia dio un salto desmesurado. Fue tan fuerte el imprinting que creó en nuestras mentes que pasamos a tener una concepción del mundo y de la vida en parcelas que pudieran ser estudiadas y medidas. Y cada estudio, cada medida, pasaron a ser un a verdad establecida, permanente e inamovible. Muy en el fondo, esto coincidía plenamente con las religiones, que postulaban un comportamiento individual merecedor de la gracia de Dios y consideraban una separación –fatal- entre el humano y la naturaleza. La vida quedó claramente dividida: Dios por encima de todo, a quien la ciencia no le interesaba analizar; en el medio estaba el humano que explicaba todo lo que sucedía, lo medía y lo analizaba, ... y el resto.

Esta parcelación y la necesidad de analizar cada cosa individualmente crearon una visión de separación entre Dios, el humano y la naturaleza, e incluso entre los humanos entre sí. Todo eran entidades separadas claramente. Lo que sucedía a cada entidad difícilmente podía afectar en forma importante al resto. Era un modelo fuerte, fácilmente comprensible, reforzado por la percepción natural de nuestros sentidos.

Y continuamos, hoy día, con esta visión del mundo a la que Newton atribuía espacios y tiempos absolutos y partículas de masa sólida, duras e impenetrables. Aun cuando se comience a hablar de “holismo”, de “entorno”, de “ecosistema”, de “efecto mariposa” de “espacios interatómicos” y “cuantos de energía”. Son apenas algunos temblores de algo que está naciendo hace ya muchos años y que el resto del sistema trata de acallar.

Ese sistema que tanto nos ayudó a crecer, lucha por no ser transformado, teme desaparecer, hunde sus raíces en las más profundas y descarnadas necesidades humanas y en nombre del hambre y de la pobreza, oculta que el mayor estímulo al cual nos somete es a la necesidad de éxito social y económico individual. Crea teorizaciones políticas que no hacen otra cosa que dar rienda suelta a monstruosos sistemas de consumo. Hemos creado otro dios, o tal vez un demonio que no nos deja pensar. Ese demonio es el que está impidiendo que la ciencia moderna, que comenzó hace ya casi un siglo, introduzca un nuevo paradigma, una nueva forma de ver el mundo, una expansión de la conciencia.

Estamos hablando de los descubrimientos de la física, tal vez la madre de las ciencias duras.

Un Dios que nace donde la materia es energía.

A principios del siglo pasado, la llamada física moderna estableció una serie de conceptos que hacían temblar los pies del monstruo en que se había transformado nuestro sistema de comprensión y nuestra forma de vida. Comenzó por decirnos que el tiempo era relativo, que el espacio era curvo, que no era tridimensional y que estaba íntimamente ligado al tiempo constituyendo un solo continuo, que la luz era afectada por la gravedad y que la materia era una forma de energía.

Todas las verdades que atesoramos durante años, lo propios cimientos del demonio construido tan laboriosamente se sacudieron, todo lo conocido pasaba a ser relativo, y las “verdades” no eran otra cosa que conceptos, elementos del lenguaje, definiciones arbitrarias para entender el mundo..., y siguió más allá, mucho más allá.

Apareció la mecánica cuántica.

Los postulados de la mecánica cuántica son verdaderamente inquietantes. Uno de ellos establece que las partículas sub-atómicas, nada menos que la parte constitutiva de la materia, tienen una naturaleza dual, se comportan o bien como partícula, o bien como onda de energía, y que el análisis de esa energía no es un continuo, sino que se transmite en paquetes, en parcelas, en cuantos de energía. Partículas sin masa, ondas de energía que son en realidad ondas de probabilidad, de tendencias que se desplazan a saltos.

A nivel sub-atómico la realidad intrínseca de la -hasta ahora- muy sólida e inamovible materia, ha dejado de existir. Nada, ni siquiera nosotros mismos, experimentamos la tan conocida solidez de la masa que no es otra cosa que el resultado de las poderosas fuerzas que ligan a las partículas sub-atómicas unas con otras, una vez más la masa es, en realidad, energía.

El Universo es una unidad básica de entidades energéticas que están ligadas por campos de fuerza de energía, y no tienen significación por sí mismas o en aislamiento, sino que adquieren significado cuando interactúan con otras. Sin embargo, no hemos logrado vernos como otra cosa que masas independientes en espacios tridimensionales que “viven” a lo largo de un tiempo absoluto. Y vivimos en consecuencia de esa visión.

La mecánica cuántica también ha descubierto que, cuando intentaba medir u observar los fenómenos interatómicos, debía “iluminar” el campo de observación. Al hacerlo, empleaba elementos tan grandes como los que podía observar, los fotones de luz. Lo observado entonces estaba total y completamente influenciado por el observador, el resultado era un conjunto constituido por observador y observado. Todo era relativo al observador, incluso las propiedades de lo observado. Mientras Einstein saltaba de alegría, la naturaleza dejaba de ser algo externo y objetivo.

Científicos como Wigner, citado en “Espaço-tempo e além”, de Bob Toben y Alan Wolf, nos dicen hoy día que el resultado de una observación es influenciado por la acción de la conciencia del observador, al punto de que cuanto más aguda es la conciencia del observador, mayor será la probabilidad de un evento ocurrir. La función de onda de la conciencia, modifica la función de onda que el objeto o el suceso tienen originalmente y que determina su probabilidad de ser tal. La función de onda cuántica fluye de la conciencia del observador a lo observado, viajando más rápido que la luz, no tiene que recorrer espacios de separación, desaparece de un lugar y aparece en otro tal como se conciben los saltos cuánticos. Entonces se revierte y produce una impresión en la conciencia del observador. Y por siempre, ambas cosas, observador y observado, estarán en contacto y en permanente influencia, tal como espero que ocurra con quien lea estas páginas. Tal como me ocurrió a mí con todos los sucesos de la vida que fueron iluminados por mi conciencia. Así es que la realidad va sucediendo por nuestra causa, por nuestra percepción. En otras palabras:

estamos haciendo que las cosas ocurran al iluminarlas con determinada intensidad de conciencia, y más, podemos experimentar saltos en la calidad de nuestra percepción al adquirir niveles determinados de excitación de la conciencia.

Y todo esto es deducido de la física cuántica y no de algún estado de meditación.

No obstante, seguimos alterando criminalmente nuestros entornos naturales y seguimos explotando la naturaleza para satisfacer la producción de tecnología; seguimos extinguiendo especies al son de *“llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.”*

Pero más maravillas nos tiene reservadas la física moderna. Cuando los científicos trataron de ver una de esas partículas en permanente movimiento, encontraron que al hacerlo era imposible determinar su velocidad y cantidad de energía. Por el contrario, cuando determinaban la energía correspondiente a esa partícula, era imposible poder fijarla en un lugar determinado.

Y reflexiono al respecto, ¿porqué razón cuando juzgamos o analizamos un proceso del universo, como puede ser un ser humano por ejemplo, pensamos que podemos apreciar simultáneamente tanto sus cualidades momentáneas como su trayectoria en la vida?, ¿no será que en realidad vamos más a lo primero que a lo segundo? Un ser humano es un sistema de energía en permanente mutación producto de una trayectoria y que produce determinada impresión en nosotros acorde a la forma en que nos estemos relacionando, y no es en absoluto independiente de nuestras cualidades de observación para ese momento dado. Y lo mismo podemos decir de pueblos enteros.

Y no son menores las consecuencias de la existencia del campo cuántico.

La teoría del campo cuántico nos dice que todo está constituido por un campo unificado en el cual los objetos o sucesos se conforman en base a patrones de energía que interactúan en base a determinadas ondas de probabilidad. Este campo cuántico, no es otra cosa que un efecto unificado del campo gravitacional y el campo eléctrico, algo que Einstein bregó por poner en evidencia hasta el último día de su vida. Todo es energía en estado de mutación, la energía es conservada por siempre dentro del sistema que significa nuestro universo. En nuestra realidad más profunda somos una suerte de energía, de efecto de campo cuántico con determinadas probabilidades de suceder y de interactuar.

¡Alucinante!, no sabemos donde terminas o tú o dónde comienzo yo, ni el efecto que estas palabras o la lluvia que golpea mi ventana pueden causar en el nacimiento de un niño en algún lugar del planeta o en la cosecha de trigo de un país. Todo lo existente, las cosas y los sucesos, todos los fenómenos del mundo son manifestaciones de una gigantesca interacción básica continua que definimos como realidad, una telaraña de probabilidades de existencia que percibimos en forma simbólica, algo incapaz de existir sin la conciencia de un observador.

Todo es un gran TODO, no obstante, creamos naciones, separadas, cuerpos de conocimientos independientes, límites, clases sociales, y vivimos como individuos aislados.

Estos son los más modernos descubrimientos de la física cuántica, pero, ¿se puede decir que realmente son algo nuevo?, ¿constituyen una nueva forma de ver el mundo?

No, rotundamente no. Si volvemos al texto antes citado, El Kybalión, encontramos que ya el mundo era concebido en estos términos hace tal vez miles de años.

El Kybalión, cuando analiza y reflexiona sobre la realidad, la verdad y la naturaleza del universo, define una realidad substancial, una verdad única y definitiva que comprende a todas las cosas, que les es inmanente, algo de lo cual todo proviene. El Kybalión le llama El TODO. Todas las cosas y los seres son producto de la creación del TODO y existen en él, no hay separación ni distinción alguna en su totalidad, nada existe fuera de él. El universo, al cual El Kybalión le atribuye naturaleza mental, no es otra cosa que una creación del TODO, como tantos otros universos, en el que la materia no es otra cosa que la energía mental del TODO vibrando en sus grados más bajos y más densos.

No parecen muy diferentes estos conceptos de los postulados de Einstein un cuanto a materia y energía. Ni parece muy diferente la pertenencia de todo lo existente a un continuo que El Kybalión

llama El TODO y la física moderna llama campo cuántico. Y podría ser una respuesta contundente a la imposibilidad de separar al observador de lo observado.

Con la gran salvedad que la física moderna, apenas se está acercado a la orilla de estos profundos conceptos y que, mientras los mismos físicos que postulan estos descubrimientos siguen viviendo en universos donde los postulados de esta ciencia no han podido ser integrados a la vida diaria, los principios del Kybalión provienen del pensamiento y meditación de antiguos maestros que los utilizaron como conceptos de vida. En aquellos tiempos no se necesitaba de la ciencia para que las grandes verdades fueran aceptadas e integradas, las grandes verdades eran evidentes por sí mismas y los religiosos no eran los intérpretes de Dios, lo era todo ser humano que intentara realizar en sí mismo al Espíritu Subyacente inmanente a su propio ser, Espíritu que era considerado como el reflejo del TODO en cada uno.

Tal vez hoy día, si alguien no puede prescindir de la ciencia para aceptar verdades, pueda integrar a su existencia los postulados de la física cuántica y comprender que todo en el universo está unido en una gigantesca telaraña cósmica y que la aparente separación entre los humanos entre sí y entre la naturaleza y los hombres no es otra cosa que una limitación en la capacidad de percepción de nuestros sentidos.

Otro de los principios herméticos que postula El Kybalión habla del Principio de Correspondencia: “Como arriba es abajo, como abajo es arriba.” Todo en nuestro plano de existencia tiene una correspondencia en planos superiores, y viceversa. Desde este punto de vista, ¿es tan difícil suponer que los fenómenos que se dan en la física subatómica no tengan una correspondencia en el mundo de lo macro al cual pertenecemos? ¿Acaso los modelos que hemos creado para la constitución del átomo no corresponden al sistema planetario observado? La naturaleza de la percepción está en nuestra mente y se corresponde con la naturaleza de lo existente, de lo creado, “El Universo es mental”, nos dice El Kybalión, “y se sostiene en la mente del TODO.

No está muy lejos de los conceptos del hinduismo que asignan a Brahman la totalidad y al universo como un sueño de la mente de Brahman, siendo la realidad percibida tan solo una ilusión a la que llaman Maya.

Y volviendo a los “descubrimientos” de la mecánica cuántica, cuando vimos que la naturaleza última de la realidad podía ser considerada tanto como partícula como de onda de energía, no estamos haciendo otra cosa que responder al principio de Polaridad que nos habla El Kybalión:

“Todo es doble; todo tiene dos polos; todo su par de opuestos: los semejantes y los antagónicos son lo mismo; los opuestos son idénticos en naturaleza, pero diferentes en grado; los extremos se tocan; todas las verdades son semi-verdades; todas las paradojas pueden reconciliarse”.

Niels Bohr consideró la idea de partícula y onda como complementarias, eran dos descripciones de una misma realidad. Esta necesidad de complementaridad para analizar la naturaleza tampoco es nueva, ya los chinos hace más de dos mil años vienen viviendo en base a dos principios: *el yin*, y *el yang*, que interactúan permanentemente en los ciclos de la naturaleza y en la vida de los humanos.

Un notable investigador Fritjof Capra, ha realizado un magnífico trabajo en el cual demuestra cómo los postulados de la física moderna se acercan a lo demostrado por los místicos orientales desde hace miles de años. Muchos de los conceptos que estoy utilizando provienen de su magnífica obra “El Tao de la física”.

Capra analiza a fondo los postulados cuánticos y los compara con el Hinduismo, el Budismo, el pensamiento chino, el Taoismo y el Zen.

Todo esto es lo que nos dice la física moderna en momento en que un número creciente de personas busca en las disciplinas orientales otro tipo de concepción para la vida y otra visión del universo.

Pero nuestros comportamientos de vida en sociedad, nuestros valores, siguen priorizando lo individual y separado antes que lo colectivo. Miramos y anhelamos la trascendencia de nuestro existir individual antes de vivir pensando en la trascendencia de la especie.

En suma, seguimos viviendo en base al modelo mecanicista newtoniano y no hemos logrado integrar a nuestro vivir a nuestra concepción de la vida los postulados de una ciencia que lleva ya casi cien años.

¿Por qué no lo hacemos? Tal vez por lo limitado de nuestros sentidos que nos condicionan diariamente la percepción, tal vez porque el demonio que hemos creado y que aparece como un sistema que se alimenta de lo económico premiando el éxito en este campo, nos ha impuesto leyes tan rígidas que el solo pensar en transgredirlas aparece como una empresa tan difícil como peligrosa. Tal vez porque detener al sistema parezca ser aun más riesgoso que seguir viviendo en él.

¿Hacia dónde nos están llevando entonces estos nuevos descubrimientos? ¿Cómo esta nueva ciencia puede ayudar a una expansión de la conciencia y proporcionar un camino a la espiritualidad?

No he visto, hasta ahora, más que divulgación científica en este aspecto, como cosa interesante o mera curiosidad. La física moderna no parece haber salido de los laboratorios. Tal vez en algún lado ha dado un paso más a fondo, seguramente habrá sido para la creación de más tecnología. Pero nadie vive en consecuencia, nadie integra, consciente o inconscientemente estos conceptos a la vida diaria. Todo permanece en ámbitos de discusión y análisis más o menos cerrados. Libros que aparecen y son comentados en tertulias diversas sin que produzcan revoluciones de conciencia. Tal vez tenga que ser así, tal vez sea lento, o tenga que ser manejado y madurado en grupos reducidos antes de ser introducido subrepticamente en la mente de la sociedad.

Mientras tanto la corrida hacia el orientalismo no se percata de que puede llegar hacia lo mismo por disciplinas occidentales, ni hace consciente la propuesta de la física moderna. Salta directamente hacia la práctica de disciplinas más o menos eficaces dependiendo de la persona, olvidando que fueron cultivadas durante siglos por filosofías impregnadas de una simbología y una mitología determinadas. Admirando costumbres y rituales que muchas veces obedecen a las realidades sociales más crudas, pensando en animales que son sagrados simplemente porque su mantenimiento significa el suplir el déficit de enormes cantidades de combustible. Adoptan sistemas de alimentación “sanos y naturales” de pueblos que comían esos alimentos porque no había otra cosa para comer. En suma, buscando afuera lo que siempre estuvo dentro de cada uno y de cada grupo humano.

Pero no es una experiencia inútil; mucho hemos aprendido en el campo de la medicina, de la psicología y de la mitología. Hemos aprendido sobre todo, cómo “otros” se comprenden entre ellos y qué nos quieren decir cuando emplean sus símbolos. Hemos logrado traducir y “ver” otras realidades; hemos comprendido, apenas, que se pueden construir esas u otras realidades, y que se pueden construir otros mundos mejores. Aprendimos cosas como el devenir y los procesos cíclicos, el cambio permanente, la dualidad y tantas cosas más que hoy día son consideradas en forma un tanto liviana pero no menos provechosa para el vivir cotidiano.

Hemos comprendido que otras culturas tienen otro concepto de Dios, tan elaborado y tan complejo como el que manejamos en esta parte del mundo.

¿Qué nos dice la nueva ciencia a propósito de Dios? Parecería ser un tema del cual es mejor no ocuparse, pero no. Son muchos los científicos que se preguntan por Dios. Algunos lo asumen religiosamente. Otros lo buscan o lo piensan con las herramientas de la ciencia. ¡Curiosa, notable y bienvenida paradójica, la de una ciencia que utiliza sus herramientas para buscar a Dios antes que para producir tecnología!

Este es el caso de Paul Davies. Davies, doctorado en Física, dio clase en Cambridge, en Londres y en Australia. Su principal campo de estudio ha sido el de la gravedad cuántica, agujeros negros y física de la complejidad. Brillante y ameno escritor, ha enfocado su conocimiento y metodología a

hablar de Dios y de la naturaleza de Dios. Por ello ha recibido importantes premios a nivel internacional.

En uno de sus primeros libros “Dios y la nueva física”, Davies analiza todos los postulados religiosos principales, desde la creación hasta la misma existencia de Dios. Concluye en que no hay nada que no pueda ser explicado por los descubrimientos de la física moderna. Pero deja un espacio en blanco importante para cosas tales como la mente, la conciencia y el alma. Estos son cosas que la física no ha podido explicar y esa puede ser la puerta para una concepción diferente de Dios. Ese espacio nos acerca notablemente a conceptos tales como la naturaleza mental del universo; claro que Davies prefiere llegar a eso a través de la ciencia y no de la metafísica.

Davies siempre ha sostenido que la ciencia es un camino para acercarse a Dios. En particular pienso que es un camino tan válido como cualquier otro.

No obstante, su idea de Dios ha cambiado con el tiempo. Según un artículo de las Facultades de Ciencias y Eclesiástica de la Universidad de Navarra, Davies ha concebido a Dios en el principio de su estudio como un panteísmo. Sugería que “Dios es la naturaleza, o Dios es el universo.” Y un universo con sus leyes de funcionamiento prescinde de un Dios creador, pero no de una mente universal que es parte de ese universo físico. Un Dios natural.

Más adelante, en un artículo, se cuestiona que la vida sea resultado de un azar en condiciones tan ajustadas de mantenimiento. Una pequeña variación en la cantidad de oxígeno en el planeta nos sumiría en incendios incontrolables o en la muerte por asfixia de las actuales especies vivientes. Cambios de pocos grados en la temperatura del planeta pueden ocasionar desastres enormes; o una variación de la inclinación del eje terrestre que acabaría con las estaciones y por consiguiente con los ciclos de los cultivos, lo cual destruiría nuestra actual matriz de producción de alimentos.

Una variación en el equilibrio de la vida puede ocasionar que nuestra existencia se vea amenazada por el crecimiento de otra especie. Ya fueron varias las extinciones masivas que ocurrieron en la historia del planeta por fuerzas que no podemos controlar. Fuerzas que han extinguido miles de especies, pero que no han podido extinguir la vida a pesar de su muy limitada posibilidad de existencia.

En base a ese límite tan ajustado Davies parece atribuir un origen creacional al universo antes que considerarlo como el producto de un azar. En su camino hacia Dios, Davies se aparta del panteísmo y concibe a un Dios que si bien no es parte de la naturaleza, comparte su destino, cambia y se adapta.

Dice no pertenecer a religión alguna ni haber tenido experiencias místicas, pero reconoce que la ciencia no ha podido explicar ni responder a todos los interrogantes y misterios y agrega que ese tipo de respuestas solo pueden provenir de experiencias que la ciencia no consigue explicar.

Cuando Davies dejaba la puerta abierta para los fenómenos de la mente, la conciencia y el alma, seguramente sabía que esa puerta no conducía al descubrimiento de respuestas limitadas a asuntos concretos, sino que nos introducía en un mundo tan vasto como inimaginable, donde lo imposible parece no existir. El mundo de la espiritualidad.

Tal vez todo esto pueda parecer simple para un creyente, dicen los de Navarra, pero agregan con acierto que no lo es para quien ha llegado a estas conclusiones empujando los límites de la ciencia. Y yo reitero, una ciencia que es, para nosotros en esta parte del mundo, sinónimo de verdad casi absoluta.

Davies, cuando interroga a la ciencia y se interroga a sí mismo partiendo de la base de que nada es un azar, se da de bruces contra los propósitos; puede llegar a explicar las cosas, pero no puede explicar sus porqué.

Yo me permito volver a las hipótesis acerca de la existencia de Dios y me siento muy cómodo, a esta altura de mi desarrollo, de intentar siempre develar un misterio mayor, al tiempo que asumo la hipótesis de mi responsabilidad ante la no existencia de Dios. Es la mejor forma que encuentro actualmente de cumplir con un Propósito que no llego a comprender con claridad. Como dije antes,

estoy seguro que esto deja a ese Dios que busco y que permanentemente escapa a mi comprensión, muy satisfecho.

Davies se maravilla de la ciencia, parece que da por sentado que la ciencia es capaz de descubrir los secretos de la naturaleza. Pero para Davies, lo más maravilloso es que la ciencia funciona, que hay leyes que rigen la naturaleza y que el humano sea capaz de comprenderlas y utilizarlas. No obstante, no deja de reconocer como el más profundo de los misterios el porqué esto es así.

Con esto la ciencia llega a la filosofía. Y entonces lo maravilloso pasa a ser que la ciencia es lo único que ha podido demostrar, al menos en parte, que existe un orden en el universo, que lo existente no es producto de una casualidad casi absurda, de un caos. La ciencia está, sin dudas, mostrando un camino hacia la espiritualidad, sin dejar de reconocer que no tiene todas las respuestas, pero que en la dirección del camino se percibe una hondura mucho mayor para la reflexión.

En este sentido, parecería que se vuelve a pensar en términos creacionistas. ¡Darwin salta en su tumba!, pero con una salvedad que no es menor, lo creado serían las leyes que rigen al universo y no la materia. La evolución de las especies sigue incólume, pero en el fondo estaría regida por leyes superiores. No tendríamos que suponer un Dios solitario que un día creó vida simplemente para que alguien pensara en Él. Sería un conjunto de fuerzas cósmicas preexistentes que rigieron algo que un día apareció y que nosotros llamamos vida.

Con todo dolor despojamos a Dios de todo atributo humano, pero el misterio del su Propósito y de su Conciencia creativa es aun más profundo e inalcanzable.

Volvamos a Davies.

¿Existe un plan divino entonces?, se pregunta.

Davies no lo afirma, pero no ve cómo se puede negar esta suposición.

¿Y el papel del hombre en este plan?

Los de Navarra citan las palabras de Davies en su libro “La mente de Dios”:

“La revolución comenzada con Copérnico y terminada con Darwin tuvo el efecto de marginar e incluso trivializar a los seres humanos... (...) Lejos de considerar a los seres humanos como productos incidentales de fuerzas físicas ciegas, la ciencia sugiere que la existencia de organismos conscientes es un rasgo fundamental del universo. Estamos inscritos en las leyes de la naturaleza en un sentido profundo y, según me parece, lleno de significado.”

“No puedo creer que nuestra existencia en el universo es un mero episodio del destino, un accidente de la historia, algo incidental en el gran drama cósmico...A través de los seres conscientes, en el universo a aparecido la auto-conciencia. Esto no es un detalle trivial, un subproducto menor de fuerzas sin mente ni propósito. Realmente está previsto que estemos aquí.”

“Pertenezco al grupo de científicos que no suscriben ninguna religión convencional, y, sin embargo, niegan que el universo sea un accidente sin significado. Por medio de mi trabajo científico he llegado a creer cada vez con más fuerza que el universo físico está coordinado con una sencillez tan asombrosa que no puedo aceptarla meramente como un simple hecho. Me parece que debe existir una explicación de nivel más profundo.”

¡Cómo me gustaría coincidir plenamente con estas afirmaciones! Para hacerlo tendría que haber recorrido por mí mismo el camino de Davies, para llegar a ese grado de suposición rayana en la evidencia.

Coincido, y soy un ferviente estudioso de la auto-conciencia, o conciencia autorreflexiva, creo que es lo que nos pone al tope de la evolución, de la selección natural, y los que nos asigna mayores responsabilidades y posibilidades como seres vivientes; pero no puedo dejar de notar que las expresiones de Davies son el producto de haber alcanzado los límites del razonamiento científico.

Es lógico, a pesar de toda su fundamentación anterior que describe a partir de “Dios y la Nueva Física”, Davies llega a los límites del paradigma, y allí entra en el campo de la especulación filosófica. Sencillamente admirable, es lo que espero de un científico que me lleve hasta allí, hasta donde nos ha llevado Davies.

Lo que me sorprende a mí mismo, es que a partir de ese punto siento que toda la reflexión tiene mejor lugar en el ámbito de lo personal que de lo colectivo. Como si a partir de ese punto comenzáramos a construir universos personales con valores compartidos. Hablaremos más de esto al final de este ensayo.

Una especie que no logra pensarse a sí misma.

Mientras eso sucede con la física, veamos qué acontece con ciencias no tan duras como la anterior.

Habíamos mencionado a la medicina, y la pregunta sería ¿en qué medida los progresos en medicina han logrado una expansión de la conciencia?

La medicina, que tiene mucho más de arte que de ciencia, de la mano de los avances en la biología y de la tecnología, ha llegado muy lejos en algunos aspectos y se detiene estupefacta ante otros.

Hoy día se pone en duda el concepto de salud. Una depresión psíquica que el mundo “occidental” en que vivimos requiere atención especializada y medicación, no es menos grave que la que experimenta un quechua de Bolivia cuando pierde su “ajayo” en algún rincón de la montaña.

Los quechuas consideran su alma dividida en dos, el “ajayo mayor”, depositario de las condiciones principales de la vida, y el “ajayo menor”, en el cual se localizan determinadas emociones y cuya deficiencia o pérdida puede traer trastornos graves.

Lo más interesante acontece cuando la medicina comprueba que son tan efectivos la medicación y la terapia como los pases chamánicos, cantos y actos mágicos que realiza el callawayaya para atraer nuevamente al “ajayo”.

Ya Leví-Strauss advertía la necesidad del chamán, del paciente y de la comunidad, todos partícipes del mismo sistema de creencias, para que el acto de curación se efectuara.

La medicina ha recurrido a la antropología para elaborar conceptos que permitan comprender abstracciones tan complejas como el estado de salud, saber qué es lo que se considera una persona sana en una cultura dada, mientras las nuevas terapias alternativas y el poder de la oración como instrumento de curación golpean cada vez más fuerte a su puerta.

En este “refinamiento del debate”, Clifford Geertz se interroga a sí mismo en el sentido de en qué medida la antropología es una ciencia, de momento que, a través de la elaboración de conceptos en procura de la comprensión del “otro”, parece a veces ser más un género literario que el producto de una metodología aplicada a una ciencia social. Todo es tal en la medida de las herramientas de definición.

Parece que estamos muy cerca de Heisenberg, uno de los más notables físicos modernos, que citaba:

“Lo que nosotros observamos no es la naturaleza, sino la naturaleza expuesta a nuestro método inquisitorio.”

Métodos inquisitorios tan diferentes y tan válidos como los que ostentan un brujo de los Andes y un psicoterapeuta de Buenos Aires

La medicina también mira al oriente, no podemos dejar de reconocer la enorme influencia que hoy día tiene la acupuntura, el rei-ki, el Shiatsu, la digito-puntura y muchas disciplinas más que parecen dar resultado donde las técnicas tradicionales fallan, o donde los pacientes se sienten más afín con este tipo de tratamiento.

La medicina mira con asombro sus paradojas, tan válidas como las de la física sub-atómica.

La medicina ha logrado extender la vida humana considerablemente, pero no ha logrado disminuir el número de enfermedades. Mientras en una parte del mundo se realizan con éxito las cirugías más complejas, en otras no muy lejanas, muere la gente de simples resfriados..., cuando no en la más desgarrante desnutrición.

Los avances en la genética se han extendido hasta la medicina, y ya se comienza a hablar de bancos de órganos reproducidos por procedimientos de clonación.

Las modernas técnicas de reproducción y fecundación han traído la posibilidad de tener hijos a miles de parejas con problemas. Pero la selección cultural, que nos conduce a elegir hitos culturales que nos hagan una vida más placentera y más fácil, ha disminuido notablemente el número de nacimientos naturales.

Y cuando ya asoma la posibilidad de crear seres humanos, la ciencia que abarca a la genética la biología y la medicina, recibe fuertes avisos para detenerse. Paradigmas éticos y religiosos de todo tipo, se yerguen alertando sobre atribuciones que “son del dominio de Dios”. Mientras otros se preguntan si la humanidad no ha sido creada con esa capacidad para una supervivencia de la especie, en caso que el número de espermatozoides del macho humano siga descendiendo según expresan algunos informes, o alguna epidemia o catástrofe de origen aun desconocido pueda llevarnos a condiciones de esterilidad.

Muchos otros claman ante la duda que genera la existencia o no de un alma para un clon humano; incluso ponen en duda la propia condición de humano para un ser nacido por clonación.

Pero seguimos en la más absoluta ignorancia en lo que respecta a la naturaleza del alma y su origen. Algo contra lo que también se estrelló Paul Davies en su investigación.

Terribles dilemas nos enfrentan a nuestra condición cuando nos analizamos en términos de especie. Nada de esto ha tenido respuestas definitivas, pero son importantes las preguntas. Los progresos de las llamadas ciencias duras nos han llevado, también por esta vía, a límites donde la propia ciencia no tiene respuestas y la conciencia se expande en busca de ellas.

En tanto, la sociología lucha por resolver los más acuciantes problemas de los grupos sociales, procurando dar respuestas rápidas y eficaces a las demandas del gobernante de turno que proporciona los deseados fondos para poder existir. Se junta con la psicología y se introduce en el campo de lo organizacional, creciendo, subsistiendo, explicando de mil y una formas lo que acontece dentro de las organizaciones y grupos, pero olvidando que el propósito fundamental de una ciencia es la generación del conocimiento.

En este campo hemos avanzado poco. La comprensión del comportamiento de los diversos grupos sociales ha solucionado algunos problemas del sistema, pero ha contribuido escasamente a expandir la conciencia y a mostrar un camino hacia la espiritualidad.

Y mientras todo esto acontece, la psicología analiza desde diversos ángulos el por qué de nuestras conductas individuales; pugna, con éxito escaso, por ser reconocida como ciencia, mientras no nos percatamos que es en el estudio del funcionamiento de nuestra mente donde se encuentra el umbral más difícil de sortear. La psicología se atomiza, estalla en las más diversas propuestas, desde los análisis fríos y contundentes de las técnicas conductistas hasta el holismo integrador de la Gestalt, sin poder apartarse muy lejos del psicoanálisis pero sin poder integrar definitivamente la Psicología Analítica de Jung, sin dudas el mayor bagaje de conocimientos en lo que hace a la influencia de los símbolos, los mitos y la interpretación de las experiencias de la frontera de la Zona Gris.

A todo el conjunto de nuestra producción científica le falta la matriz integradora que haga efectivo el resultado de algunas conexiones que se están produciendo espontáneamente. Para ello, la ciencia va a tener que hacerse preguntas acerca del destino y cometido de la especie, antes que tratar de resolver la última interrogante de su campo de estudios, antes de seguir corriendo en pos de tecnologías comerciables o de tratar de responder rápidamente al sistema para que éste no la haga desaparecer.

Aunque parezca difícil de concebir, las más duras de las ciencias han mostrado un claro camino, pero no hemos podido integrar esos conocimientos en términos de vida social y comprensión de nuestro destino.

Algunas ciencias se debaten al compás de sus paradojas mientras otras pugnan por sobrevivir o por ser reconocidas. Pero no existe un cuerpo integrador que traduzca de unas a otras, una antropología

de la ciencia, podríamos decir, que produzca un replanteo del por qué y hacia dónde del camino del conocimiento científico.

Cuando esto ocurra se producirá el salto de conciencia. Y posiblemente, nosotros, los humanos, nos consideraremos como probabilidades de existencia, como parcelas de energía coagulada, como portadores de la conciencia de la Corriente de la Vida, como transformadores de realidad.

Seguramente no ha de ser un lento pasaje de un estado a otro en una continuidad imperceptible; pienso que será como un despertar, un salto cuántico en el cual nuestra mente pasará de una órbita de energía a otra, saltando espacios misteriosos, como debe haber acontecido hace muchos miles de años atrás, tal como sucede con las partículas de la física sub-atómica cuando son excitadas más allá de la energía correspondiente a la órbita en que se encuentran.

“... como abajo es arriba”

Navegando por la Zona Gris.

En la búsqueda de lo trascendente intentamos varios caminos, avanzamos en la noche oscura, y muchos están, tal vez, extraviados.

Vivimos en un mundo en el que, al decir del Dr. Jung, La Gran Madre, La Naturaleza, se ha transformado en la simple “materia” y El Gran Padre, El Espíritu, se ha convertido en el frío “intelecto”.

Un mundo en el cual la represión de nuestros valores espirituales representados en los instintos vitales más profundos ha provocado una peligrosa disociación de psique que se manifiesta en forma por demás dramática cuando esos instintos pugnan por aflorar. Aparece el lado más oscuro de nuestro primitivismo, olvidamos nuestra conciencia de especie y hacemos la guerra, nos matamos unos a otros o, simplemente, vemos impasibles como otros mueren de hambre, de sed o de nuevas y mortales epidemias.

Pero seguimos buscando.

Mientras algunos lo hacen en las disciplinas orientales como una solución o una alternativa diferente a un mundo que no les satisface, otros lo hacen a través de una vuelta a las raíces asimilando prácticas y rituales de antiguas etnias indígenas.

Y olvidan que la vivencia de ese orientalismo no se limita a las prácticas de respiración y meditación sino que requieren una comprensión vívida y profunda de la cultura de esos pueblos, de su historia, de sus símbolos, de su idioma. Solo así se podrá llegar a lo profundo de su pensamiento y hacer un todo coherente con sus prácticas.

Otros recurren a determinadas dietas vegetarianas, en un confuso afán por imitar a místicos orientales; pero olvidan que son las condiciones del entorno y de la historia de los pueblos lo que determina si dieta.

Me parece bien que se busque una alimentación adecuada como pauta de una vida sana, o bien como forma de mantener el cuerpo lo más libre posible de toxinas para favorecer determinado tipo de experiencias. Pero no olvidemos que nuestra especie comenzó siendo carroñera, comíamos lo que podíamos, lo que encontrábamos, lo que dejaban otras fieras y, a veces, lo que cazábamos. No olvidemos que en esta necesidad de adaptación y supervivencia nuestras vísceras fueron adaptadas al consumo de todo tipo de alimentos y que la carne es un alimento indispensable para lograr un mejor desarrollo físico y mental. Numerosos estudios así lo han demostrado reiteradamente.

No es una figura escuálida y en permanente estado de oración la mejor imagen de un ejemplar de la especie humana. Sino la de un humano fuerte y sano, con un alto desarrollo de su voluntad, con una conciencia clara de su destino y trabajando para la construcción de una realidad y un futuro que el mismo ha definido.

Algo similar acontece cuando otros que van en busca del más puro indigenismo, suelen pasar por alto que lo que esas etnias buscan en la actualidad solamente un reconocimiento a su existencia y la tenencia de tierras para su subsistir. He tenido oportunidad de conversar con algunos de los reputados chamanes sudamericanos supuestos portadores de un conocimiento ancestral y genuino. Ví en ellos a campesinos que ejecutaban antiguos rituales para obtener la satisfacción de sus más inmediatas necesidades, con una comprensión mágica del mundo en base a los rasgos de su cultura. Pero cuando profundizaba en su reclamo más profundo, en su búsqueda y en su por qué, siempre aparecía el mismo reclamo: tierras.

Recuerdo a un amigo indígena, estudioso de la problemática de sus pueblos, que me preguntaba en total confianza y casi con un dejo de desesperación, cómo tenían ellos que proceder para mantener su cultura. A ello respondí con lo que pensaba en ese momento: debían mantener por sobre todo su lengua, su historia y su mitología. Me reconoció que él pensaba lo mismo, pero en ese momento sus principales reclamos estaban dirigidos a su gobierno para obtener tierras.

Era una persona inteligente, que vivía cada instancia de su legado cultural, que hablaba con sus antepasados en sus sueños, que tenía conciencia de su comunidad y de su cultura. Era un avanzado estudiante de antropología, la cual estudiaba para comprender cómo era que ellos eran comprendidos. Pero a la hora de luchar, lo hacía por lo que más valoraba el paradigma social reinante en el mundo.

También constaté, cómo se servían diversas etnias de esa necesidad de búsqueda de lo genuino, ví cómo estafaban literalmente a incautos que les pedían tal o cual augurio, cómo fingían y actuaban según la posibilidad de obtener más dinero. Un viejo brujo de determinada zona de los Andes definía como “viajes iniciáticos” a las dos veces que tuvo que huir de la justicia por haber asesinado a dos esposas. Estuve en pueblos de América donde la vida valía muy poco, donde individuos más blancos que yo me decían “gringo” y me hablaban en un inglés chapuceado ofreciendo cambio de dinero. Donde al entrar en confianza me decían que el problema era yo, “el hombre blanco”. Esas etnias han perdido su pureza, se retraen, se amalgaman para sobrevivir en el sistema que les han impuesto, han perdido sus valores originales. Allí vamos a encontrar rastros de antiguos rituales, conocimientos herbolarios importantes y mucho dato antropológico, pero no aquello que siempre estamos buscando.

Cuando le comentaba todo esto a un amigo que gusta del orientalismo y del indigenismo, me decía que no había llegado a lo profundo de las culturas. Es posible, estoy seguro que él tampoco y lo que me decía era la expresión de un deseo que todos tenemos por encontrar el famoso “conocimiento perdido”. Ojalá sea así, ojalá eso exista, pero lo dudo.

No es en el orientalismo ni en el indigenismo que vamos a encontrar lo que buscamos, sino dentro de nosotros mismos, entre nosotros mismos, en la medida que hagamos uso de una reflexión conciente y de un proyecto de realidad.

Otro de los caminos que se encuentran en nuestro interior es el que llamo como Zona Gris. Vamos a incursionar en esa zona, podríamos decir intermedia entre la ciencia y la religión. Donde la ciencia apenas puede esbozar una respuesta acorde a sus últimos planteos, donde la religión no quiere hacer base por falta de dogma, o, a veces, de fe.

Es la zona de los mitos, de las experiencias extrañas, de la llamada paranormalidad, de los estados alterados de conciencia, del inconsciente. Es la zona donde otra realidad está creciendo en forma casi salvaje, intentando aquí y allá, asomando en brotes inciertos, tantos como experiencias.

Una zona peligrosa, sin sistematización posible, que puede conducir a extravíos o a desórdenes importantes. Una zona que muchas veces nos revela descarnadamente nuestra condición animal, al tiempo que nos sugiere las más sublimes posibilidades de desarrollo como criaturas sensibles e inteligentes.

Es, aparentemente, el único lugar donde la conciencia no está cercada y sujeta por férreos paradigmas y dogmas. Es por lo tanto, donde la expansión de la conciencia acontece, donde en alas de la espiritualidad podemos experimentar saltos importantes en nuestra percepción como seres vivientes.

Para su estudio, dado su campo de indefinición, vamos a basarnos tanto en conceptos científicos como en asuntos religiosos, las grandes herramientas que hemos desarrollado para entender el mundo. Tal vez tengamos que crear conceptos propios de este campo de estudio, donde la Zona Gris crea sus propias leyes y sus propias reglas. Así, tanteando e intentando, buscando construir, comprender y refinar el debate, desentrañando símbolos y poniendo en evidencia realidades, es que nos introduciremos lo más profundo posible en este vasto océano. Tal como, tal vez sin saberlo, venimos haciendo desde hace miles de años.

Que la Fuerza te acompañe.

Hace ya unas cuantas páginas que venimos utilizando una serie de términos que todos utilizamos, aceptamos y comprendemos en algún nivel de significado. Pero es necesario profundizar un poco más. Uno de ellos es el término espiritualidad.

El término nos remite inmediatamente al concepto de espíritu. Desde el antiguo *ruach* de los hebreos o el *pneumatós* de los griegos, con que designaban al espíritu en la Biblia, pasando por Pentecostés y las cualidades milagrosas de los Apóstoles, hasta la elaboración conceptual del Espíritu Santo, el tema ha mantenido la misma cualidad conceptual para los judeo-cristianos. El espíritu como algo inmanente que todo lo abarca y que, invocado o recibido de alguna manera produce estados de gracia. O bien, el espíritu como un poder existente, conferido o sintonizado en circunstancias determinadas.

Los mismos conceptos del espíritu pude observar tanto en las religiones andinas como en las religiones brasileñas de raíz africana. Un espíritu inmanente al cual todo pertenece y en el cual todo acontece, un espíritu que puede ser manejado, previa invocación, como un poder, o bien un espíritu que nos maneja y determina siguiendo designios misteriosos. Una “fuerza” de la cual somos parte, objeto e instrumento, en forma consciente o inconsciente.

Los afrobrasileños llaman *ashé* a esta manifestación. Y lo entienden como un poder que se encuentra en toda cosa que es sagrada, o bien en la fuerza mágica del Pai de Santo. Un ashé que puede ser proyectado sobre personas y cosas, un ashé que es inmanente a circunstancias rituales, a dioses, a objetos sagrados y a símbolos. Un poder que el Pai de Santo proyecta a través de su sudor, el cual es sacado de su frente durante una ceremonia donde se manifiesta una posesión y arrojado en aspersión sobre todos los presentes que gritan de alegría. Un poder que se deposita en los fluidos corporales, tal como cita Jung en “El hombre y sus símbolos” al describir las experiencias y observaciones en África con los nativos del Monte Elgon: “Todas las mañanas salían de sus casas y se echaban el aliento o escupían en las manos que luego extendían hacia los primeros rayos de sol como si estuvieran ofreciendo su aliento o su saliva al dios naciente”.

El mismo poder que utilicé en una ceremonia de callawayas bolivianos donde se me pidió que soplara mi aliento en la boca de un cui que iba a ser sacrificado para examinar mi estado de salud en las vísceras del animalito. Era una forma de sintonizar mi esencia con la esencia del animal, para de esta forma, por una magia simpatética, según definición de George Frazer, leer en el cuerpo del animal asuntos de mi propio cuerpo.

Una fuerza, poder o espíritu que anima y constituye todo lo que existe, que puede ser activado cuando nuestra conciencia se sintoniza con él, que es llamado “mana” en la Melanesia, “wakan” entre los sioux, “oki” entre los hurones, “zemi” en las Antillas, “mgebe” entre los pigmeos, “chi”, para los chinos, “la Fuerza” para Luke Skywalker, “Espíritu Santo”, para los católicos, “Brahman”, para los hindúes, “satori” para el Zen, “efectos del campo cuántico” entre los físicos modernos occidentales y tantos otros ejemplos más donde la fuerza de lo esencial recibe un nombre.

Un poder que Carlos Castaneda nos dice en palabras de Don Juan, que puede ser utilizado, pero que en alguna medida quien lo utiliza es al mismo tiempo operador y esclavo de ese poder.

Un poder que está presente en los estados de inspiración artística o de reflexión profunda, cuando las ideas, los conceptos o las creaciones parecen provenir de lugares misteriosos, ajenos a nuestra mente. Está presente en los rituales de todo el mundo, en las oraciones de cualquier religión o de cualquier religioso sin religión, en todo acto mágico con o sin religión, en los estados de meditación o estados alterados de conciencia, en la maravilla permanente de la vida, y, tal vez, más allá de la muerte.

Es algo a lo cual pertenecemos y nos pertenece, que nos da poderes extraños por tiempos cortos, y se nos aleja diluyéndose como un leve aroma en el viento. Algo sin forma, sin personalidad, una energía disponible, casi a nivel del instinto.

Algo sin moral, sin expresión de calidad, pero que de alguna manera parece tener un Propósito y va transformando en seres mejores y más completos a todos los que lo utilizan.

Algo que nos separa de los paradigmas y nos empuja a hacernos preguntas trascendentes y a reflexionar sobre mil respuestas.

Algo que, cuando lo contactamos, sea bajo la experiencia más extraña o por la reflexión más serena, nunca más volvemos a ser la misma persona. Una determinada longitud de onda cuántica cambió nuestra vibración básica. O, si lo prefieren, un milagro ocurrió, o tuvimos acceso a una nueva realidad.

En suma, algo con lo cual ustedes y yo hemos tomado contacto en muchas ocasiones de nuestra vida.

Podemos entonces aceptar que la espiritualidad es un estado del ser donde, de alguna manera, se toma contacto con este poder.

Ahora debemos reflexionar acerca de cómo logra expandir nuestra conciencia el hecho de sintonizar dicho poder.

He podido comprobar varias formas.

Portadores de Conciencia.

Una de ellas es la correspondiente a vivir en consecuencia de esto. Para ello vamos a hablar de un concepto que he deslizado varias veces a lo largo de esta reflexión: el de “La Corriente de la Vida”.

La vida en el universo forma un continuo. Desde los estados más elementales hasta los más complejos, todo lo que es vida se transforma en permanente reproducción, en una “corriente” que comenzó en algún momento y continúa hasta hoy día creciendo y desarrollándose

¿Por qué la vida acontece?, ¿cuál es su Propósito?, ¿hacia dónde va?

Si aceptamos la existencia de un Supremo Creador la necesidad de la vida es casi evidente, no es un creador quien no crea vida, y necesita de esa vida para crecer como tal.

Si pensamos en que la vida es un azar, un maravilloso accidente del universo, entonces estamos en la segunda hipótesis que antes mencionábamos. Estamos en la cima de la vida pensante, con toda la responsabilidad que eso conlleva. No existiría en este caso un “por qué” y todo comenzaría a partir de la existencia de la vida. En este caso la pregunta sería de por qué estamos en la cima de la vida, y porqué tenemos conciencia. Se hace difícil, muy difícil pensar en que todo es producto de un azar y asignar un propósito a partir de ese hito.

Tal vez una tercera posibilidad nos pueda situar en una perspectiva diferente.

Vamos a pensar que desde un instante inicial, tal vez desde el conocido Big-bang, el universo se ha comportado como un sistema viviente que se autorregula para su preservación, y crecimiento, todo ha transcurrido en un aumento de la complejidad y en una búsqueda de equilibrios. Desde la creación de galaxias, los permanentes nacimientos y muertes de estrellas y sistemas, todo discurre en una complejidad creciente y manteniendo un equilibrio que evita que el universo estalle, o bien colapse. Tal como ocurre con la naturaleza que busca constantemente los equilibrios de sus sistemas para poder crecer. Equilibrios dinámicos, que oscilan de un lado a otro de polaridades gigantescas o casi imperceptibles, todo en un continuo que, implacablemente otorga dos posibilidades a cada proceso: continuidad o extinción. Cualquiera de las dos alternativas es útil para preservar el universo.

En ese fluir todo sería un enorme campo de fuerzas donde la vida es un factor necesario para que pueda continuar esa obra de creación. La vida fue algo así como una mutación repentina, una necesidad de aumento de la complejidad de ese campo de fuerzas en busca del crecimiento incontenible originado por el impulso inicial. La creación no puede detenerse.

La vida ha venido creciendo y experimentando, sufriendo extinciones masivas y dando oportunidad a nuevas especies. Desde la casi extinción de todos los organismos vivientes al aparecer el oxígeno, hasta la aparición de complejidades tales como la vida animal. Desde los pequeños reptiles que un día salieron del mar hasta los grandes dinosaurios que inevitablemente siguieron el destino que le marcaron ciclos mayores, desconocidos, y más allá, hasta la aparición de los mamíferos, seres donde la complejidad fue aumentando principalmente en lo que hace a las exigencias de vida en grupos. Fue sin duda el salto que experimentó el desarrollo de la inteligencia en los mamíferos uno de las más grandes avances en la complejidad de esa corriente de vida que ya parecía incontenible. Esa misma complejidad en aumento, hizo necesaria la aparición de un nuevo factor en la corriente de la vida: la conciencia. La aparición de la conciencia fue la respuesta de la homeóstasis, la necesidad de autorregulación que tienen todos los sistemas vivos en busca de su preservación. Fue, sin dudas, un salto cuántico que experimentó la corriente de la vida. La vida pasó a tener conciencia. La necesitaba para seguir creando. Tal vez mínima en sus comienzos, pero que no iba a escapar a la ley de complejidad creciente y búsqueda de los equilibrios que dicta la dinámica original del universo.

Y apareció el humano, no sabemos si antes o después de la existencia de esa conciencia incipiente, tal vez fue con los proto-humanos que todo comenzó. Pero no hay duda alguna que desde su nacimiento, e ser humano fue el máximo exponente de la acción de la conciencia individual en la Corriente de la Vida. Y digo individual porque es posible que exista una supraconciencia de la Corriente de la Vida, que nos guía sin que siquiera podamos sentirla, tal como acontece con los enjambres de abejas o las manadas de animales o los cardúmenes, que responden a los dictados de una conciencia superior que los guía en aras de su supervivencia, de la cual las conciencias individuales serían meros reflejos. No es la Conciencia Divina u otros conceptos que definen una conciencia por fuera de lo humano, es una conciencia de la cual somos parte, sobre la cual podemos influir, pero inabarcable en términos de comprensión, ya que su devenir depende de la vida toda. Para poder interpretarla e incidir conscientemente sobre ella deberíamos tener conciencia de la vida como un todo, comprender sus mecanismos de regulación, su interacción con el entorno y qué es lo deseable para que el sistema vida sobreviva, aumente su complejidad, se expanda y sea un lugar de cultivo para instancias aun superiores a las de este humano. Este es otro de los motivos por el cual introduje el concepto de Corriente de la Vida, para poder empezar a pensar en estos términos. Volvamos con lo nuestro, con el humano.

El humano existió, casi contra toda probabilidad, a lo largo de un par de millones de años. No hubiera logrado una supervivencia en ese entorno implacable si no hubiera sido por su inteligencia y por su conciencia aun rudimentaria. El humano se transformó, adquirió nuevas habilidades, creó tecnología. Y al fin, cuando integró la cultura a su naturaleza, alcanzó su pleno desarrollo como elemento viviente.

Entonces la Corriente de la Vida, ante el potente aumento de energía que significó el humano con su cultura y su inteligencia interactuando en el sistema, experimentó un nuevo salto cuántico: apareció la autoconciencia o conciencia autorreflexiva, la conciencia de ser conciente.

¿Cuándo ocurrió esto? No lo sabemos, pero es muy posible que haya tenido lugar con la aparición del lenguaje.

Las cualidades biológicas que nos permitieron a los humanos desarrollar el lenguaje, seguramente no fueron originales de la especie ni aparecieron repentinamente. Todo fue producto de la selección natural donde los genes se fueron agrupando de tal manera que dieron lugar a la existencia de seres con mejores cualidades para vivir, de momento que estaban dotados de órganos adecuados para el habla. Esta facultad nos permitió comunicarnos, alertarnos y protegernos unos a otros, expresar nuestras necesidades y comunicar nuestra experiencia. Este salto cuántico puede haber sido entre 400.000 y 200.000 años atrás, con la aparición de los primeros *sapiens*.

Pero otro gran avance nos esperaba. Hace 30.000 años la cultura era algo incontenible, y el *sapiens* dio lugar al nacimiento de todas las formas de arte y a la existencia de religiones primitivas. Aparecieron pinturas en las paredes de las cavernas, aparecieron las Venus del paleolítico talladas en piedra, hueso, marfil y hasta arcilla. La aparición de las primeras joyas y abalorios puede ser establecida en enterramientos que datan de más de 24.000 años. De la misma época datan los hallazgos de pedazos de instrumentos de viento y pinturas de danzantes con máscaras.

Y también fue seguramente el tiempo de origen de la magia. Pero de eso hablaremos más adelante.

¿Qué fue lo que ocasionó el salto cuántico de la conciencia de la Corriente de la Vida?

Seguramente el aumento de la energía en el sistema producto del crecimiento exponencial de la complejidad. Pero tal vez existieron otras causas. Esa fue una época de glaciación, tiempos en los cuales la supervivencia se hizo mucho más difícil, el humano fue exigido hasta sus límites, tuvo que migrar tras la caza, adaptarse a nuevos entornos, agruparse en bandas diferentes. Tal vez la presión demográfica, expresada en los términos de Cohen, que propone que la presión generada por la necesidad de satisfacer necesidades crecientes produjo la desaparición de culturas mesoamericanas, sea un factor a considerar como algo que contribuyó al salto.

He observado cómo personas sometidas a un estrés profundo emergen del mismo con una nueva visión de la vida y un gran aumento en su capacidad para comprender formular conceptos más complejos y abstractos. Lo mismo que acontece a nivel personal puede acontecer a nivel especie. Pero seguramente fue una suma de todo lo expresado en el entorno de la necesidad de aumento de complejidad y búsqueda de equilibrios de la Corriente de la Vida. Las fuerzas primigenias siguen actuando. Y a esta altura no tengo ningún inconveniente en que alguien denomine “Dios” a esa fuerza inicial y reguladora. Porque lo que aun sigue siendo inexplicable, es que cuando pretendemos atisbar su Propósito, este parece ser bueno, impregnado de un gigantesco amor a todo lo viviente. Tal vez no podamos percibirlo de otra forma porque no somos ajenos al sistema, porque ese es el sentimiento que el universo nos hace experimentar para indicarnos la dirección de su crecimiento. En cualquier caso, la felicidad es el camino de la continuidad. El resto es extinción. Tal vez pudimos responder por qué la vida acontece, hacia dónde va y cual es su Propósito. Pero aun no sabemos porqué el universo necesita aumentar su complejidad. El pensar en ello puso en evidencia de que somos los portadores de la conciencia de la vida, de la conciencia que la Corriente de la Vida necesita para crecer y regularse. Es en nosotros, los humanos que la Corriente de la Vida experimenta para crecer. Es en nosotros donde seguramente se producirá el próximo salto cuántico, tanto sea por aumento de la complejidad como por el acontecimiento de una nueva crisis. Si no respondemos a la altura de la circunstancia, sin duda la ley fundamental de autorregulación del universo marcará nuestra extinción. Una tragedia mayúscula, no solamente por lo que significa la extinción de nuestra especie, y tal vez la de otras, sino por haber hecho fracasar un experimento siendo conscientes de su existencia, anulando la única posibilidad que existe de participar en forma voluntaria y consciente del Propósito superior. Un Propósito que aun escapa a nuestra comprensión, pero que en el constante crecimiento, nos abre nuevas posibilidades de creación a nosotros mismos, como un instrumento maravilloso de algún Creador. Ese es el desafío para que nuestra conciencia se expanda, el ser conscientes de nuestro papel al tope de la Corriente de la Vida, como seres portadores de su conciencia de su conciencia autorreflexiva. Como cultivo donde seguramente ha de aparecer el brote del nuevo humano. Con responsabilidad, decisión y humildad, esperando el próximo salto.

Por allí va la expansión de la conciencia en la nueva era. El pensarnos en términos de especie seguramente desarrolla un nuevo sentir y una nueva visión de la vida, de nuestro lugar y de nuestra responsabilidad para con ella. Es verdad que aun no hemos adoptado los conceptos de Corriente de la Vida ni tenemos siempre presente la historia de nuestra evolución. Es por esa razón que no buscamos la trascendencia en los logros de la especie humana sino en lo individual, buscamos una vida más allá de la muerte cuando deberíamos pensar en mejorar la Corriente de la Vida, que es donde se van a desarrollar nuestros descendientes. No hemos creado aun los símbolos necesarios para que todo esto sea una nueva realidad, pero es cuestión de tiempo, y el hacerlo consciente acelera notablemente el proceso. Con el desarrollo de ese estado de conciencia nos podremos sintonizar mejor con las fuerzas de creación de momento que seremos verdaderos circuitos resonantes al funcionamiento del diverso. La ciencia nos dice, que es precisamente en circuitos resonantes entre sí donde se produce la máxima transferencia de energía.

Resonancia con el universo, sintonía y máxima transferencia de energía con las fuerzas de la creación, ser parte activa y consciente del poder del Espíritu, ese inmenso campo de fuerzas que nos interpenetra, nos une y determina nuestra probabilidad de existencia, ser conscientes de que nuestra interacción con el entorno produce efectos permanentes. Ser conscientes del TODO.

Y reitero, no tengo ningún inconveniente que en este concepto de la vida, alguien, yo mismo inclusive, pueda decir que está en contacto con Dios, que lo reconoce en todo lo que existe y que el cumplimiento de su Propósito solo produce estados de felicidad. En otras palabras, vivir en un alto estado de espiritualidad, donde todo el conocimiento, la reflexión y las más grandes dudas del humano, solo lo conducen a estados de conciencia mejores y más amplios.

Existen ya numerosas señales de que eso está ocurriendo así. La creciente conciencia del cuidado del medio ambiente, la noción de que la Tierra es una nave en la cual todos viajamos, el aumento del respeto por todo tipo de vida y el respeto a los derechos humanos, las profundas reflexiones a que nos conducen todas las técnicas de control de la natalidad y de fecundación, el cuidado en la preservación de todo tipo de especies, las denuncias de agresión al medio ambiente, la condena permanente a todo tipo de guerra, la orientación de la ciencia en busca de respuestas a preguntas trascendentes, el aggiornamiento de algunas de las grandes religiones y los contactos entre las mismas, la búsqueda en la unificación de las lenguas y el desarrollo de metodologías y ciencias que buscan comprender mejor al “otro”, el respeto y consideración para con niños y ancianos, la preocupación creciente por el estado de profundo deterioro de las naciones pobres. Y tantas cosas más que eran impensables hace doscientos años.

Tenemos todavía muchas cosas que reparar, al considerarlas parece que no hemos avanzado mucho como especie conciente. Pero por eso no podemos dejar de ver las señales que nos llevan, ya desde hace unos cuantos años, a ser una humanidad mejor.

Aun en medio de guerras, hambrunas y abusos, aun dentro de paradigmas económicos férreos y de libertades conculcadas, aun en medio de la miseria humana, no podemos dejar de ver que algo está creciendo.

Basta con que la tribu se reúna otra vez, con que nos juntemos y demos forma a los símbolos de una nueva realidad, que provoquemos una tensión creciente que altere el sistema, para que esta realidad irrumpa en forma incontenible y el deseado salto de conciencia se produzca

El idioma olvidado.

Otra de las corrientes a las que se puede acceder para una expansión de la conciencia, es la creciente experiencia del contacto con el inconsciente. Una experiencia que da forma a los miles de vivencias que muchos de nosotros hemos venido experimentando.

Esto ha venido aconteciendo en formas diversas. Mientras la psicología parece no haber salido aun de la perplejidad, mientras el reconocimiento de la importancia de la mitología parece estar relegado nada más que a lo literario, la inquietud de la antigua tribu que se busca a sí misma, la lleva a experiencias cada vez más profundas y curiosas en el ámbito de lo inconsciente. Me refiero a ustedes y yo, los que habitamos en el límite del paradigma, los que nos hacemos preguntas y no negamos respuesta alguna.

La psicología nos habla de la existencia del inconsciente desde hace ya más de cien años, y mientras el gran Freud tomó sus manifestaciones como un punto de partida para realizar asociaciones libres, su discípulo, el no menos grande Carl Jung, profundizó en su estudio y mostró al inconsciente como una fuente inagotable de informaciones y símbolos que pautaban nuestras conductas con el propósito de integración de nuestra psique, como un camino que nos llevaba a una máxima cima en nuestro desarrollo: el encuentro con lo que Jung llamó el “Sí mismo”, el núcleo más íntimo de la psique. Algo que es nuestra realidad esencial, que nos lleva a nuestra razón de Ser.

Según Jung, la existencia de los humanos nunca puede explicarse en términos de instintos aislados, o mecanismos intencionados como hambre, poder, sexo o supervivencia, etc., sino que su principal propósito es ser *humano*, un concepto que nos requiere permanentemente a través de las manifestaciones del inconsciente, que nos llama desde nuestros sueños, desde las mitologías y desde toda manifestación del inconsciente, tanto colectivo como personal.

Ese *humano* al que Jung llamó Hombre Cósmico, se manifiesta como un hombre gigantesco, simbólico, omnipresente y que contiene en sí mismo a todo el Cosmos. Aparece como el hombre original en diversas mitologías, desde Adán hasta Gayomart en Persia y Purusha en la India, o bien aparece en los sueños como alguna de las grandes personas sagradas: Cristo, Krishna, Buda o Adán Kadmon. Puede, según mi opinión, también adquirir forma femenina bajo el arquetipo de la Gran Madre Creadora. En su forma más pura es un ser andrógino.

El “Sí mismo” también puede representarse en formas diversas, todo depende de la armonización que tenga el inconsciente del sujeto con su medio ambiente local. Así es que para algunas culturas indígenas aparece como un animal que lo guía hacia la caza y en otras aparece como una piedra que puede ser bien una joya o un elemento sagrado de muchas culturas, como las piedras que representan orixás para los africanos y brasileños, o la Kaaba, la piedra negra de La Meca, hasta la misma Piedra Filosofal de los alquimistas.

Y al vez pueda aparecer como un cóndor que acompaña a algún caminante solitario de la montaña en un momento de máxima integración y sentido de totalidad.

Bien pueden haber sido manifestaciones del “Sí mismo” que nacía, las pinturas que realizó algún artista en las cuevas de Altamira. Animales que significaban las más preciadas piezas que un mago pintó para atraer a su coto de caza, o manifestaciones simbólicas de un aprendiz que vio en sus sueños la culminación esencial de su ser en forma de una jornada de caza fabulosa.

Esta búsqueda del “Sí mismo”, a través de la cual el humano reconoce sus diferentes estados como los de “La Sombra”, “El Ánima” o “El Ánimus”, constituye una jornada épica en la vida de todos nosotros. Nos remiten a los estados más profundos del Ser, nos enlazan con mitos y experiencias de todo tipo. No obstante, el estudio de la psicología analítica no ha sido seriamente rebatido o

descalificado, y lo que es peor, no se ha considerado en la trascendencia que todo su cuerpo de conocimientos implica.

Todo parece haber provocado un gran asombro para el cual no se encuentra explicación... y mientras tanto seguimos buscando la legitimidad de la psicología en técnicas para comprender mejor cómo hay que trabajar o hacer trabajar a otros, o porqué no obtengo ya el ansiado éxito social y económico. Un Humano que trata de descubrirse a sí mismo lucha permanentemente con un Sistema sin alma que pugna por sobrevivir.

Otro de los descubrimientos de Jung consiste en lo que denominó *sincronicidad*. Una de sus principales discípulas, María Luisa Von Franz, lo describe en “El Hombre y sus Símbolos”, como “una coincidencia significativa de sucesos exteriores e interiores que no están conectados casualmente”. Y más adelante dice algo inquietante:

“Al crear el concepto de sincronicidad, el doctor Jung esboza un camino por el que podemos penetrar más profundamente en la interrelación de psique y materia. (...) pero esto es todavía un campo totalmente abierto e inexplorado del que tendrán que ocuparse las futuras generaciones de psicólogos.”

Un campo del que se han ocupado ciertamente los físicos modernos, los místicos de todo el mundo y del que nos estamos ocupando nosotros en este momento. Me permito insistir, es hora de que hagamos un esfuerzo conjunto en comprender por dónde y hacia dónde nos conduce nuestra producción de conocimientos. Es hora de salir de las parcelas individuales o grupales y de tratar de ver qué es lo que sabe y qué es lo que comprende el animal humano. Porque toda disciplina que crea para comprender la vida y el universo parece conducirlo siempre hacia el mismo punto.

Veamos ahora algún ejemplo de la *sincronicidad* para poder comprender mejor de qué estamos hablando. Si estoy estornudando en momentos en que ocurre un choque, difícilmente esto pueda tener relación alguna. Pero si el día en que sueño con la muerte, ocurre la muerte de un ser querido, seguramente voy a reconocer en ello una coincidencia significativa. Tal vez no necesitemos un ejemplo tan directo, pensemos cómo podemos reaccionamos cuando encontramos un objeto perteneciente a una persona y a continuación esa persona se comunica con nosotros. O como el ejemplo que cita Von Franz, que pensaríamos si al comprar una bata azul nos mandan por error una bata negra el día que muere un familiar.

Jung explica estas coincidencias, esta *sincronicidad*, como la acción de un arquetipo que está activado en el inconsciente de una persona, un arquetipo que se manifiesta simbólicamente tanto en los hechos externos como internos. Yo prefiero aclarar que el arquetipo “es reconocido” simbólicamente por el observador. El símbolo del ejemplo de la bata está representando, sin duda, la muerte. Pero prefiero resaltar la incidencia del observador al reconocer el símbolo y la existencia de éste como manifestación del inconsciente.

Von Franz continúa su análisis observando que, prescindiendo de la observación tipo causa y efecto a la que estamos acostumbrados, es decir qué causa qué cosa, es interesante ver qué es lo que se junta con qué cosa, es decir, qué otra cosa está sucediendo, o sucedió inmediatamente antes, cuando sucede tal evento. Alude a los textos clásicos chinos que “no preguntaban qué *causaba* qué, sino qué “gusta” que *ocurra con qué*”.

Y finaliza:

“Además, los sucesos sincrónicos acompañan casi invariablemente a las fases cruciales del proceso de individuación. Pero con demasiada frecuencia pasan inadvertidos porque la persona no ha aprendido a vigilar tales coincidencias y a relacionarlas con el simbolismo de sus sueños.”

Y con todo el simbolismo que se puede extraer de todo lo que lo rodea además de sus sueños, me permito agregar.

Estar atento a las coincidencias significativas, relacionarlas con el simbolismo de la experiencia. Unos conceptos sobre los que he de volver más adelante.

Pero ahora llamo la atención, ¿no es acaso lo que tantos de nosotros hacemos casi diariamente, cuando analizamos alguna experiencia significativa y la relacionamos con algo que definimos como señal previa, o aviso, o decimos que esto está avisando de que esto otro sucede?, ¿no es este simbolismo que utilizamos cuando consultamos el tarot para preguntar acerca de lo que está pasando o va a pasar?, ¿no hemos tenido sueños o avisos de cualquier tipo que nos indican por señales de terminadas que vamos hacia algo malo o hacia algo bueno?, ¿no hemos percibido en ejercicios de meditación, símbolos o señales que a la postre son confirmadas por nuestros sentidos y que se relacionan directamente con un acontecimiento para nosotros significativo?

Parece que el Universo nos habla en un idioma tan extraño como contundente, un idioma muy antiguo que ha sido olvidado.

Todo esto, que la psicología analítica del Dr. Jung estableció hace ya decenas de años, lo estamos viviendo muchos de nosotros. Pero mientras algunos prefieren asignar un carácter milagroso a ese tipo de experiencias, otros simplemente ignoran que esto tiene una explicación teórica.

Tal vez ninguno de ellos esté en la posición correcta.

Quienes buscan lo milagroso prescindiendo de todo tipo de explicación que no sea de carácter divino, están orillando el dogma religioso, una postura que los limitará a la hora de aceptar y ponderar otro tipo de experiencias.

Por otro lado, quienes abrazan, también dogmáticamente los postulados de la psicología también se limitan a lo que esta tiene para ofrecer, demasiado poco aun para el objeto de estudio que tiene entre manos.

Me permito recordar, que a la hora de considerar fenómenos como la *sincronicidad*, podemos explicar los mismos hechos, bien utilizando a los conceptos de la mecánica cuántica, como los más tradicionales conceptos de varias religiones, como también lo puede explicar en sus propias palabras quien en su experiencia directa y personal de la divinidad percibe las señales y los símbolos que la avisan de la presencia de lo sagrado.

Porque la *sincronicidad* nos está indicando de otra manera, que todo lo que existe está íntimamente ligado, que todo es un gran campo donde las fuerzas se orientan según la conciencia del observador, así como también nos dice de la presencia del Espíritu que todo lo es y todo lo incluye e interpenetra, o una manifestación más del universo mental del TODO, o simplemente nos habla de un Dios que está en todo y que se nos manifiesta de diferentes formas, utilizando todo tipo de lenguajes, basta con saber Ver y Escuchar.

Lo maravillosos no es la explicación, lo maravillosos es que eso es así, que existe, y que tanto sea por el lado de la ciencia como por el de la investigación de la mente como por el de la religión o de la búsqueda individual de Dios, siempre estamos en presencia del mismo hecho: el Universo nos habla mediante símbolos. Y agrego, pero solo lo hace cuando nuestra Voz interior calla. No necesito explicar más, saben perfectamente a qué me estoy refiriendo.

Cuando planteamos la vida y el universo en estos términos, pudiera parecer que escapamos a lo cotidianamente estamos definiendo como “realidad”. En cierta medida es así, estamos saliendo de una realidad que se define por determinado tipo de simbologías, como hemos visto antes, para acceder a otra realidad con otro tipo de simbología. Tan válida una como la otra a la hora de definir cómo quiere uno vivir. Pero no podemos dejar de reconocer que la alternativa de la nueva realidad nos permite un desarrollo mucho más completo y rápido del Ser. No estamos totalmente a merced de un monstruo sin cabeza que nos rige en pos de valores que se han instaurado por sí solos, estamos creando una realidad de la cual somos parte consciente y, por lo tanto, en gran medida, hacedores de ese mundo nuevo.

Podríamos decir, de momento que sabemos que esa realidad depende del tipo de iluminación que nuestra conciencia arroje sobre una observación determinada, que la realidad que vivimos responde a un estado de conciencia determinado.

Puedo asegurar en base a mi experiencia personal que eso es así. Tuve la triste experiencia de vivir parte de mi vida en un estado de conciencia correspondiente a la violencia. Aprendí que la violencia no es un estado repentino producto de la ira, es un conjunto de valores que se va instaurando lentamente en el individuo. No hay una suerte de entrada a partir de la cual uno se encuentra en la violencia, es un lento adquirir de valores y construcción de símbolos que se refuerzan unos a otros, rechazando tajantemente a todo lo que no responda a ese estado y premiando todo lo que refuerce a ese sistema o conjunto de símbolos. Es una realidad diferente, como dije antes, un nuevo estado de conciencia.

Cuando se logra salir de eso -siempre se puede- la nueva realidad a la que se llega muestra el estado anterior como una especie de alienación pasajera. Nada más lejos de la verdad. Fue un estado de conciencia que dio lugar a la aparición de símbolos antiguos, a la práctica de rituales casi salvajes, todo muy difícil de reconocer porque está muy teñido por las costumbres de la vida cotidiana. Pero todo tan real como el libro que tienen en sus manos.

Cuando voy dentro de mí, cuando recuerdo, y en un estado de trance leve vuelvo a experimentar lo vivido, veo que los viejos símbolos de aquel momento vuelven a surgir produciendo sentimientos y emociones que prefiero olvidar. Todo está allí, muy adentro de cada uno de nosotros, marcando una dualidad que negamos con fuerza pero a la que no podemos escapar. Es parte de nuestra naturaleza más profunda, son las pulsiones del complejo R y del sistema Límbico, hábilmente disimuladas y rediseñadas por el Neocórtex. Es uno de los fantasmas a derrotar permanentemente, fantasmas que son custodios de todos los umbrales que hemos de atravesar en el camino a nuestra mayor expresión como Humanos.

Debemos saber, reconocer y ser conscientes de nuestra permeabilidad a esos estados. Pero también sabemos que los podemos vencer creando nuevas realidades en forma conciente.

Sí, es evidente que aun nos falta definir los valores con los cuales vamos a construir esa nueva realidad, faltan crear los símbolos correspondientes a esos valores, pero estamos en uso conciente de facultades que estaban dormidas, abiertos a la expresión del inconsciente, o si lo prefieren, en sintonía con el Espíritu, con el campo cuántico, con el wakan, o con la fuerza de Luke Skywalker.

Pero la simbología que nos rodea, el idioma del inconsciente o del espíritu, nos indica más cosas además de señalarnos o advertirnos de lo que está sucediendo o de en qué dirección vamos o debemos ir. Existe un idioma más complejo que se puede inferir del tipo de conductas que estamos desarrollando en relación con hechos que nos acontecen o circunstancias que vivimos. Vivimos patrones conductuales que están determinados aun antes de que los ejecutemos, a ello me refería cuando decía que me encontraba desarrollando en mis conductas diarias antiguos rituales casi salvajes. Jung define esto como la presencia de un arquetipo que está presente. Un arquetipo es definido como una estructura mental primigenia, que se formó en tiempos de la mente fértil del humano, cuando las primeras ideas conceptuales tuvieron lugar y desplazaron a los comportamientos instintivos.

Es el tiempo *ab origine*. Es también el tiempo de los mitos.

El trabajo del héroe.

Muchas veces partes de nuestra vida, nuestras conductas, o aun nuestra vida entera, están respondiendo a la repetición de antiguos mitos que no necesariamente pertenecen a la cultura de origen de quien lo experimenta.

Esto lo pude comprobar de varias maneras. Una de ellas cuando investigaba las religiones brasileñas de raíz africana.

Allí me encontré con un fenómeno por demás interesante en múltiples aspectos que es el de los estados de posesión. Encontré varias hipótesis para explicar este trance, todas igualmente satisfactorias y que involucraban teorías principalmente en el ámbito de lo psicológico.

Pero fue cuando lo miré con la lupa del antropólogo que me llevé una sorpresa.

Las diferentes posesiones experimentadas por los Pai de Santo y los fieles de religión en las varias versiones y tipos de culto que adopta la religiosidad brasileña de raíz africana, presentaban un tipo de conductas enmarcadas en una determinada secuencia que permanecía invariable más allá de los diferentes modismos de cada culto y de cada variante de la religión. Pude apreciar el mismo ciclo de conductas en las posesiones del Batuque, de la Umbanda, de la Quimbanda y del Candomblé. Cuando logré sistematizar la observación determiné cuatro fases bien distinguibles.

En la primera fase, cuando el llamado “cavalo de santo”, -nombre con que se denomina a quien es poseído por un orixá o entidad de esas religiones-, recibe al dios, experimenta una serie de movimientos convulsos, rigidez y dificultades para caminar y moverse con coherencia. Permanece encorvado, los ojos cerrados y los brazos contra el pecho, sus piernas parecen estar atadas. En la segunda fase adopta una serie de movimientos rápidos, una conducta vivaz, aparece la danza y el canto, sus ojos se abren y puede ser reconocida su identidad: es un dios. Pero en su conducta aun permanece separado de los humanos, con los que apenas se comunica muy sutilmente a través de la danza y el canto. Para ello utiliza los símbolos, dioses y humanos cantan juntos su mitología reviviendo los tiempos primordiales.

En la tercera etapa el dios alcanza su máxima expresión como tal, su desarrollo está completo e incluso aparece alguna posibilidad de comunicarse con los humanos a través frases cortas, concretas, casi guturales. Aquí es cuando el dios puede ser sometido a pruebas que acrediten su condición sagrada, donde no quede dudas de que es un dios ocupando el cuerpo de un humano. Entonces se le somete a pruebas de dolor, de sufrimiento y de resistencia. Come fuego y toda clase de alimentos en cantidades increíbles, soporta dolores como el de introducir su mano en líquidos hirviendo y baila sin cesar.

Y finalmente aparece la fase final donde el dios habla con los humanos y se comporta como uno más, les hace predicciones y les da consejos para solucionar problemas cotidianos. Aquí el dios se convierte en hombre y el hombre alcanza la dimensión de un dios compartiendo ambos una misma esencia, tal como fue en el origen.

Al fin, la deidad se retira, el tiempo ha sido exorcizado, se ha recuperado el origen y un nuevo orden comienza.

Podemos ver a lo largo de este ritual, el nacimiento, desarrollo y muerte de un dios, siendo esa muerte una renuncia a su carácter divino para adquirir la dimensión humana.

Pude reconocer en esta secuencia el desarrollo del Mito del Héroe que Paul Radin analizó en los rituales de los indios Winnebago.

Veamos cómo analiza Joseph Henderson el Mito del Héroe en “El Hombre y sus Símbolos”:

“El Dr. Radin señaló cuatro ciclos distintos en la evolución del mito del héroe. Los denominó: Trickster [granuja], ciclo Hare [liebre], ciclo Red Horn [cuerno rojo] y ciclo Twin [gemelo]. Vio

acertadamente la psicología de la evolución al decir: 'Representa nuestros esfuerzos para resolver el problema del crecimiento, ayudados con la ilusión de una ficción eterna' El ciclo Trickster comprende el período de vida más primitivo y menos desarrollado. Trickster es una figura cuyos apetitos físicos dominan su conducta; tiene la mentalidad de un niño, careciendo de todo propósito más allá de sus necesidades primarias... "

Numerosos antropólogos se han ocupado de analizar el Mito del Héroe de Radin. Mary Douglas, en "Sociología de la Religión", describe al Trickster:

"El Trickster se inicia como un ser amorfo, sin conciencia de sí mismo. A medida que la historia se desenvuelve, gradualmente descubre su propia identidad, gradualmente reconoce y controla sus partes anatómicas, su sexo puede ser masculino o femenino y acaba por evaluar su ambiente tal como es. Radin (1956) fija en su prefacio: 'No desea nada conscientemente, en todo momento está constreñido a comportarse como lo hace por impulsos fuera de su control... está a merced de sus pasiones y apetitos... no posee una forma definida y precisa... es primordialmente un ser incoado de proporciones indeterminadas, una figura que presagia la forma de un hombre.' "

Continuemos con el análisis de Henderson sobre las otras figuras del Mito del Héroe:

"La figura siguiente es Hare. Al igual que Trickster (cuyos rasgos animales pueden ser representados entre los indios norteamericanos por un coyote) también aparece al principio en forma de animal. Aun no ha alcanzado la estatura del hombre maduro, no obstante, aparece como el fundador de la cultura humana: el transformador. (...) Red Horn, el tercero de esta serie de figuras de héroes es un personaje ambiguo que, según cuentan, era el menor de diez hermanos. Pasa por los requisitos d ser el héroe arquetípico superando pruebas tales como vencer en una carrera y demostrar su valor en una batalla. (...) Con Red Horn hemos alcanzado el mundo del hombre, si bien un mundo arcaico, en el que se necesita la ayuda de poderes sobrehumanos o de dioses tutelares para asegurar para asegurar la victoria del hombre sobre las fuerzas del mal que lo asedian. Y finalmente en el cuarto ciclo, Twin. Aunque los Twins (gemelos), se dice, eran hijos del Sol, son exclusivamente humanos y juntos forman una sola persona. Originariamente unidos en el seno materno, se les separó por la fuerza al nacer."

Creo por demás evidente que las cuatro fases del ciclo del Mito del Héroe de Radin pueden ser identificadas claramente en las cuatro etapas de la posesión que he descrito.

Pero más cosas podemos extraer de todo esto: la posesión en esta religión y en cualquier otra que experimente esa vivencia, es una experiencia individual, una comunión entre el humano que la vive y sus dioses, y aun más, es una verdadera fusión donde uno da lugar al nacimiento del otro y viceversa. Y esto es independiente de la profundidad del trance, por un par de razones. En primer lugar porque no es una acción espontánea, es un ritual aprendido y orientado por el Pai de Santo; pero, por otra parte, no es un fenómeno que se viva en solitario. Si así fuera no tendría sentido, porque los dioses, al hacerse presentes en la tierra, están dando un testimonio de su existencia y de la legitimidad de su "cavalo". Si bien la participación de los fieles que no están experimentando la posesión se produce en otro nivel, acompañando y facilitando el trance con sus cantos y música, a la vez están dando testimonio y reconocimiento de la presencia de la entidad. Es una persona individual que ejecuta el ritual, pero es una comunidad quien participa de la autenticación del Mito del Héroe de Radin, aun cuando no lo entiendan en este sentido. Y si ese mito no cumpliera con el mismo ciclo que cumplen los Winnebago, aun cuando los participantes nunca hubieran escuchado hablar de esta etnia, no sería reconocida como auténtica la presencia de divinidad alguna.

Estamos en presencia del revivir de un mito arcaico, que subyace en algún rincón de la mente del humano, que es repetido desde los Winebago originarios del noroeste de Kentucky, hasta los Pai de Santo de Sudamérica pasando por los yoruba de Nigeria. Y dejo para otros estudiosos la comprobación de cuántos estados de trance o rituales de diversa índole responden al desarrollo del Mito del Héroe de Radin.

Y como bien apuntaba Henderson, la perspectiva evolutiva del desarrollo del Mito del Héroe presenta una psicología de la evolución, es la evolución del ser humano y la evolución de la especie que están representadas en la ejecución de ese ritual. Fascinante puede ser el inferir los estados evolutivos por los que hemos pasado, tanto como seres individuales como a nivel especie, comprobar nuestro estadio actual, y pensar en lo que nos depara un destino donde los opuestos pueden trascenderse y el humano puede alcanzar la dimensión de un dios. No sé si como un Gran Creador, no me parece, pero seguramente como un Gran Hacedor que, intérprete del Poder del Espíritu, vive en consecuencia con su responsabilidad como portador de la conciencia de la Corriente de la Vida.

Preferí describirles en primer lugar la experiencia personal de mis investigaciones por una cuestión de respeto hacia ustedes, no es otra cosa que la transmisión de la vivencia de la experiencia personal lo que motiva a quien escribe algo. Pero si hablamos de la vivencia del mito en los tiempos modernos y cómo los mitos pautan nuestra conducta y nuestra vida, no podemos dejar de mencionar a Joseph Campbell.

Campbell, en su magnífica obra “El héroe de las mil caras”, analiza al detalle el “ciclo del héroe”. Define tres etapas: La Partida, La Inciación, y El Regreso. En todas ellas Campbell abunda en vivencias y detalles. De su estudio parecería ser que toda la experiencia humana estuviera comprendida en este ciclo. Y en cada experiencia en particular que tenga un determinado nivel de significación, se pueden reconocer las tres etapas. Siempre comenzamos algo y somos llamados a algo, partimos, experimentamos pruebas diversas, aprendemos y volvemos con una enseñanza que compartimos con nuestra tribu. Desde un viaje hasta escribir un libro, pasar por un instituto de enseñanza o ingresar a una congregación determinada, desde que nacemos hasta que morimos. Muchas veces no nos damos cuenta de que los grandes hitos de nuestra vida siguen esta secuencia. Y es así que desconocemos las llamadas que nos guían a la experiencia que necesitamos, o nos quejamos y no reconocemos que estamos soportando pruebas que sin duda son necesarias para nuestro desarrollo, o no somos capaces de capitalizar la enseñanza, nos negamos a volver y a compartir lo aprendido. Entonces, el universo, implacable, apela a otros métodos para que sus partículas constitutivas se mantengan en las órbitas que son necesarias para la evolución universal. O decreta su extinción por no ser viable su continuidad para con el TODO cósmico. Entonces es que sufrimos, hemos producido una fricción que nos aparta del punto que nos corresponde en ese Gran Equilibrio Dinámico.

El “ciclo del héroe” marca nuestras vidas y nuestros caminos, hace de la más simple existencia una epopeya maravillosa. Mucho más habría para comentar de Campbell, lo dejo para ustedes. Simplemente quiero finalizar con un par de pensamientos suyos.

Uno de ellos es el que nos cuenta en “O Poder do Mito”, una obra maravillosa que transcurre en una conversación con Bill Moyers. Tengo la obra en portugués, la traducción del pasaje es de mi autoría. Cuando habla de la tarea del Héroe, Campbell nos dice:

“... La experiencia original es aquella que todavía no fue interpretada para ti; entonces, tú tienes que construir una vida por ti mismo. Tú puedes encararlo, o no, y no precisa apartarse demasiado del camino conocido para verse en situaciones muy difíciles. El coraje de enfrentar juicios y traer un nuevo conjunto de posibilidades para el campo de la experiencia interpretable para ser interpretadas por otras personas, ese es el trabajo del héroe.”

Y, finalmente, el hermoso pensamiento con que concluye “El héroe de las mil caras”:

“El héroe moderno, el individuo moderno que se atreva a escuchar la llamada y a buscar la mansión de esa presencia con quien ha de reconciliarse todo nuestro destino, no puede y no debe esperar a que su comunidad renuncie a su lastre de orgullo, de temores, de avaricia racionalizada y de malentendidos santificados. ‘Vive –dice Nietzsche- como si el día hubiera llegado.’ No es la sociedad la que habrá de guiar y salvar al héroe creador, sino todo lo contrario. Y así cada uno de nosotros comparte la prueba suprema –lleva la cruz del redentor-; no en los brillantes momentos de las grandes victorias de su tribu, sino en los silencios de su desesperación personal.”

Vamos entonces a hacer lo que debe hacer el héroe de Campbell, voy a compartir con ustedes otra de mis experiencias personales en ese campo, no como una afirmación de lo que estoy proponiendo, sino para compartir, para que otros sepan reconocer acontecimientos similares en su diario vivir, para que nos pongamos a pensar que, al sintonizarnos con el Espíritu estamos aboliendo el tiempo.

A lo que sigue pueden llamarlo como quieran: casualidad, *sincronicidad*, vivencia del mito o sintonización con El Espíritu.

Como parte de mi investigación sobre los temas espirituales y de ocultismo habían llegado a mi poder unas pequeñas cartas con los símbolos de las runas. No era mi intención en ese momento el estudio de ese tipo de oráculo por lo que no le presté mayor atención, aunque no dejaba de mirarlas ocasionalmente con un poco de curiosidad. Algo me atraía a esas pequeñas cartas a las que no consideraba seriamente por saber que las runas debían ser construidas con otros materiales. ¡Gran error de mi parte que consideraba la formalidad de la materia antes que a la fuerza del símbolo!

Un buen día estaba cambiando cosas de lugar y al tomar el pequeño mazo de cartas cayeron dos de ellas. Esto sí me llamó mucho más la atención, cuando estas cosas suceden es que el Universo nos quiere decir algo o nos está dando respuesta a una interrogante fuerte de nuestra parte.

Consulté lo que estas runas en conjunto querían decir y vi que era una respuesta concreta a un problema que yo tenía. Muy pensativo guardé las cartas en el mazo, puse el mazo dentro de la bolsa y saqué dos cartas al azar: fueron las mismas dos runas. Entonces entreveré cuidadosamente las cartas, corté varias veces, las extendí delante de mi y saqué dos cartas bastante alejadas una de otra. ¡Volvieron a aparecer las mismas dos runas!

Ya esto era demasiado. Interpreté el hecho como que de alguna manera, además de la respuesta a mi interrogante, un oráculo muy antiguo me llamaba. No sé qué fuerzas estaban funcionando en esa instancia, pero decidí escuchar el llamado. Preparé las cartas con plastificado y una cubierta en el dorso para hacerlas más duras y comencé a leer un pequeño prospecto que acompañaba al mazo. Esa noche sangré por la nariz, un hecho aparentemente fortuito y que después cobró gran relevancia. Al día siguiente consulté telefónicamente a una amiga que era experta en runas quien me habló en general del tema y me comentó que antes se decía que se debía consagrar las runas con la propia sangre, cosa que actualmente se consideraba en desuso, aunque ella aprovechó un corte accidental para hacerlo. Esto me llamó la atención, ya el contexto aumentaba. En los días siguientes, las runas me dieron un par de respuestas concretas más, por lo que decidí comprar un libro que ampliara mi escaso conocimiento al respecto. Fueron días en los que el sangrado continuó en forma intermitente. Consulté a un médico, descartó problemas de presión y diagnosticó el hecho como una pequeña arteria que se había roto accidentalmente y que era normal que fuera difícil de cicatrizar.

Comencé a construir mis propias runas en piedra siguiendo las instrucciones del libro a medida que avanzaba en su lectura. El sangrado continuaba ocasionalmente.

Finalicé la construcción de mis runas en piedra. Elegí pequeñas losas bien desgastadas por la acción del agua, del viento, del sol y de la abrasión de la tierra, soportes que hubieran tenido un gran trabajo alquímico natural, que se hubieran transformado durante años para que yo las encontrara en esos días.

También finalicé la lectura del libro. Entonces supe que el mito cuenta la historia de un antiguo dios nórdico, Odín, quien colgó de un árbol durante nueve días y sangró profusamente de heridas que se había infringido con su lanza hasta que su sangre, cayendo sobre las piedras, le reveló el secreto de las runas.

Consagré las runas, las potencié con diferentes elementos y cuando estuvieron listas, sangré por última vez en esos días. Y no ha vuelto a suceder.

En mi universo personal, en el conjunto de símbolos con el cual construyo día a día mi realidad, yo podría haber definido este contexto como una serie de casualidades. O podría haberme conformado con una evidencia más de la *sincronicidad*.

La realidad que de esos sucesos extraje fue de que había revivido un antiguo mito, que había sintonizado al Espíritu y que la leyenda de un dios antiguo se había hecho materia a través de mi ser. Solo con el propósito de que yo siga aprendiendo, de que acceda al conocimiento de un nuevo código por el cual el universo nos habla, y, tal vez, para que hoy comparta esta vivencia con ustedes.

El construir la realidad con esta simbología, en alguna medida aumentó mi poder, me permite una mejor comunicación con este tipo de oráculo y da mucho más fuerza a sus enseñanzas. Y confirma la presencia de algo que está mucho más allá de los tiempos, algo que une mitos antiguos con realidades cotidianas, algo que no deja de atender los reclamos de las pequeñas criaturas que lo conforman.

No es la única circunstancia que he vivido en ese sentido, mi propia vida es un fiel reflejo del ciclo del héroe de Campbell, como lo es la de cada uno de ustedes, pero considero el caso lo suficientemente ilustrativo para definir todo lo que venimos proponiendo.

Esa extraña habitante de las profundidades...

Esta historia nos da pie para incursionar en otra de las corrientes a las que se puede acceder para la expansión de la conciencia y que tiene mucho que ver con el estudio de la mente y del inconsciente: me refiero a la magia.

Nunca, hasta hoy, he encontrado una definición que me dejara plenamente satisfecho para la magia.

Diversos autores, a cual mejor, han analizado la magia. Desde Frazer hasta Jung. Frazer, en su monumental “La rama dorada”, clasifica y describe la magia ejecutada por los diferentes pueblos del mundo y la liga con las mitologías correspondientes. En grandes rasgos considera a lo que define como Magia Simpatética dividido en dos: la “magia homeopática o imitativa”, que opera según el principio de que “lo semejante produce lo semejante”; y la “magia contaminante o contagiosa”, que dice que las cosas que en algún momento estuvieron en contacto quedan después, aun cuando se las separe, en tal relación que una sigue influyendo sobre la otra, y que, por lo tanto, todo lo que se haga sobre una de ellas influirá sobre la otra. Si prescindimos de los miles de ejemplos antropológicos que Frazer da sobre la acción de estos principios y los consideramos solamente bajo el punto de vista que venimos analizando de la existencia de un todo llamado campo cuántico, espíritu, etc., nos resulta fácil aceptar que la magia funciona en base a ese principio de continuidad de todo lo existente. Frazer considera al mago o bien como un hombre-dios dotado de determinados poderes, o bien como un hombre que “deriva su poder extraordinario de una especial simpatía con la naturaleza”.

Interesante a nuestros efectos si consideramos principalmente la segunda opción, que nos muestra la capacidad de sintonizarnos con la naturaleza o sus fuerzas, un asunto que ya hemos mencionado. Más interesante aun es el hecho de que Frazer considera en todo su estudio, las características culturales de pueblos antiguos y etnias muy alejadas unas de otras, tanto en el tiempo como en el espacio.

En esa suerte de joya que la antropología nos da, el antropólogo logra extraer un substrato común, un referente universal que nos dice que, por debajo de las manifestaciones culturales principales como idioma, nacionalidad, habitat, etc., la humanidad tiene algo en común, algo que unifica sus conductas y pensamientos y que le hace vivir y revivir los mismos mitos. Ya los trabajos de Franz Boas nos hablaban de esta suerte de unificación de la mente humana, el doctor Jung nos remitía hace años a los arquetipos y unas pocas páginas atrás estuvimos viendo cómo los mitos aparecían en diferentes partes del mundo saltando continentes y siglos enteros.

Ese substrato que Frazer tan magistralmente pone en evidencia, nos dice que los pueblos del mundo han utilizado los principios de la magia y han vivido en consecuencia. Y muchos de ellos lo hacen hoy día, como lo pude constatar en los Andes peruanos, chilenos y bolivianos y en la práctica de las religiones afro en diferentes partes de América.

La magia no forma parte de algo externo al universo mental de esos pueblos, no es objeto de estudio. Las reglas que regulan su mundo, la interrelación entre la realidad percibida sensorialmente y su consecuente definición conceptual, su forma de relacionamiento social y hasta podríamos decir la totalidad de su psique, están pautadas por lo mágico. “Algo que existía antes de que se inventara la palabra religión”. Porque los actos mágicos están destinados a aprehender lo sagrado, como veíamos antes al considerar el advenimiento de lo religioso en el humano.

Pero también la magia busca cambiar la realidad. Y aquí es cuando estamos en presencia de la magia sin religión, cuando el mago no le interesa otra cosa que operar sobre, o con fuerzas que cambian la realidad.

Tal vez una percepción poco aguda, haya considerado que el mago domina y cambia la naturaleza. No creo que un mago pueda alterar las leyes naturales, aunque a esta altura de mis estudios y prácticas dejo siempre la puerta abierta a una posible equivocación o desconocimiento. Me ha pasado ya muchas veces.

Mi propuesta es que lo que el mago hace, es un cambio de la realidad. Y eso es en sí, algo maravilloso.

Me adelanto entonces en mi definición antes de seguir con el estudio de la antigüedad de la magia en nuestra mente.

Magia es un estado de conciencia. Un estado de conciencia en base al cual nuestra especie vivió durante muchísimos años, que hoy está casi olvidado, pero que late y espera, allá, en lo profundo de nuestra mente.

Como antes lo veíamos para otras cosas. Magia es el estado de conciencia que nos permite comprender al universo que nos rodea en base al reconocimiento y acción de determinados principios en los que la vida se expresa con una simbología determinada. Perfectamente podemos aceptar la clasificación de Frazer y vivir en consecuencia, infinidad de ejemplos pueden rescatar ustedes mismos en su vida personal, tanto de la magia homeopática como de la magia contaminante. Es similar a comprender el mundo en términos de “qué ocurre cuando ocurre qué cosa”, que citábamos del pensamiento chino. El tema radica en qué símbolos seleccionamos para construir o comprender la realidad.

Lo inquietante, a esta altura, es que casi en forma natural aparece la posibilidad de que podamos vivir tanto en un mundo mágico si elegimos mirar el devenir de la vida y el universo en base a determinados principios y símbolos, o en un mundo no mágico si seleccionamos otros. Más allá de la casi fantástica connotación que tienen los términos “vivir en un mundo mágico”, lo interesante parece ser que si vivimos en el mundo mágico, de acuerdo a lo definido, podemos transformar la realidad. En tanto que si no lo hacemos, si continuamos alimentando al sistema que se ha impuesto sobre nosotros, es muy posible que una realidad que no hemos construido conscientemente nos transforme a nosotros y decrete nuestro futuro.

¿Cómo cambió la realidad de aquel muchacho peruano que fue a ver al callawaya porque había perdido su ajayo? Simplemente se curó, y si no hubieran operado sobre su realidad la magia del chamán, su mitología y el compartir de su comunidad, es muy posible que hubiera enfermado gravemente o aun muerto. Hay numerosos casos que hablan sobre ello. Si la explicación es por la magia, por el efecto placebo o por el poder de la sugestión o cualquier acción psicosomática, poco importa. Son diferentes formas de interpretar el universo. El hecho es que el individuo sanó. La realidad cambió.

Este estado de conciencia entonces, parece ser una estructura mental que habita en el humano desde tiempos muy remotos.

El Diccionario de las Religiones de Poupard, cita a Jung hablando de la magia:

“Con toda seguridad, esta extraña habitante de las profundidades humanas depende de las funciones irracionales de la sensación y la intuición. Para captarla se requiere una reeducación de nuestra manera de vivir y de sentir elementalmente. Este aprendizaje del ‘alma’, permite verificar las conexiones de la magia y el ‘mana’ y conduce a la observación de que ambas remiten a las mismas capas del psiquismo...”

De lo más destacable de esta observación es que para captar a esta “habitante de las profundidades humanas”, “se requiere una reeducación de nuestra manera de vivir y de sentir elementalmente”.

La magia –como más adelante lo expresa- es parte constituyente de nuestro psiquismo y se remite a los estados primordiales de la psiquis, cuando la mente del hombre recién comenzaba a desarrollarse, pertenece entonces, al inconsciente colectivo. Es patrimonio de la especie humana y, como consecuencia, está presente en todos los seres humanos y aflora en mayor o menor intensidad

dependiendo de los momentos o de los requerimientos psíquicos que el individuo experimente, ya sea para conectarse con lo sagrado, o ante la necesidad de transformar una realidad.

No escapa a la observación de Jung la conexión entre la magia y el “mana”, la fuerza, el campo cuántico, o el Espíritu, como prefiero decirle. Considero que no hay magia posible si no se realiza la conexión con el Espíritu, magia es una consecuencia de esa conexión, de esa sintonía.

Lo maravilloso es que la magia habita en todas las mentes, y todos somos parte de una misma continuidad, por lo tanto, todos tenemos esa posibilidad de sintonía. Todos podemos transformar una realidad, todos somos magos, concientes o inconscientes.

¿Qué quiero decir con transformar una realidad?

Puedo dar muchos ejemplos que he vivido al respecto, y de hecho hablaremos de ellos más adelante, pero ahora quiero contar una experiencia que fue la que me hizo más conciente de todo lo que estoy diciendo.

Estaba viviendo determinada realidad, conformada por lo que percibía de la vida y del mundo, lo que sentía al respecto y mis conductas consecuentes. Y esa realidad me decía que estaba en uno de los peores momentos de mi vida, enfrentado a una enfermedad grave y a una operación de cirugía mayor. Hice esfuerzos enormes por recurrir a todo lo que había aprendido en los años anteriores, traté de razonar, de extrapolar conceptos sobre la muerte que la gente gusta de emitir en reuniones de análisis donde la muerte está, aparentemente, muy lejos de ser algo posible. Pero era poco el efecto que todo eso hacía sobre mi estado de ánimo, no podía siquiera pensar en el futuro. En un momento dado comencé a aceptar lo que estaba viviendo, fue algo lento, como el efecto de un calmante sobre un dolor profundo. Tal vez ese estado me llevó a un grado de sensibilidad determinado como para poder apreciar lo que ocurrió a las pocas horas.

Un amigo apareció. Me contaba de una circunstancia bastante dolorosa de su vida, estaba viviendo uno de esos momentos en que no se le encuentra salida a nada ni aparece posibilidad alguna para cambiar un presente agotador, opresivo, desgastante.

Comenzamos a intercambiar ideas. Le sugerí unas cuantas posibilidades que él encontró interesantes. En ese momento fui plenamente conciente de que algo se estaba transformando. Mi amigo estaba cambiando su actitud, y yo sentía que algo potente y muy evidente daba convicción y fuerza a lo que decía. Tuve la certeza de que estaba en sintonía con algo y propuse hacer una consulta de tarot para ver cómo debía comportarse mi amigo para salir de esa situación y qué le deparaba el destino con esa conducta. La tirada fue perfecta, coherente en todas las respuestas, respuestas concretas, pertinentes a la pregunta, con una propuesta de vida que no arrojaba lugar a dudas. A esa altura una gran alegría nos invadía a ambos. Culminé todo fotocopiando una de las cartas de tarot más significativas de toda la consulta y dándosela a mi amigo para que meditar sobre ella. Él se marchó con optimismo renovado y con toda una nueva vida por delante.

Y yo quedé con una profunda felicidad, un estado de satisfacción y de plenitud como pocas veces había experimentado. Todo mi drama seguía por delante, pero todo tenía un valor y un significado diferentes. Otras prioridades habían aparecido, otras fuentes de satisfacción, otra forma de ver la vida y la muerte, algo como una certeza de haber llegado a un punto de equilibrio sobre el cual tantas veces había pensado. Sabía que tal vez eso fuera algo transitorio, como lo fue, pero también sabía que lo aprendido en ese momento iba a ser para siempre, como lo es.

¿Estaba feliz por haber ayudado a un ser humano? Sí, pero lo había hecho antes; la felicidad provenía de otra cosa: de haber logrado sintonizarme con algo y de haber transformado una realidad. Después de lo ocurrido, ni la vida de mi amigo volvió a ser la misma, ni la mía. Comprendí que el reconocer el momento de la sintonía es crucial, allí se produce un aumento de facultades, de poder, y una suerte de realimentación al hacer cociente ese momento. Comprendí que la realidad puede ser cambiada por ejercicio de la voluntad de quien la vive. Tal vez parezca algo por demás evidente, pero no lo es tanto cuando se está viviendo una situación de profundo estrés, donde no se sabe qué hacer ni qué pensar, donde apenas se puede seguir viviendo, atenazado por la incertidumbre, por el temor, por la cercanía de la muerte. En esos momentos no es fácil detenerse a

pensar y a cambiar la realidad. Simplemente se hace, o no se hace. Y el resultado se entiende después.

Fue así que tiempo después, comprendí que la transformación de la realidad era la magia, que las realidades que podemos percibir son infinitas y que el trabajo del mago es permitir el acceso a estas realidades. No se trata de cambiar las leyes de la naturaleza, sino de vivir conscientemente, eligiendo el conjunto símbolos y valores que han de definir una nueva percepción, nuevos sentimientos y nuevas conductas consecuentes.

El tiempo pasó, salí bien de aquel duro trance donde creo haber experimentado el mito del renacimiento a una nueva vida, donde conocí más de cerca de esa eterna compañera que es la muerte.

Seguí reflexionando y experimentando. Las cosas eran así, como las había comprendido, pero pasados aquellos momentos, el vivir en conciencia de todo eso no era tan fácil como el describirlo. Estímulos de todo tipo, recuerdos que se diluyen, nuevas tareas y actividades parecen borrar los límites de la experiencia hasta transformarla en una especie de sueño poco definido, tal como nos acontece cuando pasa el tiempo y tratamos de describir una experiencia que en aquel momento pareció trascendente. Era imperioso que retuviera todo aquello, no alcanzaba con anotararlo, la vivencia debía ser un hito de transformación.

Necesitaba revivir aquella sintonía. Para ello necesitaba entrenamiento, tenía que experimentar, también necesitaba una buena condición física para que mi mente estuviera siempre atenta y conciente. Necesitaba estar bien para entrenar y desarrollar mi fuerza de voluntad.

También necesitaba estar atento, muy atento a la manifestación de la presencia del Espíritu. Y cuando éste aparecía, no debía dudar, tenía que actuar sobre aquello que la vida me ponía por delante, sin dudar, con toda mi fuerza. Comencé a comprender a Don Juan, que en “Viaje a Ixtlán” nos decía que para capturar al Espíritu hay que ser paciente, simpático, astuto e implacable. Apenas comienzo a entender el porqué de cada uno de esos términos. Y entendí aquella paradoja de que uno no sabe si utiliza el poder del Espíritu o en realidad es un operador a su servicio. Es parte de otra dualidad, como la de ser una partícula de materia independiente y bien definida, o comportarse como una onda de energía que no puede hacer otra cosa que ser parte inteligente de un continuo campo de fuerzas mayores.

Y puertas enormes comienzan a abrirse, posibilidades que asustan y que no sé en qué medida son tales. Solo puedo experimentar, observar y callar. No por la necia actitud de quien exhibe conocimientos secretos, sino por un extraño pudor, una especie de respeto, de falta de certeza sobre la magnitud de lo que aparece, por la sensación de que un camino maravilloso apenas se muestra. Y por la permanente duda que se siente de estar o no en él. Siempre esperando, atento a cualquier manifestación de la presencia del Espíritu, como un siervo obediente al que se le han de asignar tareas extrañas. Y experimentando una terrible soledad, porque también estoy aprendiendo que éste es un camino individual, casi que es diseñado por uno mismo, o tal vez responda a un diseño superior. Una soledad que bien se asemeja a una oscuridad en la cual no se puede hacer otra cosa que avanzar y esperar.

Por eso comparto lo que he vivido y por eso callo lo que estoy viviendo. Como creo que lo hacen muchos de ustedes.

Así fue que comencé a comprender acerca de la transformación de la realidad. Y tal como dice Jung, se necesita una reeducación de la manera de vivir y un aprendizaje del alma para hacerlo.

Tal vez algunos de ustedes que sigan otra de las sendas del Gran Camino conciban la magia en forma diferente. Seguramente experimenten con la acción sobre elementales. Sí, es un camino como cualquier otro. Que seguramente va a desembocar en lo mismo apenas tengamos conciencia de a qué responde cada uno de los cuatro elementos cuando los asimilamos al ser humano. Varias veces lo he hecho en esa forma y el resultado es el mismo. Se posibilita el acceso a otra realidad.

Seguramente otros, mucho más avanzados en el camino, sonrían con simpatía al ver cuánto me falta por comprender. Yo no pretendo establecer verdades, sino compartir, buscar, “como uno más de entre vosotros”.

Este es otro gran desafío que tenemos todos, independientemente de la altura a la cual nos encontremos en nuestra expansión de conciencia, el juntarnos para posibilitar el acceso conjunto a una nueva realidad, el definir, en forma conciente, símbolos que representen los valores por los cuales debemos regir nuestras vidas. El definir una realidad conciente para esta tribu cuyos integrantes se llaman unos a otros más allá de las lengua y de los países.

En momentos en que la realidad mundial se unifica a caballo de una globalización que a veces parece tener mucho más de intencional que de espontánea, cuando los valores de éxito económico y social nos son casi impuestos desde países lejanos que nos fuerzan a desarrollar sistemas de vida que no pudimos elegir, muchos de nosotros nos buscamos, conciente o inconscientemente, para agruparnos, para defendernos, para resistir, para ser otra cosa.

Y yo propongo: para definir nuestra realidad de vida en forma conciente, para trazar una filosofía de vida diferente, para proponer al mundo otra forma de ver las cosas.

Para, juntos, hacer un gran acto de magia comunal que permita el acceso a otra realidad para quien así decida hacerlo.

Mucho más podríamos hablar de la magia como una posibilidad cierta de expandir la conciencia y de acceder a la espiritualidad, pero ahora debemos analizar otro campo. Un campo que seguramente expandirá las conciencias, pero que es peligroso en la medida de que es muy fácil extraviarse: el campo de la experiencia.

Un mundo de ángeles y dragones.

No seríamos honestos con nosotros mismos si, al abordar esos temas en busca de comprendernos y comunicarnos, no intentáramos la descripción de algunas de las experiencias que caracterizan la vivencia en esta Zona Gris.

Es precisamente la vivencia de las experiencias lo que ha sido la mayor fuente de dudas, decepciones y maravillas. Es lo que ha conducido a expansiones de la conciencia, a reiterados estados de espiritualidad, a nuevas interpretaciones de la realidad... o a huir rápidamente de un mundo alucinante y aparentemente sin sentido, poblado de las más amenazantes, las más hermosas y las más bizarras de las vivencias.

¿Cuál es el lugar donde nacen esas experiencias que se viven en la Zona Gris?

Si aceptamos que son hechos psíquicos, a veces comparables a los producidos por la ingestión de drogas alucinógenas, podemos volver a MacLean y ubicar en el Sistema Límbico el origen de esas percepciones.

El Sistema Límbico, conformado por el tálamo, hipotálamo, la amígdala, la pituitaria y el hipocampo, se encuentra rodeando al Complejo R y debajo del Neocórtex. Las descargas eléctricas allí producidas son el origen de emociones intensas y muy vívidas. Al tratar de pasarlas al consciente a través del habla, el lenguaje aparece como algo un tanto insuficiente para describirlas. Por lo tanto, las opciones son apelar al símbolo, o bien profundizar más y más en la emoción que produce la experiencia para ver qué es lo que nuestro cerebro profundo nos está queriendo decir. Porque si no le prestamos atención, o simplemente no lo escuchamos, ese mensaje será algún día canalizado en conductas diversas, muchas veces no deseables para quien las experimenta. Allí es cuando el terapeuta diagnostica que la pulsión de un arquetipo determinado está actuando.

Seguramente, los primeros humanos con un Neocórtex incipiente y apenas moldeado por las exigencias de la vida en sociedad, libres del conjunto de símbolos inconscientes adquiridos con el advenimiento de la cultura, experimentaban libremente con los mensajes de su cerebro profundo y llevaban una vida psíquica sencilla y no alienada.

La cultura terminó de formar al humano, pero las experiencias que se viven al atravesar la Zona Gris seguían siendo cosa corriente en la vida de los pueblos antiguos, determinaban su realidad cotidiana y eran fuente de augurios, protecciones, y alertas de peligros. Cuando El Gran Espíritu de la Pradera anunciaba la temporada y la zona de caza, no era otra cosa que la expresión de la psique colectiva de un pueblo que, en íntimo contacto con la naturaleza, era capaz de anticipar a nivel de su inconsciente antes que por la observación y el razonamiento, la aproximación de las grandes manadas que buscaban su alimento en campos en los que ya estaba presente la mejor hierba.

Son también cosa corriente hoy día, en comunidades que mantienen su tradición y sus cultos antiguos, donde la ofrenda y el homenaje al Apu de la montaña seguramente auspiciará un estado de bienestar y seguridad y asegurará un futuro libre de peligros.

Y también son cosa corriente entre esta moderna tribu que experimenta cosas que no comprende y que la asustan, al no estar contenidas ni por tradiciones, ni por mitologías de aceptación social ni por oficiantes aceptados y calificados por una comunidad que no logra juntarse.

No lo son en absoluto para quienes hoy día solamente responden a los estímulos del alienante sistema en que se ha convertido nuestra vida en sociedad. Y ellos son los principales detractores de cualquier investigación o experimentación en este sentido. Lo consideran inútil y peligroso. Y algo de razón tienen.

Nuestro mayor peligro al navegar en esta Zona Gris es precisamente ese que mencionamos, el de la unilateralidad de la experiencia. En ese sentido, hemos llegado a definir que cada camino de búsqueda es estrictamente individual, cosa que en gran medida comparto de momento en que creo

que cada vivencia es algo que cada individuo debe aprender para el inexorable crecimiento de su alma.

Pero esa individualidad conlleva la amenaza de que, quien experimenta y lo comparte, pueda ser no comprendido, descalificado, inducir a otros a vivir exactamente lo mismo, o provocar una espiral de emotividad que haga perder de vista el substrato más valioso de lo experimentado.

Es por esta razón que estoy tratando de encontrar bases de descripción y comprensión para las experiencias más comunes. Bases a partir de las cuales avanzar, sin miedo a fracasos que seguramente hemos de tener, pero sin olvidar del último punto de certeza del cual partimos. Este es un trabajo que algún día haremos entre todos y que ahora me limito a sugerir. Ahora me voy a limitar a esbozar bases de discusión, sin entrar en detalles que introducirían debates poco provechosos a esta altura. Son bases sobre las cuales trabajar, ejemplos que no pretenden agotar un tema tan vasto como poco delimitado, tan profundo como confuso, tan emocionante como peligroso.

Para un abordaje ordenado y sistémico sugiero dividir el ámbito de la experiencia en tres campos:

- La experiencia interna.
- La experiencia externa.
- El "Factor i".

Excluyo de esta consideración todos los estados en los cuales se experimenta una pérdida de la conciencia por parte de quien experimenta. Considero que cualquier experiencia tiene que ser en estado conciente para no producir una desintegración de la psiquis y para evitar los conocidos "juegos" donde el protagonista aparta de sí cualquier responsabilidad "por no recordar nada de lo acontecido".

“Lo que ví es indescriptible...”

Bajo el título de Experiencia Interna agrupo todas las experiencias de la mente que pueden ser vividas en lo que se ha dado en llamar estados de conciencia alterada. Personalmente discrepo un poco con el término al que preferiría llamar estrados de conciencia alternativos o, mejor aun, estados de conciencia expandida.

Bajo este título se agrupa el conjunto de visiones, visualizaciones, fantasías, etc., que se pueden experimentar en situaciones de meditación, de imaginación guiada, o bien durante los sueños.

Muy fácilmente descalificable es quien se atreva a describir estas experiencias ante un público que no comparta este tipo de prácticas. Todos saben que la intensidad de la vivencia es difícilmente expresable en palabras y, que al intentar hacerlo, dicha intensidad desaparece y todo queda como un relato un tanto anodino o como una experiencia menor.

Pero todos saben de los cambios profundos que ese tipo de prácticas produce en los quienes se dedican a su análisis e intentan profundizar más. Yo mismo he sido testigo de cambios importantes en el nivel de expansión de conciencia de personas con varios meses de prácticas. Después de un período algo crítico donde todo pareció conmocionarse, pasaron a un nivel de comprensión mucho mayor en las disciplinas de estudio e incluso experimentaron un notable aumento de rendimiento en su trabajo.

Lo mismo puede decirse de quienes analizan sus sueños y profundizan en su significado. No se trata de la búsqueda de significados compartidos universalmente, que sí los puede haber, sino de qué significa un sueño dado para la persona que lo experimenta.

En ambos casos, el de las experiencias en estado de vigilia como en el de las de análisis de sueños encontramos la respuesta a la expansión de la conciencia en los estudios de Jung relativos a lo que él denomina “imaginación activa”.

A tales efectos cito textualmente un par de párrafos suyos.

“La continuada concienciación de las fantasías (que sin ella quedarían inconscientes) con participación activa en lo que sucede en la fantasía, tiene la consecuencia de que primero se amplía la conciencia, convirtiéndose en conscientes innumerables contenidos inconscientes; en segundo lugar, se destruye poco a poco la dominante influencia del inconsciente, y en tercer lugar se verifica una transformación de la personalidad... Haciendo conscientes y viviendo las fantasías se asimilan a la conciencia las funciones inconscientes inferiores, proceso que desde luego no transcurre sin un profundo efecto sobre la orientación de la conciencia... se verifica un cambio esencial. Esta modificación, que se consigue mediante el enfrentamiento con el inconsciente, la he calificado de Función Trascendente... (El Yo y el Inconsciente)

“El credo científico de nuestros días ha desarrollado una fobia supersticiosa ante la fantasía. Pero lo que actúa es real y las fantasías del inconsciente actúan, no cabe dudarlo... tras el velo de las imágenes fantásticas un algo está obrando, démosle un nombre bueno o malo. Es una cosa real, por cuya razón sus exteriorizaciones vitales han de ser tomadas en serio. Pero primero se ha de vencer la tendencia a ‘concretizar’, o sea que, al acercarse al problema de la interpretación, las fantasías no deben tomarse al pie de la letra. Mientras estemos viviendo la fantasía, desde luego la debemos de considerar al pie de la letra, y nunca será suficiente. Pero luego, cuando queramos entenderla, no hemos de confundir la apariencia, o sea la imagen de la fantasía, con lo que actúa detrás de ella. La apariencia no es la cosa misma, sólo es una expresión.” (El Yo y el Inconsciente)

Como se desprende claramente del análisis de los postulados de Jung, cualquier proceso de este tipo, si se realiza por parte de una persona que no tenga problemas importantes de índole psicológica o psiquiátrica, conducen dentro del marco teórico de Jung a un contacto con el inconsciente personal, a llevar a ese inconsciente junto con el consciente y a comenzar a dominarlo, cosa que es deseable para una integración total de la psique.

Jung también alerta contra la “fobia supersticiosa ante la fantasía”. Un temor que experimenta quien se inicia en este camino y también quien lo analiza desde una distancia prudencial. Creo que es una fobia lógica, todos temen, conscientemente o no, el enfrentamiento con su propio inconsciente, un monstruo poderoso, sin ética ni moral, un dragón que ha nacido hace mucho tiempo en zonas profundas del cerebro.

Otra cosa sobre la que advierte con acierto Jung, y que es fuente de mucha confusión, controversia y decepción, es sobre no quedarse con la vivencia de la fantasía en sí, no solamente limitarse a contar lo que se vio o se sintió. Recordemos que es una experiencia unilateral, casi imposible de reproducir. Siempre se debe ir más allá, al significado oculto de lo que vemos o sentimos, a qué es lo que nos quiere decir el dragón con ese idioma olvidado

Cuando aparecen significados universales en las visualizaciones o en los sueños, es muy posible que estemos en el ámbito del inconsciente colectivo. En este caso la pregunta es la misma, ¿qué me está queriendo decir el inconsciente colectivo? Y aquí es muy posible, que antes de un mensaje tendiente a integrar nuestra psique, nos esté alertando de cuál debe ser nuestro camino en la vida o cuál peligro nos está acechando en transcurso de un camino dado.

Si recordamos lo que antes hablamos sobre la mecánica cuántica, ese campo cuántico del cual somos parte y en el cual influimos constantemente, tiende hacia un determinado Punto de Equilibrio. Se comporta como todo en el universo, como el universo mismo, como la naturaleza. Si observamos que acontece cuando tiramos una gota de tinta en un vaso con agua, veremos que esa gota se distribuye totalmente hasta formar una nueva totalidad diferente, donde el color y la constitución del agua cambiaron.

Lo mismo acontece con este universo en permanente dinámica, cada suceso o información produce un nuevo equilibrio. Un ser humano, con su tremenda carga de energía, es capaz de producir sucesos considerables, pero difícilmente pueda alterar el rumbo del universo todo. Es por esa razón que existe un Punto para cada uno, un lugar que nos corresponde, un lugar en el cual nuestra energía es máxima. Cada vez que nos apartamos de él sentiremos algún tipo de fricción, que se traducirá en incomodidad, mal relacionamiento, dolor, enfermedad, etc. Y si persistimos en estar fuera del Punto de Equilibrio, si empeñamos toda nuestra fuerza en ello, simplemente desapareceremos como un proceso inarmónico dentro de un universo implacable.

Esta es la búsqueda de la armonía, la búsqueda del Punto de Equilibrio individual, donde todo es posible, porque allí contamos con toda nuestra fuerza y nada se pierde en fricción, donde todo es felicidad, es un trabajo constante, porque el universo cambia permanentemente y porque el Punto existe en cada alternativa de nuestra vida. Y la suma de todas las alternativas en armonía es, al fin, la vida que el universo nos pide. Es lo que algunos dicen la búsqueda de su destino, o el cumplimiento de su leyenda personal. O, si quieren, es lo que Dios nos tiene asignado.

Por eso debemos escuchar el idioma olvidado.

El universo nos habla.

El otro tipo de experiencias que llamo “externas” corresponde al conjunto de acontecimientos que ocurren a nuestro alrededor y que tienen un significado para nosotros. Hemos hablado de ello al analizar la *sincronicidad*.

El concepto es el mismo. Si todo el universo se está moviendo en busca de un equilibrio general y acomodando en consecuencia a cada uno de los seres y eventos que lo habitan, deben existir forzosamente en el entorno que nos rodea, señales que nos indiquen nuestro rumbo o cuál debe ser nuestra posición. Señales que se corresponden con el tipo de realidad y por lo tanto con el conjunto de símbolos que el sujeto está viviendo, y que se hacen tanto más evidentes en la medida que se amplíe y comprenda el sistema de símbolos y que se preste especial atención a la presencia de dichas señales. Porque siempre, en su afán por enseñarnos, el Universo nos ha de hablar con palabras y frases nuevas, correspondientes a idiomas antiguos, que debemos tratar de comprender. De allí la famosa frase de Paulo Coelho: “El Universo conspira para que cada uno cumpla con su leyenda personal.”

El efecto de campo cuántico, no es otra cosa que poner en idioma científico una frase tan bella. Tal vez porque algunos necesiten escucharlo así, tal vez porque sea el idioma que entienden. Pro siempre para demostrar que todos los caminos conducen a una expansión de la conciencia.

Tal vez algún otro, con todo derecho, nos pueda hablar de las dos manos de Dios para hacer su Gran Obra o para cuidar permanentemente de sus hijos.

Las experiencias externas, en su forma más sencilla, se evidencian por la fricción que se produce al emprender un camino que nos aparta del Punto de Equilibrio, o por la facilidad con que salen las cosas cuando el camino es el que nos corresponde.

Otro tipo de experiencias que agrupo dentro de las “externas”, son a las que se refieren los distintos tipos de oráculos, llámense tarot, astrología, runas, borra del café, hojas de coca, buzios, vísceras de animales o lo que sea.

La práctica de las que el individuo considere más afines con su cultura, ejercitará en gran medida el contacto con el inconsciente, porque estos oráculos están compuestos por símbolos o sistemas de símbolos muy antiguos que se han arraigado en las mentes de los pueblos al punto de ser transmitidos en forma poco conciente a lo largo de los siglos. A título de ejemplo pongo el caduceo de Mercurio, que hoy simboliza a la medicina. Un símbolo tal vez con miles de años. O la espiral, o el mercurio de los alquimistas, o el pez de los cristianos. Símbolos que forman el idioma antiguo, que aparecen en los oráculos, y que aparecen también como señales en nuestra vida cotidiana.

La práctica de algún sistema de los mencionados, u otros similares, no solamente permitirá una mejor comprensión del idioma olvidado, sino que será una verdadera llave que nos permitirá abrir la siempre pesada puerta del inconsciente. Si somos nosotros que en forma un tanto rudimentaria comenzamos a emplear el idioma, no tengan dudas de que algo va a responder.

Con la práctica, aprendemos que el idioma, tanto el de las señales como el de los oráculos, no es tan sencillo, pero siempre es evidente. E insisto en algo que dije antes, cuando el Universo a nuestro alrededor calla, es porque nuestra voz interior nos está hablando. O viceversa.

Porque todos saben que existe una voz interior, que pueden llamar intuición, maestro interno, yo superior o como quieran, pero que nos habla. Muy suavemente al principio, pero mucho más audible a medida que le prestamos mayor atención.

No sé explicar en los términos de este análisis el origen de esa voz interior. Es simplemente una experiencia. Pero todos saben perfectamente a qué me refiero.

Algo nos está llamando desde algún lado.

El tercer tipo de experiencias, las que denomino el “Factor i”, son tal vez las más complejas, las más difíciles de analizar y las que han traído mayores problemas a quienes las experimentan.

Me estoy refiriendo al tipo de contactos, comunicaciones, experiencias que acontecen cuando alguien dice conectarse con algún tipo de ser o entidad externa al individuo y que se manifiestan por psicografías, psicofonías o cualquier otro tipo de “mensaje”. Aquí se agrupan tanto ángeles, como extraterrestres, maestros desencarnados o reencarnados o ascendidos, entidades sin nombre, espíritus, elementales, duendes, hadas, mensajeros, etc.

Más allá de la naturaleza del fenómeno, parecería que “esto”, que he experimentado en carne propia, es algo inteligente y coherente, con un propósito determinado, a no ser que a lo largo de los tiempos, de las razas y de las circunstancias, toda la especie humana esté “imaginando” lo mismo. Porque la historia reciente y remota registra numerosos casos de este tipo.

Pero aun si así fuera, si fuera una pulsión de nuestra mente que alguien puede calificar de “imaginación”, sería igualmente valedero, porque sea lo que sea, tanto externo como interno, es algo que todos vivimos, por lo tanto parece ser absolutamente necesario e imperioso darle una canalización a este fenómeno y un exhaustivo estudio.

¿Por qué?, porque utiliza el inconsciente, y el inconsciente es implacable, no se detiene por cuestiones menores, es tan viejo como nuestro primer pensamiento como especie, y poco le va a importar que, en más de dos millones de existencia inteligente -y no sé que ocurre más atrás cuando aparecieron los primeros instintos- algún grupo humano o pensador individual le asigne alguna forma o propósito erróneo a algo hacia lo cual el inconsciente nos lleva inexorablemente. Tal vez no seamos otra cosa que pequeñas cosas flotando en ese enorme mar lleno de vientos y corrientes, el tema es cuando decidimos hacernos cargo del timón.

Eso que nos habla a través, o dentro, o como parte, de ese mar infinito del inconsciente tiene una necesidad imperiosa de comunicación, es algo que sí ha tomado el timón, que ha sintonizado correctamente la frecuencia de la Corriente de la Vida y que por lo tanto, cuidando su ecosistema – del cual somos una parte- nos habla, nos enseña, nos conduce, con infinito respeto, con calma, tolerando cualquier desvío, con todo el tiempo del universo. Y con la certeza de que si nos autodestruimos en el proceso, no seremos otra cosa que una especie que falló, o que limitó su ciclo, como tantas otras a lo largo de la Corriente de la Vida .

Por tanto debemos escuchar. Escuchemos y respondamos, sea lo que sea. Sin actitudes de adoración, como seres responsables que buscan su lugar en la Corriente de la Vida. A eso que nos llama desde algún lado, desde hace miles de años lo llamo el “Factor i”, y con ese abordaje he venido insistiendo.

Y no estoy solo en la propuesta del enfoque.

John Mack, Médico Psiquiatra, ha obtenido un Premio Pulitzer por su libro en que detalla la investigación de cientos de casos de abducciones por parte de extraterrestres. Mack opina que debemos aceptar la existencia de “algún tipo de inteligencia” que desde el cosmos nos retroalimenta con el propósito de cuidar el planeta. Y que de nada sirve el enfoque científico para analizar y comprender el asunto.

Un Psiquiatra, un Premio Pulitzer recibido por investigar un tema que ha sido la tumba social de muchos. Algo se comienza a aceptar.

Y nosotros, que en alguna medida somos vanguardia de esta aventura, no debemos quedar atrás, ni mucho menos atarnos ciega y fielmente a la forma del fenómeno, a alguna creencia local, o a lo que nos gustaría que fuera. El tema es demasiado vasto, demasiado inquietante, demasiado

importante y serio como para limitarnos. Pero como dije antes, en la búsqueda de bases desde las cuales partir en conjunto, no quiero comprometer una definición de la naturaleza del fenómeno y prefiero llamarlo el “Factor i”, porque que no tengo dudas que es un factor que incide en nuestra especie; “i”, porque es algo con un tipo de inteligencia.

Finalmente, a modo de síntesis de mucho de lo que hemos hablado, quisiera compartir con ustedes una hermosa vivencia que tuve años atrás y que hoy día sigue arrojando enseñanzas y reproduciendo emociones intensas.

Ocurrió en los Andes bolivianos.

... y el cóndor me escuchó...

Era un día hermoso. El sol comenzaba a apretar ya pasado el mediodía, aunque todavía podía ver algunas nubes que continuaban allá abajo en el fondo de los valles húmedos. Me sentía feliz, experimentaba un sentimiento de totalidad, de profunda armonía con todo lo que me rodeaba. Casi no sentía el peso de mi cuerpo caminado por aquella angosta senda de la montaña.

Aunque las cosas no habían comenzado tan bien.

Me había levantado a las cuatro de la mañana para acudir a la entrevista con Justiniano, uno de los más viejos y respetados callawayas de la zona de Charazani. Llovía a torrentes.

Decidí esperar porque no me animaba a recorrer solo los tres cerros por los cuales me había guiado un aymara tres días atrás. Una caminata de casi cuatro horas por montañas duras, escarpadas, y a veces peligrosas para recorrer con niebla o sin luz de sol. Existían también numerosas sendas que conducían a otros tantos poblados. Errar en una de ellas significaba perder muchas horas en el camino de vuelta.

Esperé, pensando muchas cosas en aquella rústica habitación de un poblado perdido en un valle boliviano. Estaba investigando a los callawayas, famosos chamanes herbolarios que remontan su historia a la época incaica. Eran los callawayas quienes podían portar las andas del Inca, quienes podían recorrer la totalidad del Tahuantinsuyo, quienes eran célebres por cientos de descubrimientos en materia de herboristería y quienes aun conservaban un idioma secreto que venía de la época de los incas.

Pero el mal tiempo tiñe todo pensamiento de gris. Y si bien hacía ya más de un mes que habían pasado los malestares del “soroche”, el mal de la altura, yo extrañaba, y me preguntaba acerca de la verdadera necesidad de saber todo aquello. Sin saber que hoy día, muchos años después, lo estoy compartiendo con ustedes. Sin saber que ese día iba a experimentar algo maravilloso que lograría entender en su totalidad mucho después.

Cuando la lluvia paró comencé el ascenso. Tal como había anticipado fue dificultoso, a veces peligroso por la piedra mojada.

Llegué al poblado de Lunlalla varias horas después de la hora pactada para la entrevista con Justiniano. Un poblado de casas de barro construidas a varios niveles en la falda de la montaña. Todo era barro, agua y niebla.

Cuando llegué llovía otra vez, Justiniano no estaba, se encontraba trabajando en su huerta a varios cientos de metros de allí, según pude entenderle a una anciana que fueron todas las palabras que me dirigió.

Las horas comenzaron a pasar y tenía frío por la mojadura y por la quietud. No vi a nadie en el pueblo, solo un niño que conducía un burro con leña y que me miró con indiferencia.

La anciana me alcanzó un plato de papas pequeñas hervidas. Fue algo delicioso en el estado que me encontraba.

Al rato llegó Justiniano. Su cara curtida por mil soles e incontables años no mostró expresión alguna. Apenas un brillo fugaz en sus ojillos vivaces y alertas.

-Te esperaba a las ocho –me dijo- ahora no te voy a atender. Tengo que trabajar.

Sentí que mi mundo se derrumbaba.

No sé si fue el resorte antropológico o porque no quedaba otra cosa por hacer que le dije:

-Mire Machula, estoy cansado, de donde vengo no hay montañas y hoy de madrugada llovía. No me animé a venir.

El callawayaya me miró sin pestañear, en silencio. Tal vez porque comprendía mi circunstancia, tal vez por curiosidad, tal vez más cómodo porque lo había llamado “Machula”, un término quechua

que significa respeto por una persona mayor e importante. Sin saberlo comenzaba a integrarme al entorno.

-Sí, hoy temprano llovía –respondió.

A continuación hice algo que había aprendido en mis caminatas por los Andes, saqué mi bolsita con hojas de coca y lo convidé. Compartir la coca es algo casi sagrado en esa zona, es una forma de respeto por la cultura local y un reconocimiento a sus costumbres.

Justiniano me miró con algo que parecía simpatía. Me sentí como un niño culpable ante un abuelo un tanto severo.

Se sentó a mi lado aceptó la coca y ambos comenzamos a masticar en silencio.

-¿Qué querés saber?- me preguntó al rato.

Con profundo alivio supe que había logrado mi entrevista.

Horas después caminaba por la montaña de vuelta al poblado experimentando un increíble sentimiento de agradecimiento, de armonía, de totalidad.

Mi cuerpo liviano por lo poco que había comido, mis pulmones repletos de aquel aire fino, puro y frío. Mi corazón que estallaba de felicidad.

Como el Héroe del mito había partido, soportado pruebas y volvía con un nuevo conocimiento, aunque todo ese significado lo comprendí varios años después.

Seguí caminando.

Sin darme cuenta llegué a un lugar de la montaña donde se encontraba una piedra a un lado del camino, una piedra mediana, con algunos restos de comida y papeles debajo de ella. El aymara que me había guiado días atrás me había dicho que era un “cabildo”, una piedra sagrada donde los habitantes de la zona hacen sus ofrendas a la Pacha Mama.

Un impulso irreflexivo me hizo cumplir con la Gran Madre, me acerqué y deposité al pie del “cabildo” un par de frutas que llevaba. Recuerdo que en ese momento pensé que si bien no estaba en mi cultura el rendir ese culto, lo hice por una necesidad de sentirme más integrado, más armónico aun con lo que estaba experimentando. Y también por un confuso sentimiento de respeto hacia algo que intuía pero que no podía definir.

Seguí caminando y mi estado de conciencia aumentó. Era conciente de mi peso, de cada sonido, de todo lo que veía en mi entorno.

También era conciente de aquel pequeño punto que sobrevolaba lentamente una montaña vecina.

“Un cóndor”, pensé

Era la única cosa animal o humana que veía desde hacía unas horas, y en ese momento especial deseé estar con él. Silenciosamente, sin esfuerzo alguno, como algo natural, lo llamé con la mente... y el cóndor me escuchó...

Comenzó a volar hacia mí en un lento planeo hasta que quedó a unos tres metros por encima de mi cabeza. Podía escuchar el viento susurrando entre las plumas de sus alas, podía ver cada imperceptible movimiento de su cola y de la punta de sus alas para mantenerse sobre mí.

Fue aproximadamente un minuto de una felicidad total, de una sensación de armonía que nunca olvidé y que siempre busco.

El cóndor se fue y yo seguí mi camino. Pero ya no era el mismo, como el Héroe del mito había experimentado una iniciación.

Como comprendí años después, fue el día que entré en contacto voluntario con El Espíritu.

Conclusiones finales.

A lo largo de mi vida he practicado y posteriormente investigado la religión; he estudiado la ciencia, y continúo haciéndolo hoy día; y he visitado la Zona Gris aprendiendo a navegar en ella. No practico religión alguna, pero no puedo negar mi actitud religiosa ante la vida y mi convicción de la existencia de “Algo Supremo” al cual hoy le sigo hablando.

No me considero un científico pero no dudo en utilizar la metodología científica para el análisis de muchos asuntos.

Sí soy, con la mayor convicción, un navegante de la Zona Gris.

Después de esta larga reflexión en la cual me acompañaron, creo que es fácil concluir que cualquiera de los caminos que el humano ha diseñado para responder a sus más inquietantes preguntas, puede conducir a una expansión de la conciencia. Y creo que la espiritualidad es un estado muy antiguo que simplemente debemos volver a reconocer y a experimentar para que esa conciencia se siga expandiendo.

En lo religioso se puede lograr saltando por encima de dogmas e intentando, a cada instante, aprehender lo sagrado. Buscando permanentemente ese contacto con la divinidad y analizando lo que acontece sin pudor y en actitud abierta, preguntando y compartiendo acerca de cómo es que otros lo hacen. Experimentando por sí mismos el sentimiento de numinosidad y de arrobamiento místico. Sin dudar en utilizar los símbolos o los rituales que se consideren convenientes para ello. Sin preguntarse por la existencia de Dios, sin buscarlo y sin tratar de comprenderlo. Simplemente experimentando, todas las veces que se pueda, la maravillosa experiencia de sentirlo, de vivirlo.

Y nunca, nunca en esta intensa vivencia, olvides de buscar a Dios Madre, o, si lo prefieres, el lado femenino de Dios.

Y si acaso tus Dioses son muchos, no olvides que siempre son diferentes aspectos de una Divinidad Mayor. No los niegues, pero no dejes de ponerlos a prueba, no dejes de preguntarles, de exigirles, de recordarles la sacralidad de tu condición de humano y la importancia de tu conciencia autorreflexiva. Nunca.

Y si en esa búsqueda religiosa no puedes aceptar la existencia de un Dios, o no puedes vivir con esa maravillosa duda, entonces acepta toda la responsabilidad que tienes como humano consciente y portador de la conciencia de la Corriente de la Vida. Vive en consecuencia, con conciencia de especie, sé dueño del destino de la especie humana y responsabilízate por el destino de todas las especies de la Corriente de la Vida. Define la realidad por un acto de voluntad antes de vivir en una realidad impuesta por valores no deseados. Sé un dios en miniatura. Eso, seguramente, expandirá tu conciencia. Y es una vivencia tan espiritual como cualquier otra, porque en ese camino podrás descubrir lo sagrado de la Vida. No esperes un despertar repentino, pero tampoco podrás darte cuenta de cada parte del proceso de expansión de tu conciencia.

¿Tu camino es la ciencia? Entonces analiza por dónde la ciencia va y qué preguntas se hace, recuerda que no es solamente una fábrica de tecnología o una forma mejor de conseguir empleo, es un paradigma que trata de responder todas las preguntas del humano.

La ciencia también busca a Dios y, en sus confines, parece estar más cerca de Él que muchos religiosos. La ciencia moderna nos ha dado una nueva forma de comprender la vida y el universo. Tenemos que hacerla carne, vivir en consecuencia, abandonar el paradigma antiguo y comprender que hay un todo cuántico del cual somos parte, que somos energía en mutación permanente. La ciencia parece haber encontrado un Orden donde antes había caos. Parece haber encontrado un plan para el humano. La ciencia ha descubierto y grita, casi en el vacío, que nada es independiente de la conciencia del observador, que la realidad es una percepción de un observador dado que la analiza y la define con su sola presencia, que el tiempo es relativo, o bien es una paradoja que se confunde

con el espacio. Y otros científicos van más allá diciendo que por medio de nuestra mente podemos incidir sobre la materia y sobre nuestra propia longevidad. La ciencia ha expandido la conciencia humana considerablemente.

No necesitas ser un científico para optar por el camino de la ciencia como un paradigma para responder a tus preguntas. Simplemente puedes escuchar lo que la ciencia dice. Pero lo que sí debes hacer sin lugar a dudas es analizar y reflexionar sobre cada uno de los postulados científicos en términos de vida, de especie, antes de simplemente considerarlos como creadores de bienestar o constructores de tecnologías. Seguramente tu problema va a comenzar donde comenzó el de los grandes físicos modernos, cuando el paradigma de la ciencia sea insuficiente para responder a todo lo que te preguntas, cuando en esa búsqueda te acerques demasiado a lo sagrado sin poder llegar a definirlo. Eso seguramente sucederá, si es que te atreves a hacer las preguntas más osadas.

Y he dejado para el final las conclusiones acerca de la Zona Gris.

A quienes como yo han optado por ese camino les digo que no por ser navegantes de la Zona Gris deben renunciar a su religiosidad o a la reflexión permanente sobre los últimos postulados científicos. El navegante debe permanecer abierto, escuchando entre la ciencia y la religión, en permanente experimentación. Pero, por sobre todo, buscando siempre el contacto, la sintonía, la presencia de El Espíritu.

Ésta es la verdadera brújula de la, muchas veces oscura, Zona Gris. Permanecer siempre alertas, concientes, acechantes casi, esperando la señal que nos alerte de su presencia, pero sin dejar de percibir con todos nuestros sentidos al entorno que nos contiene. Es precisamente esa sensación de totalidad, de integración lo que nos permitirá una mejor sintonía. Y cuando El Espíritu se manifieste, entonces constituirse implacablemente en instrumentos de su voluntad, tanto sea para realizar cualquier aspecto de la Obra, como para experimentar, para incidir sobre el entorno, O para, voluntariamente, hacer uso del Poder en la forma que creamos adecuada.

También debemos prestar atención a las señales que nos conducen a nuestro Punto de Equilibrio, renunciar si es necesario a emprendimientos o conductas que solo causan fricción. Y cuando logremos entender qué es lo que el Universo busca de nosotros en su continuo devenir, aceptarlo con humildad. Pues será allí, en ese Punto de Equilibrio dinámico, donde encontraremos lo que todo humano busca, a veces sin percatarse de ello: la felicidad.

También debemos entrenarnos en el uso y reconocimiento del idioma olvidado. Debemos analizar nuestros sueños, consultar diversos oráculos, recurrir a la imaginación activa, todo para comprender qué es lo que el inconsciente nos quiere decir, qué señales está utilizando, hacia dónde pretende conducirnos, que mito nos hace vivir y para qué.

Y siempre estar atentos a “eso” que nos llama desde algún lado, ese “Factor i” que no hemos logrado definir. Responder, analizarlo, ponerlo a prueba. Con atención, con humildad, pero con toda la responsabilidad que implica ser los portadores de la conciencia de la Corriente de la Vida de este planeta.

Los navegantes deben explorar todos los caminos, en la certeza de que van a errar, de que van a descubrir, de que van a sufrir de soledad, pero que también van a henchirse de felicidad. La conciencia será expandida para aquellos que se atrevan. Eso se espera de nosotros.

Y finalmente, algún día, debemos juntarnos una vez más en torno a un fuego, para discurrir entre nosotros, para ver por dónde condujo la vida a cada integrante de esa tribu antigua. Para saber qué aprendió cada uno de nosotros y compartirlo.

Y, si nos atrevemos, comenzar a construir una nueva realidad. Definir los valores en base a lo cuales debemos vivir y diseñar los símbolos que habrán de regir nuestra vida. Y difundirlos, suavemente, sin imposición alguna. Algún día, alguien en un lugar del mundo verá un signo determinado y sabrá que eso es “compasión”, y otro será “fraternidad”, y otro para “solidaridad”, o “conciencia de especie”, y tantos otros. Ese alguien no sabrá cuándo ni quien creó esos símbolos, no interesa eso, pero seguramente serán integrados a su realidad y a la realidad de la especie.

Y así, lentamente, el mundo comenzará a cambiar.

FIN